

9

historia y sociedad



VALDERRAMA / Siete años de reforma agraria peruana.

MINUCCI / A 20 años del XX Congreso del PCUS.

BRAVO AHUJA RUIZ y MICHEL / Alianza de clases y dominación: México, 1930-1946.

HIJAR / Engels y el realismo.



Suplemento / HOMENAJE A JUAN REJANO.



Historia y Sociedad

*revista latinoamericana
de pensamiento
marxista*

Consejo editorial: Gilberto Argüello, René Avilés, Arturo Azuela, José Luis Balcárcel, Roger Bartra, Donald Castillo, Suzy Castor, José Luis Ceceña, Sergio Corichi, Agustín Cueva, Bolívar Echeverría, Enrique Florescano, Iván García, Pablo González Casanova, Tomás González de Luna, Enrique González Rojo, Raúl González Soriano, Julio Labastida, Juan Felipe Leal, Pedro López Díaz, Carlos Monsiváis, Marcela de Neymet, Raúl Olmedo, Gerard Pierre-Charles, Sergio de la Peña, Ricardo Pozas, Carlos Quijano, Wenceslao Roces, Américo Saldívar, Adolfo Sánchez Vázquez, Enrique Semo, Masae Sugawara, Raquel Tibol, Alfonso Vélez Pliego, Alfredo Tecla, René Zavaleta Mercado.

Dirección colectiva: Roger Bartra, Raúl Olmedo, Sergio de la Peña, Enrique Semo.

Redacción: Raúl González Soriano.

Administración y edición: María Jimeno, Guillermina Krausse.

Corresponsales: Manfred Kossok (RDA), Jean Piel y Pierre Vilar (Francia), Enrique Ramírez (Cuba), Mishiko Tanaka (EEUU), Arturo Azuela (Inglaterra).



REVISTA LATINOAMERICANA
DE PENSAMIENTO MARXISTA
FUNDADA EN 1965

SEGUNDA EPOCA

Número 9, O 1976.

INDICE

Mariano Valderrama L.: *Siete años de reforma agraria peruana* / 5

Adalberto Minucci: *A 20 años del XX Congreso del PCUS* / 21

Víctor E. Bravo Ahuja Ruiz
y Marco Antonio Michel: *Alianza de clases y dominación: México, 1930-1946* / 31

Alberto Híjar: *Engels y el realismo* / 53

LA POLEMICA / 58

NOVEDADES BIBLIOGRAFICAS / 74

SUPLEMENTO

René Avilés Favila
y Gerardo de la Torre: *Homenaje a Juan Rejano* / 81



REVISTA TRIMESTRAL

Revista Trimestral

REVISTA

Revista Trimestral, número 17, marzo 1970

Editorial Tróvora, S. A., México 21, D. F.

Revista Trimestral
Apartado postal 21-123, México 21, D. F.
Av. Universidad 1861-701. México 20, D. F., Tel. 548-55-53
Precio del ejemplar: \$ 25.00

Cualquier aclaración sobre suscripciones diríjase, por favor a nuestro apartado postal.

Ilustraciones: Dibujos seleccionados por Raquel Tibol, de: *Arte della Resistenza (1922-1945)*, Milán, Edizioni La Pietra, 1970.

Portada: Diseño sobre un grabado de Pablo Picasso, tomado de *Arte della Resistenza (1922-1945)*, Milán, Edizioni La Pietra, 1970.

Revista autorizada por la SEP según oficio 23 CC PRI/68 del 22 de febrero de 1968.
Imprenta de Juan Pablos, S. A., Mexicali 39, México 11, D. F.
4 000 ejemplares.

Los dibujos que ilustran este número son del artista francés André Masson, sobresaliente animador del movimiento surrealista, al cual aportó no sólo su talento sino un particular criterio de libertad individual. El 4 de enero de 1976 Masson cumplió 80 años de edad. Para celebrarlo el Museo de Arte Moderno de la Ciudad de París y el Museo de Arte Moderno de Nueva York presentaron dos importantísimas exposiciones. Masson combatió en la Primera Guerra Mundial y fue herido gravemente. Su militancia antinazi lo obligó a refugiarse en los Estados Unidos cuando las tropas hitlerianas ocuparon París. Desde 1932 solía pasar largas temporadas en Cataluña. Esto le permitió representar tempranamente, en imágenes surrealistas de clara lectura política, la repugnante estructura del franquismo.

Raquel Tibol



Jamás colmados, 1937

Siete años de reforma agraria peruana

Mariano Valderrama L.*

PERSPECTIVAS PARA EL ANALISIS DE LA REFORMA AGRARIA PERUANA Y PERIODIZACION DE LA MISMA POR ETAPAS

Objetivos del trabajo

En el presente ensayo se realiza un primer intento de interpretación de la Reforma agraria peruana, analizándose la forma en que ha ido variando su implementación, como resultado de diversos condicionantes económicos y políticos, incluyendo en primera línea la acción de las diversas fuerzas sociales.

Como base de nuestro análisis, hemos utilizado la cronología de la Reforma agraria peruana, que ha sido recopilada por nosotros a partir de la revisión de un vasto material periodístico y de publicaciones y volantes de diversos grupos políticos y gremios campesinos.

En este trabajo queremos rescatar la importancia del análisis político de la reforma agraria, combatiendo el sesgo

economista y mecanicista en que han incurrido diversos sectores.

La reforma agraria ha sido examinada básicamente en relación al proceso de desarrollo capitalista, descuidando en cambio el estudio de su relación concreta con la dinámica de clases y con los cambios que se producen en la composición, estructura y carácter del Estado (y con la correlación de fuerzas que lo sustenta). Se ha tendido así, frecuentemente, a analizar la reforma agraria a la luz de una "lógica capitalista" abstracta, llegándose en algunos extremos a convertir algunas categorías como las de "acumulación", "modos de producción" y "renta" en fetiches alienantes que en lugar de ser instrumentos que permitan la explicación de una realidad se han convertido en sustitutos de la realidad misma.

Ligada a este sesgo economicista encontramos generalmente una concepción funcionalista o mecanicista que lleva a interpretar la reforma como un proceso uniforme que expresa impecablemente los intereses del imperialismo o de ciertos sectores de la burguesía interesados

* Universidad Católica del Perú, Taller de Investigación Rural, Lima, junio de 1976.

en promover el desarrollo capitalista del agro y del país. A nuestro entender es un grave error el reducir la interpretación de la reforma agraria, o de la dinámica social en función del proyecto económico ideal de una sola clase o fracción de clase hegemónica, aún cuando esas expresen, sin duda alguna, en alta medida sus intereses. Como trataremos de demostrar en este ensayo la implementación de la reforma agraria estará influenciada de modo decisivo por la presión que ejerzan los diversos sectores sociales y por la correlación de fuerzas que se establezcan entre ellos en etapas determinadas.

Perspectivas para la interpretación de la reforma agraria

Antes de emprender el estudio de la reforma agraria en sí, conviene precisar la perspectiva en que éste se sitúa. Ello es necesario por cuanto a partir de las distintas experiencias históricas de surgimiento y desarrollo de la reforma agraria en América Latina en general, y en el Perú en particular, existen interpretaciones diversas y contrapuestas del mismo fenómeno, provenientes de los enfoques con que han sido realizadas.

Una primera referencia de estas discrepancias puede encontrarse en la crítica hecha por Ruy M. Marini, a la interpretación de Michel Gutelman de las reformas agrarias en América Latina.¹

Gutelman sostiene la tesis de que la

¹ La polémica entre ambos autores ha sido recogida en la publicación No. 5 de la serie *Cuadernos del Taller de Investigación Rural*, editada por el Programa de Ciencias Sociales de la Universidad Católica del Perú.

reforma agraria, cualesquiera que sean las nuevas formas de propiedad, es una medida burguesa que tiende a crear las condiciones para el mejor desarrollo del capitalismo. El afirma que ella constituye una medida adoptada por la burguesía, para eliminar al sector parasitario constituido por la clase terrateniente que se apropia sin trabajar (vía la renta de la tierra) del excedente producido por el conjunto de la sociedad y para permitir la ampliación del mercado interno. Al eliminarse la renta se suprime un sobreprecio que debía ser pagado por el conjunto de los consumidores y que encarecía el precio de los alimentos, incidiendo en un más alto costo de la mano de obra y en una menor disposición de recursos de la población para la compra de productos no agrícolas. Por otro lado, se abren las puertas de acceso a la tierra a los empresarios agrícolas (incorporándose a la producción aquellas tierras que se mantenían ociosas porque no había una renta garantizada) y en el caso de los sectores en que se daban formas de renta precapitalista se acelera la incorporación de los campesinos al mercado. Las reformas agrarias en América Latina no constituirían por tanto, según Gutelman, un índice de la potencia revolucionaria de las fuerzas populares, sino más bien un índice de la potencia política de la burguesía nacional que se consideraba suficientemente fuerte para asumir una ruptura del bloque dominante en donde había venido actuando en alianza con el sector terrateniente.

En la crítica que Ruy Mauro Marini hace a las posiciones de Gutelman, comienza por plantear una cuestión de mé-

todo, criticando la transposición mecánica del análisis teórico (a partir del estudio que hace Marx de la renta al nivel abstracto del modo de producción capitalista), al análisis concreto prescindiendo de las relaciones históricas que se establecen entre las diversas clases sociales.

Por otro lado señala Marini, que en la América Latina las reformas agrarias nacieron de la dinámica de las clases explotadas implementándose precisamente en aquellos países en que la presión campesina se tornaba insostenible (como es el caso de México, Bolivia y Perú).

Además no han sido las burguesías fuertes las que han implementado las reformas agrarias en América Latina, sino por el contrario aquellas burguesías débiles, incapaces de resistir la presión de las masas o necesitadas de ganarse el apoyo del campesinado para enfrentar al proletariado combativo (caso de Chile) e incluso a la vieja oligarquía. Finalmente remarca Marini, que las reformas agrarias en América Latina no se han planteado al romperse el bloque dominante: burguesía-terratenientes sino más bien antes de que tal bloque se constituya. En los países donde la burguesía es fuerte, como en Argentina o Brasil, ésta actúa en alianza con los terratenientes y no se han producido reformas agrarias. En cambio las reformas más radicales se han visto generalmente impulsadas por burguesías emergentes o sectores radicalizados de la pequeña burguesía (México, Bolivia, Perú).

No recogemos las críticas a Gutelman con el ánimo de descartar la im-

portancia que pueda tener la Reforma agraria peruana como instrumento de desarrollo capitalista. Esta importancia ha sido puesta de relieve por el autor en otro trabajo.² Lo que se pretende criticar aquí es a aquellos sectores que reducen la interpretación de la Reforma agraria peruana como expresión unívoca de un proyecto de la burguesía o del imperialismo, sin considerar la dinámica de clases concreta.

Consideremos, por ejemplo, los planteamientos de aquellos sectores (como el P.C. Bandera Roja, el P.C. Patria Roja o el P.C. Sendero Luminoso) que califican a la reforma agraria como la expresión política directa de los acuerdos adoptados en el marco de la "Alianza para el Progreso" en la reunión de Punta del Este.

Es indudable que la reforma agraria favorece los intereses imperialistas, en la medida en que permita salvaguardar la paz social en el continente y favorezca la ampliación de mercados para bienes industriales producidos por empresas controladas por el capital imperialista. Sin embargo, habría que explicar, por qué, siendo los intereses norteamericanos dominantes en todo el continente, la reforma agraria ha sido consecuentemente implementada en pocos países. Con respecto a la "Alianza para el Progreso" y las reformas agrarias en América Latina resulta, en este contexto, interesante considerar las conclusiones a las cuales arriba el científico social norteamericano John Strasma

² Mariano Valderrama, *Política agraria y acumulación capitalista*, Taller Rural, Universidad Católica del Perú, Lima, mayo de 1974 (Mimeo). Una nueva versión revisada de este trabajo está en vías de publicación.

en un estudio sobre el tema. Este autor señala cómo, en la era de los presidentes Johnson y Nixon, se produce en los Estados Unidos una revisión de la política de apoyo a procesos de reforma agraria en nuestro continente al tomarse conciencia de que los terratenientes constituían, en muchos casos, los más sólidos aliados políticos del imperialismo y que las reformas agrarias tendían en algunos casos a agudizar más las contradicciones sociales, antes que a menguarlas.³

Además las reformas agrarias burguesas más radicales no se han dado en aquellos países que podrían ser más burdamente caracterizados como títeres del imperialismo (por ejemplo, Nicaragua o Paraguay), sino precisamente en aquellos países (como el México de Cárdenas, la Bolivia de Paz Estenssoro y el Perú actual) que han desarrollado un cierto nivel de contradicciones secundarias con el imperialismo. Todo lo cual lleva a reconocer la importancia de analizar las reformas agrarias en función de la dinámica de clases de cada país.

Igualmente, la interpretación de la reforma agraria como expresión única o pura del proyecto de una burguesía nacional, ofrece problemas. En primer término, porque no encontramos en nuestro país un sector empresarial fuerte con un proyecto político coherentemente definido que sustente firmemente al actual régimen. En nuestro país, el desarrollo industrial es incipiente (en comparación con otros países de América

³ John Strasma, "Estados Unidos y la reforma agraria", en, Daniel A. Sharp, *Estados Unidos y la Revolución peruana*, Buenos Aires, Edit. Sudamericana, 1972.

Latina como Brasil, México, Colombia, Argentina, etc.) y ha estado marcado por la presencia dominante del capital imperialista. La ausencia de una sólida burguesía industrial nacional ha conllevado a que sean en buena parte los sectores medios o de pequeña burguesía, incluyendo en primera línea a los militares y a sectores profesionales, los que hayan levantado las banderas de un desarrollo burgués nacional.⁴ Esta base social pequeñoburguesa permitirá explicar el carácter utópico del proyecto de desarrollo nacional y explicará en parte ciertas contradicciones específicas entre el proyecto mismo y sus resultados.

⁴ Guillermo Rochabrún en su trabajo "Aspectos teóricos e históricos de la sociedad peruana, *Serie Materiales de Enseñanza del taller urbano industrial*" No. 2, Programa Académico de Ciencias Sociales de la Universidad Católica del Perú, Lima, septiembre de 1974 (mimeo), señala como una constante en el comportamiento de los industriales del país su renuncia a asumir un comportamiento agresivo en defensa de sus intereses, al menos cuando hay que hacerlo en forma abierta y pública. Detrás se encuentra la imperfecta diferenciación de intereses concretos que habría que ligar con las características que asume el llamado "desarrollo industrial peruano". El aparato industrial existente —señala Rochabrún— no va a poseer ninguna coherencia o integración. Va a ser un conjunto disperso de empresas integradas a otros sectores económicos y al exterior antes que entre sí. Por lo demás, el desarrollo industrial peruano no es nada comparado con el de otros países como México, Chile, Colombia, Argentina, etc. No hay asomos de una industria de bienes de capital. Se trata en gran parte de plantas de ensamblaje o de primera elaboración de materias primas, controladas básicamente por el capital extranjero. El crecimiento industrial ha estado basado en unas pocas empresas monopólicas dependientes en cuanto tecnología y financiación del extranjero, con lo cual no se dan las condiciones para el desarrollo de un proceso autónomo de acumulación de capital

Resulta importante constatar cómo los planes del desarrollo nacional propuestos por el actual régimen, han sido vistos con desconfianza por una gran parte de los empresarios locales. El gobierno, en una primera fase, al esbozar su programa de desarrollo económico nacional centrado en el intento de gestación de una industria local, convocó al apoyo de todos aquellos sectores empresariales nacionales cuyas posibilidades de acción se habían visto anteriormente limitadas por el predominio de una "oligarquía especulativa". Sin embargo, un sector mayoritario de empresarios locales no acudió a este llamado, lo que se expresa, entre otras cosas, en la falta de un manifiesto apoyo político al régimen y en la reducción de las inversiones del sector privado en la industria.

Se expresa así un recelo a los proyectos gubernamentales y al utopismo radical pequeñoburgués que los alimentaba. Esto llevará a que el gobierno, decepcionado de la falta de apoyo de este sector o convencido quizás de la falta de un auténtico sector empresarial nacional, aumente creciente e intensamente su participación en la economía, asumiendo en diversos ramos directamente el rol empresarial y recurriendo al apoyo del capital imperialista, para implementar diversos grandes proyectos, en los que se va acentuando una configuración monopólica del capital en nuestra economía.

El Estado asume así un nuevo rol de participante activo en la acumulación capitalista y busca ejercer un rol planificador en la marcha global de la economía. Estas nuevas funciones se ex-

presan en rápido incremento de las inversiones públicas (22.1% de promedio anual para el periodo 1968-1975 frente a 5.1% para el sector no público) y en diversas líneas de acción como: a) la progresiva estatización del aparato financiero, b) la ampliación del área del capitalismo estatal incluyendo la formación de amplio sector de empresas públicas como Minero-Perú, EPISA, Pesca-Perú, Indu-Perú, etc., y la promulgación de leyes reservando determinadas áreas económicas al sector estatal (por ejemplo la industria básica). Sin embargo, el proyecto de desarrollo económico prioriza la creación o consolidación de grandes empresas con uso intensivo de capital y tecnología, lo cual sujeta al Estado peruano al apoyo financiero y tecnológico del capitalismo internacional y limita las posibilidades de participación del incipiente sector empresarial nacional.⁵ Para diversas inversiones

⁵ Ver el libro de Aníbal Quijano, *Nacionalismo, neoimperialismo y militarismo en el Perú*, Buenos Aires, Ediciones Periferia, 1971. La priorización de las grandes empresas con uso intensivo de capital y tecnología no sólo refuerza la concentración y dependencia, sino que crea un agudo problema de ocupación. Según cálculos de la Dirección General de Industrias, el Estado invertirá entre 1975 y 1990, 147 mil millones de soles en la construcción de varios complejos industriales generando 52 mil nuevos empleos. Esto quiere decir menos de 5 mil empleos por año y a un costo promedio de 2 800 000 por empleo lo cual no corresponde a la realidad de país pobre con una ingente masa de sub y desocupados y que requiere de no menos de 150 mil puestos de trabajo por año para emplear a las nuevas generaciones. La promoción de pequeñas y medianas empresas no solamente no está prevista en el sector público, sino que también es desalentado en el sector privado. La evaluación de proyectos de inversión o reinversión en el Ministerio de Industrias tiende, asimismo, a favorecer a las grandes empresas.

mayores el Estado ha optado por asociarse con el capital extranjero en la formación de empresas mixtas (con Massey-Fergusson en la planta de tractores, con Volvo-Peerkins en la planta de motores diesel, con la Bayer en una planta de fibras sintéticas) o por permitir la inversión extranjera por contratos (caso del petróleo en la selva, caso de Cuajone y otras inversiones mineras y caso del complejo turístico Sheraton). Por otro lado, para impulsar sus planes de desarrollo, el régimen se ha visto obligado a recurrir crecientemente al financiamiento externo, lo cual, a su vez, ha limitado también decisivamente las posibilidades de desarrollar una política autónoma.

El cambio del proyecto en términos del papel atribuido a los sectores empresariales criollos, también va acompañado de una modificación en la relación con los sectores laborales a quienes se buscará organizar como base de apoyo gubernamental, para frenar el avance de la creciente movilización sindical clasista y secundariamente para frenar la crítica de los sectores más reaccionarios (incluyendo a los terratenientes). Se pasa así a constituir las ligas agrarias y la Confederación Nacional Agraria, la Confederación de Trabajadores de la Revolución Peruana, el Sindicato de Educadores de la Revolución Peruana, como organismos de mediación,

A la luz de los planteamientos anteriormente expuestos, nosotros creemos que el análisis político no puede limitarse al señalamiento del carácter de clase del gobierno de turno, en términos de los intereses que resulten beneficiarios de la aplicación de una política deter-

minada. Siendo éste un elemento indudablemente central y decisivo del análisis, él no puede por sí sólo, explicar la forma que asume la dinámica de clases en una sociedad concreta. Es necesario complementar ese análisis con otras consideraciones, sobre la composición misma del gobierno y del Estado en términos de alianza de clases, sobre el momento histórico en que se ubica el régimen, la correlación de fuerzas en que se sustenta y otros aspectos más. A nuestro entender constituyen serias limitaciones ideológicas de determinados sectores de la izquierda peruana, el haber limitado el análisis político básicamente al nivel del gobierno y no del Estado y del conjunto de la sociedad, así como el de haber considerado los intereses que definen un régimen como intereses abstractos de clases entendidas como categorías universales, antes que como categorías históricoconcretas.

En primer término, habría que ubicar el momento histórico en que se sitúa el actual régimen y se implementa la reforma agraria. En el plano económico corresponde a una etapa en que se produce una complejización y diversificación de nuestra economía, que conduce al surgimiento o consolidación de nuevos sectores sociales. En el plano político corresponde a una fase de evolución del Estado peruano en que se reelaboran estructuras y atribuciones en el ámbito del poder nacional, luego de la crisis del régimen oligárquico. En esa crisis tuvieron una influencia decisiva las movilizaciones campesinas de comienzos de la década pasada, que pusieron en tela de juicio la legitimidad del sector hegemónico tradicio-

nal: La gran burguesía terrateniente intermediaria, cuyo dominio se encontraba ya relativamente debilitado por el surgimiento de nuevos grupos sociales competitivos en el escenario de la vida económica y política del país. El gobierno de Belaúnde marca el fin de la hegemonía abierta de la clase dominante tradicional. Sin embargo, como veremos, ningún sector de las "clases nuevas" poseerá la fuerza suficiente para imponer claramente sus intereses, lo cual se reflejará en la inestabilidad política del régimen. Es en estas circunstancias de crisis política en que las Fuerzas Armadas asumirán el poder para reorganizarlo y hacerlo funcionar.⁶

Estas consideraciones históricas tienen gran importancia para el análisis de la reforma agraria y del actual régimen, en cuanto que fue la eclosión del movimiento campesino en la vida política nacional la que abrió las puertas al reformismo y a la reforma agraria, lo cual nos llevará a marcar el carácter eminentemente político de esta reforma. Las Fuerzas Armadas al asumir el poder, no están meramente interesadas en implementar un nuevo modelo de acumulación capitalista, sino que buscan básicamente reorganizar y consolidar el aparato estatal burgués. La reforma agraria, al igual que otras reformas, constituye un intento de ampliar las bases de apoyo del Estado. Se trata de consolidar la legitimidad del mismo (sustentando la figura ilusoria de un Estado ubicado por encima de la lucha de clases), incorporando por di-

⁶ Estos puntos los hemos tratado un poco más extensamente en el siguiente capítulo de este ensayo.

versos mecanismos a determinados sectores laborales en relación a la maquinaria estatal. Así se configura en el campo con la reforma agraria y con la nueva política "participacionista", una nueva estructura de mediación segmentaria (burocracia estatal en el campo, ligas, Confederación Nacional Agraria, representación formal de los trabajadores rurales en organismos públicos, medios de difusión).

Sin embargo, como apreciaremos en el curso de este trabajo, la reforma agraria en su intento de consolidar el mismo aparato estatal deberá producir una serie de reajustes y reacomodos en la organización social del campo que posibilitarán el surgimiento de nuevas contradicciones sobre las cuales también, complementariamente, podrá desarrollarse un movimiento sindical clasista.

Por otro lado, el análisis del momento histórico en que se constituye el actual régimen (situación de crisis de poder y de pugna irresuelta por la hegemonía entre las clases dominantes) contribuye a explicar la relativa independencia del actual régimen con respecto a lo que podría ser una representación directa y estricta de las clases que tienen el dominio sobre el Estado en general.

Esta economía relativa que se ve reforzada por el mismo carácter dual de la ideología de burguesía nacional y por la misma composición social del régimen. En situaciones históricas como ésta, resultan más cuestionables las concepciones mecanicistas que ven en el gobierno el mero reflejo directo de los intereses de la clase dominante.

Por último, consideramos necesario remarcar la importancia que tiene para el análisis político el considerar la composición del gobierno y del Estado en términos de alianza de clases y el de examinar la correlación de fuerzas que lo sustentan en etapas determinadas.

A nuestro entender, si bien los sectores de la burguesía nacional detentan el control hegemónico del gobierno y del Estado, no lo hacen en forma monopólica. A nivel del gobierno y especialmente a nivel del Estado encontramos la representación de intereses de los otros sectores dominantes del país.

Esto nos lleva a la necesidad de considerar la aparente dualidad de funciones de la Fuerza Armada como conductora de un gobierno reformista y al mismo tiempo, como cabeza administradora del Estado burgués (por tanto represivo, antipopular y defensor de los intereses de la burguesía en su conjunto). Ello explica asimismo, la existencia de posiciones en varios aspectos divergentes, aunque si bien no antagónicas, que se manifiestan en la definición de la política del régimen y que tienen también una expresión concreta en el campo de la política de desarrollo agrario.⁷ Sin embargo, no debemos magni-

⁷ Estas discrepancias se manifestarán, por ejemplo, en un primer momento de la implementación de la reforma agraria, en la pugna que se establece entre el ONDECOOP (y luego el SINAMOS) alrededor de la modalidad de adjudicación de las empresas afectadas y acerca de la modalidad que debía de asumir la "participación" campesina. Discrepancias posteriores se manifestarán, como veremos en el curso del trabajo, alrededor de puntos como el grado de autonomía que debería concedérsele a las organizaciones laborales de apoyo al régimen, el trato de los medianos propietarios, la forma de represión de

ficar el peso de estas contradicciones secundarias perdiendo de vista su ubicación precisa en relación a las contradicciones básicas de nuestra sociedad. La existencia de ciertas posiciones diferenciadas en el seno del régimen no pueden ser estudiadas al margen del análisis de conjunto de la dinámica de clases. A nuestro entender, la composición del mismo gobierno irá variando en diferentes coyunturas en función de la lucha que desarrollen los diversos sectores sociales y la correlación de fuerzas que se establezcan entre ellos. Esto es aplicable a la interpretación de la política agraria. En la parte final de esta introducción intentaremos realizar una periodización de la reforma agraria considerando las variaciones habidas en su implementación como resultado del mismo desarrollo de la lucha de clases.

Periodización de la Reforma agraria peruana

En cuanto a la modalidad de implementación de la reforma agraria, nosotros proponemos una periodización de la misma en función de:

a) Los cambios ocurridos en el proyecto del gobierno en términos del modelo de relaciones de clase implícito, no sólo en los planes, sino en la aplicación concreta de la reforma agraria.

b) Las características que asume la acción de las principales fuerzas sociales en el agro (burguesía agraria, organizaciones campesinas de apoyo al régimen y el movimiento sindical inde-

los movimientos populares, y la radicalización de la reforma agraria.

pendiente), y el tipo de relación que establecen con el gobierno.

Indudablemente estos dos aspectos están estrechamente interrelacionados. Por un lado hay que destacar que hasta ahora ha sido el gobierno el que ha mantenido la iniciativa en el campo obligando a los demás sectores a definirse en función de sus planteamientos.

Por otro lado hay también que señalar que la política de la reforma agraria se ha ido reformulando en el transcurso de los años en función de la dinámica de clases en el agro y en el conjunto de la sociedad.

En función de los criterios enunciados nosotros creemos posible distinguir 3 etapas en la implementación de la reforma agraria:

Primera etapa (junio de 1969 a comienzos de 1972). Reforma agraria antioligárquica que enfatiza el rol de la mediana burguesía agraria y mantiene una política cerradamente autoritaria frente a los trabajadores (negando cualquier tipo de "participación"). Genera una oposición de la burguesía agraria en su conjunto y una reacción espontánea de los trabajadores que conducen a la reformulación del esquema.

Segunda etapa (comienzos de 1972 a comienzos de 1974). Etapa en que se introduce un nuevo modelo de capitalismo estatal en el agro y se busca organizar a los trabajadores rurales como base de apoyo del régimen (Ligas, CNA). El proceso de cambios agudiza las contradicciones en el campo, y favorece el resurgimiento de una movilización sindical clasista. Para legitimar el nuevo modelo organizativo y contener el avance sindical clasista, el régimen prioriza

los aspectos ideológicos y sociopolíticos (SINAMOS) adoptando posturas radicales y otorgando un cierto nivel de concesiones a los trabajadores, sin llegar a alterar sin embargo sustancialmente las relaciones de explotación.

Tercera etapa (comienzos de 1974...). Denominada por el gobierno como de "consolidación del proceso". Bajo la presión de la crisis económica y en resguardo de su política de acumulación capitalista, el régimen pone mayor énfasis en los aspectos tecnocráticos y productivos. Se decide la finiquitación de la reforma agraria, se desplaza al SINAMOS del campo, se intensifica la fiscalización sobre las empresas reformadas y se ponen claros límites a la acción de las instituciones laborales de apoyo al régimen. En el campo del movimiento sindical clasista se da un nuevo tipo de movilizaciones impulsado por el campesinado pobre serrano que pone más claramente en evidencia los límites estructurales de la reforma agraria.

Presentadas a grandes rasgos las tres etapas, pasemos a examinar las principales características de cada una de ellas.

Primera etapa de la reforma agraria (junio de 1969 a comienzos de 1972). En esta primera etapa la reforma agraria se ubica dentro de una *concepción antioligárquica*. Se asigna un rol motriz, en el desarrollo agrario, a un grupo de empresas asociativas, establecidas sobre la base de las exhaciendas, manteniendo un esquema empresarial competitivo, y a los empresarios agrícolas costños, a quienes se distingue de la "oligarquía terrateniente especuladora".

Se acuña la famosa frase "quebrarle el espinazo a la oligarquía", a quien se acusa de haber trabado, sin sentido de la historia, la creación de un verdadero aparato industrial y de un sector empresarial nacional. Esta acusación fue reiterada por el presidente Velasco en las reuniones iniciales del CADE, en donde se asigna a la oligarquía la figura de un pulpo que había asfixiado el desarrollo de un capitalismo dinámico en el país y también en la gira al norte, a comienzos de octubre de 1969, en donde, luego de fustigar duramente a la oligarquía, el presidente señaló:

"La oligarquía no son los industriales y empresarios que contribuyen a forjar la riqueza del país y comprenden que el capital tiene una responsabilidad social. La oligarquía impidió el surgimiento del verdadero industrialismo peruano y siempre estuvo al lado de los consorcios internacionales."⁸

Así, la política agraria estaba inicialmente dirigida a desplazar del campo a aquella "oligarquía terrateniente" que concentraba en sus manos la tierra y las empresas agrícolas más productivas y que orientaba el excedente obtenido de ellas hacia actividades especulativas.

Su lugar en el campo debería ser tomado por empresas asociativas, que manteniendo el esquema empresarial de las exhaciendas, pudieran sin embargo reorientar la utilización del excedente en función de la ampliación del mercado interno. Incluso a esa "oligarquía terrateniente", se le abrían inicialmente las puertas para su regeneración, posibilitándose su conversión en empresarios dinámicos a través del can-

⁸ El Comercio, Lima, 12 de octubre de 1969.

je de los bonos de reforma agraria por efectivo para fines de inversión industrial, siempre y cuando los terratenientes se comprometieran a efectuar un aporte adicional equivalente de su capital especulativo. Igualmente la posibilidad de realizar parcelaciones por iniciativa privada, les abría el paso a su conversión en medianos propietarios. Estas parcelaciones y la fijación de mínimos inafectables, garantizando la propiedad privada en aquellos predios conducidos directa y eficazmente, abrían el camino para el desarrollo de una mediana burguesía agraria que debería convertirse en uno de los ejes centrales de la dinámica de acumulación en el campo.

Sin embargo, en el curso de los primeros años, irá cambiando la concepción oficial sobre el papel de los empresarios agrícolas que, claramente diferenciado de los grandes terratenientes, diese su apoyo a la política agraria gubernamental. Fueron más bien los grandes hacendados los que a través de la Sociedad Nacional Agraria, coparon la representación y el apoyo de la mediana burguesía agraria y procuraron trabar la implementación de la reforma agraria, presionando al gobierno para que reorientase su rumbo. Esto determinará una serie creciente de tensiones que llevarán al cierre de la Sociedad Nacional Agraria.

En la explicación del no surgimiento de un sector diferenciado de empresarios agrícolas que, esgrimiendo intereses particulares y una ideología propia acogiese más favorablemente la nueva política agraria, podríamos considerar diversos factores:

a) Por un lado cabe considerar que la gran burguesía agroexportadora había ejercido un control hegemónico del aparato estatal, durante varias décadas pese a no tener un partido propio. A falta de él, fue la Sociedad Nacional Agraria un centro clave alrededor del cual se nucleó el sector dominante tradicional. La directiva de esa institución, al igual que la de los de Comités de Productores y de las Asociaciones Agropecuarias locales que la integraban, estaban copados por el sector agroexportador, que había logrado imponer entre los agricultores, bajo la común defensa de la propiedad privada, su ideología del "liberalismo criollo".⁹ A través de estos comités y asociaciones, existía así una práctica histórica de acción conjunta entre los grandes, medianos e incluso pequeños agricultores, en donde los últimos sectores ocupaban indudablemente una posición subordinada.

b) Por otro lado, hay que considerar que la vinculación política entre "grandes" y "medianos" se veía además frecuentemente reforzada por una serie de relaciones económicas, sociales y familiares.¹⁰ Tiene que considerarse que muchos de los medianos agricultores

⁹ Sobre el "liberalismo criollo" consultar los ensayos de François Bourricaud publicados en la antología *La oligarquía en el Perú*, Buenos Aires, Amorrortu editores, 1972, en especial las pp. 32-33 y 124-25.

¹⁰ Consultar el interesante trabajo de María del Carmen de la Fuente, *Análisis de la estructura de poder y propiedad en el Departamento de Lambayeque*, presentado en octubre de 1975 como tesis de licenciatura al Programa Académico de Ciencias Sociales de la Universidad Católica del Perú, en el que se pone de manifiesto la vinculación entre la gran burguesía agroexportadora y la mediana burguesía regional.

eran en muchos casos grandes hacendados, que durante la década de los sesenta habían realizado parcelaciones por iniciativa privada.

En el distanciamiento entre el sector empresarial agrícola privado, tuvo una primerísima importancia la movilización de los trabajadores rurales costeros que presionó al gobierno a radicalizar el curso de la reforma agraria, limitando e incluso anulando las parcelaciones por iniciativa privada, concediendo a los trabajadores participación en las utilidades de las empresas agrícolas no reformadas, reduciendo en la práctica en algunas zonas de la costa norte el límite inafectable y reconociendo el legítimo derecho de los campesinos a dirigir la Liga Departamental Agrícola y Ganadera de Piura, desplazando del control de ella a los grandes hacendados. Estas medidas merecieron una airada reacción de los agricultores. Otro factor que contribuyó también a trabar la relación con la mediana burguesía agraria, lo constituyó la existencia de un sector del gobierno, que percibió los límites del modelo legal y luchó por una radicalización de la reforma agraria.

En cuanto a la relación con los sectores populares, en esta primera etapa, el gobierno, pese a haber obtenido un apoyo inicial espontáneo del campesinado, planteó una relación vertical con exclusión de cualquier ingerencia de las masas. La reforma agraria es vista como una medida que se da "en beneficio del campesinado" pero en cuya implementación este sector no tiene participación, sobreenfatizándose en cambio, la capacidad de los técnicos. Es así que

en la elección de los organismos directivos de las empresas reformadas, se introducirá un sistema de representación por estamentos en el cual los técnicos y empleados estarán sobrerrepresentados y el Estado asumirá la designación "a dedo" de un elevado porcentaje de los delegados y en donde se excluye la participación de los dirigentes sindicales. Este carácter rígidamente vertical, ligado a la orientación estrictamente empresarial que asume la reforma agraria está sin duda relacionado con la ausencia de una movilización y organizaciones campesinas luego de su represión a mediados de la década de los sesenta. En función de esa misma consideración opinamos que será la misma reactivación de las movilizaciones campesinas (especialmente la movilización del proletariado cañero), la que forzará una revisión de este esquema.

En cuanto a la movilización sindical en el campo, podemos distinguir también, coincidente con la primera etapa de la reforma agraria, una fase marcada por la reacción espontánea de los trabajadores, contra los abusos de los hacendados, (lucha contra las parcelaciones por iniciativa privada y otros mecanismos de evasión de la reforma agraria y contra el rígido verticalismo impuesto en los complejos azucareros). El método básico de lucha será la huelga y aunque el conflicto alcanza en algunos casos un carácter intenso, está encaminado, generalmente, a producir variaciones de orden legal (cambios en el sistema de representación de los organismos directivos de las empresas reformadas, anulación de parcelaciones o de inspectorías de trabajo parcializadas

y reivindicaciones salariales o laborales). En la mayor parte de los casos, resuelto el problema, el gobierno ha logrado la neutralización del movimiento, cooptando a sus dirigentes. Pensemos por ejemplo en "Huando" convertido bajo el liderazgo de "los Torres" en modelo de "participacionismo", o en el caso de "Tumán" donde el conflictivo grupo de trabajadores autodenominado "los Tupamaros", una vez conseguido su acceso a la dirección de la empresa, proclamó su apoyo al gobierno, o finalmente en el caso de los complejos de cañeros controlados por el APRA, ("Casagrande", "Laredo", "Pomalca") donde se dio un compromiso de los dirigentes sindicales con el régimen.

Segunda etapa de la reforma agraria (comienzos de 1972 a comienzos de 1974). Como hemos visto, la oposición del sector empresarial al esquema de desarrollo gubernamental y la movilización de los trabajadores rurales, junto a los demás factores ya reseñados, llevaron al régimen a asignar al sector asociativo un lugar prioritario (relegando a un segundo plano a los empresarios agrícolas privados) y a incrementar la participación del Estado en la planificación e implementación del desarrollo agrario. Como elementos que marcan esta nueva importancia del sector asociativo estatal, en el agro podemos señalar la radicalización de la reforma agraria, la elaboración de los Proyectos Integrales de Asentamiento Rural-PIAR, que reflejan una nueva estrategia global en la implementación de la reforma y una política de integración de predios favoreciendo las economías de escalas. Igualmente podemos

considerar la expansión de la burocracia estatal en el campo, el desarrollo de un sistema de planificación sectorial y de la producción así como la intervención del Estado en la comercialización de insumos y de productos agropecuarios (creación de la Empresa Peruana de Servicios Agropecuarios-EPSA; la comercialización del algodón vía la Empresa Peruana de Comercialización de la Harina de Pescados EPCHAP, y de los fertilizantes vía la Empresa Nacional de Comercialización de Insumos-ENCI). Se configura así en el campo lo que podríamos denominar genéricamente una forma de capitalismo estatal, que tiende a manifestarse también en otros sectores de la economía.

Durante esta etapa el Estado deberá librar una intensa *lucha para legitimar* el nuevo modelo organizativo y la acentuada presencia estatal en el campo. Se privilegian así los aspectos sociopolíticos, encargándose al SINAMOS de desarrollar una dura brega ideológica.

Los promotores e ideólogos del régimen, saltan al primer plano, con el encargo de propagandizar las reformas y la nueva concepción social en ellas implícita, y de promover las organizaciones populares de apoyo. Se impulsa así una política "participacionista". Dentro de esta nueva política es que se inserta la actividad del SINAMOS en el campo, difundiendo los postulados del gobierno y animando *la instrumentalización de una nueva estructura organizativa gremial en el campo de apoyo al régimen*, prevista por la Ley 19400 y que incluía la formación de Ligas Agrarias, Federaciones Departamentales y de una Confederación Nacional

Agraria. El SINAMOS desarrollará en diversos aspectos una política antite-ratiente, llegando a promover una radicalización de la política de afectaciones, cambios de autoridades locales y favoreciendo incluso en algunos casos, las tomas de tierra. Sin embargo, su acción ideológica y organizativa en el campo tendrá como su más importante función la de neutralizar el avance del movimiento sindical clasista y se ligará con prácticas represivas.

Esta política, cabe destacar, no se limita al agro sino que se encuadra dentro de un esfuerzo de contención de las movilizaciones populares en los diversos sectores del país, combinando la propagandización con la represión, y con la formación de organizaciones laborales dependientes del régimen (CTRP y SERP, por ejemplo).

En cuanto al *desarrollo del movimiento sindical*, se da en esta segunda etapa una fase que podríamos denominar de lucha por la "radicalización" de la reforma agraria y de consolidación de los gremios clasistas. Se trata de una movilización centrada en las "tomas de tierra" y en "huelgas generales de Valle" en función de la afectación de predios cuyos trámites estaban trabados o que se encontraban excluidos de los planes de reforma agraria. Paralela a estas movilizaciones se produce una reactivación de los sindicatos y gremios regionales clasistas (que en muchos casos deberán enfrentar el embate del SINAMOS y la represión). Esta creciente actividad gremial clasista confluirá en la reorganización de la Confederación de Campesinos del Perú

(CCP) en su IV Congreso realizado en mayo de 1974 en Huaral.

Tercera etapa de la reforma agraria (comienzos de 1974...). Esta etapa ha sido caracterizada por el propio gobierno como de *consolidación del proceso*. Una vez constituido el nuevo sector asociativo estatal y legitimado el nuevo modelo ante la "opinión pública", le interesa al régimen consolidar el esquema poniendo un *mayor énfasis en los aspectos tecnocráticos y productivos*.

Como elemento importante que coadyuva a imponer esta orientación productivista, está la crisis económica que deja sentir sus efectos en el país. En el caso específico del agro, incide en especial, la crisis de abastecimientos en la que se combinan la baja de la producción interna, con la crisis internacional de alimentos e insumos. Dentro de esta nueva orientación de la política agraria, a mediados de 1976, se enmarca la decisión de finiquitar la reforma agraria (aún cuando no se llegue al cabal cumplimiento de las metas previstas) y el otorgamiento de garantías a la mediana y pequeña propiedad (incluyendo la introducción del derecho de apelación a los decretos de afectación).

Igualmente, es importante relevar que en esta etapa se minimiza el papel del SINAMOS en el campo. La responsabilidad de la capacitación pasa a manos del CENSIRA, y la Dirección de Apoyo a las Empresas Campesinas del Ministerio de Agricultura asume la asesoría y fiscalización de las empresas reformadas. Los promotores del SI-

NAMOS desaparecen prácticamente de la escena rural y se reorienta la promoción del campesinado relegando la capacitación empresarial en importancia a la agitación antiterrateniente y a la propagandización de la participación campesina.

La tercera fase que hemos denominado de "consolidación del proceso" encontrará su correspondencia en el plano de las organizaciones campesinas de apoyo al régimen en la *institucionalización de la Confederación Nacional Agraria y con el demarcamiento de los límites que restringen la autonomía de la misma*. Es así que se desestimaron las iniciativas de ese organismo de formar comités de productores campesinos, de crear centros de abastecimiento popular, así como de promover desde las bases un movimiento político de apoyo al régimen. Ya hemos mencionado cómo en esta etapa desaparece el SINAMOS de escena, siendo sustituida la agitación antiterrateniente por un mayor énfasis en la capacitación empresarial. Dentro de esta nueva tónica, se proscriben a los funcionarios y a los organismos campesinos ligados al gobierno (ligas agrarias), la incentivación de más tomas de tierra llegándose a implementar, en el caso del fundo "Huarabi", en la provincia de Canta, departamento de Lima, una cruenta represión.

En cuanto al *movimiento* sindical clasista corresponde a la tercera etapa las luchas del campesinado pobre (tomas de tierras en Andahuaylas y en el Alto Piura) centralizadas por la CCP. Estas luchas, a diferencia de las de la segunda etapa, que eran parcialmente aceptadas por el régimen como expresión

de la legítima aspiración del campesinado a la tierra, son sancionadas como netamente "políticas" y "subversivas". Es importante recalcar también la participación del campesinado pobre en esta etapa, ya que en las dos etapas anteriores la movilización comprendió fundamentalmente las luchas de los trabajadores rurales asalariados costeos.

Estas movilizaciones evidencian los límites estructurales de la política de desarrollo agrario en relación a los sectores capitalistas. En otros trabajos,¹¹ hemos señalado cómo la reforma agraria mantiene una política diferenciada frente a las diversas áreas y sistemas de producción, consolidando en el campo un esquema de desarrollo desigual. La acción de la reforma agraria y del sector público en general (crédito, asistencia técnica, inversiones estatales, etc.), tienden a concentrarse en determinadas zonas o unidades donde el proceso de desarrollo capitalista está más avanzado o en donde las condiciones para sus avances son mejores.

Existen en cambio diversas regiones del país y vastos sectores de la población (incluyendo la producción parcelaria que comprende la mayor parte de la población rural peruana), que no reciben mayor atención de diferenciación social y del Estado. En ese sentido la reforma agraria no detiene el

¹¹ Consultar el trabajo citado de Mariano Valderrama, *Política agraria y acumulación capitalista*, en donde se trata con más amplitud el tema. Sobre la pauperización del campesinado consultar del mismo autor el artículo, "El proceso de fragmentación de la propiedad rural en el Departamento de Cajamarca", en el "Informe Preliminar sobre el trabajo de campo en Cajamarca" editado por el *Taller de Investigación Rural*, de la Universidad Católica del Perú en febrero, 1975 (mimeo).

proceso de diferenciación social y de pauperización de la población campesina. La subsistencia de relaciones mercantiles y de la propiedad privada permite que los mecanismos profundos de mercado eliminen inexorablemente a los productores marginales y los someta a condiciones de vida infrahumana. Este proceso de pauperización se ve acelerado por la política de precios que mantiene bajos los precios de los productos alimenticios. Por otro lado, el mismo modelo de acumulación orientado al desarrollo de un sector de economías de escala con uso de tecnología y capital intensivos y orientado a la maximización de la ganancia hace de la pauperización y de la desocupación características inherentes al sistema.

Límites del presente trabajo

Antes de concluir la introducción sería conveniente precisar los principales límites que definen el presente trabajo.

Por el mismo carácter de ensayo el trabajo no pretende dar una interpretación acabada de la reforma agraria. El trabajo tiene más bien un carácter parcial, de etapa, y deberá permitir, junto con otras investigaciones en curso, producir en un futuro un análisis más completo y sistemático de la Reforma agraria peruana.

El análisis se concentra en los aspectos sociopolíticos de la reforma agraria dejando de lado un análisis infraestructural sobre la modalidad que asume la acumulación en el agro. En ese sentido se considera en este ensayo la dinámica de clases en sus formas más abiertas y conflictivas (pro-

nunciamientos, huelgas, tomas, etc.) dejándose de lado otros aspectos como son las migraciones, el proceso de proletarianización. La misma interpretación de las movilizaciones campesinas es vista básicamente desde la dinámica de la reforma agraria sin profundizar en la incidencia de los condicionantes económicos.

Una limitación adicional del ensayo la constituye su carácter sectorial. Muchas medidas que aparecen aquí interpretadas a la luz de la dinámica de clases en el sector agrario requieren ser reexaminadas a la luz de un análisis

de conjunto del escenario político nacional. Caso por ejemplo de la Confederación Nacional Agraria y de la ley 19400 cuya interpretación no puede ser hecha al margen de un análisis global de la política de cooptación de los sectores laborales implementada por el actual régimen.

Pese a estas limitaciones creemos que el trabajo constituye un primer intento de interpretación y de presentación sistematizada de los aspectos sociopolíticos de la reforma agraria, que puede aportar al desarrollo de una interesante discusión.



Un párroco satisfecho, 1936

A 20 años del XX Congreso del PCUS

Los límites del avance

Adalberto Minucci

I

Es difícil encontrar en la historia de las recientes generaciones, un acontecimiento de naturaleza "subjetiva" —como es por excelencia el congreso de un partido político— que haya influido en forma y en medida tan determinante, como el XX Congreso, en todo el curso posterior de los acontecimientos mundiales. Y que además, como en este caso, represente por sí mismo una especie de jalón entre dos épocas profundamente diversas.

En el comienzo del tránsito referido, van surgiendo como se notará, dos grandes tipos de problemas. Uno, específico de la evolución de la sociedad soviética; otro, conectado a los cambios adecuados a los acontecimientos mundiales. La economía soviética, que luego de una larga fase de acumulación de tipo "elemental", llega, en base a ella, a una rápida y también exclusiva expansión de la industria básica (factor éste, que se había revelado como decisivo para el surgimiento de una poten-

cia militar capaz de derrotar al nazi-fascismo, y posteriormente, de enfrentar la estrategia americana de la guerra fría y del *roll-back*), corría el riesgo de una desaceleración, y de un *impasse* verdadero y propio. Pero encontró rápidamente la vía de un desarrollo más complejo y orgánico. En efecto, se hacía necesario —a la par que mantener el nivel y el ritmo del crecimiento de la industria básica—, fijar un nuevo equilibrio entre esta última y la industria productora de bienes de consumo. Lo cual no era fácil, según lo había demostrado el enfrentamiento político que poco antes había provocado el alejamiento de Malenkov. Era preciso además reivindicar el papel de una agricultura sacrificada durante decenios, y asegurar un crecimiento más equilibrado de los servicios y del sector terciario.

Para llegar a tales fines, se requería pasar a formas nuevas y superiores de planificación, y dejar de lado todo lo "burocrático y dañoso" (como fue dicho en el Congreso), representado en ese momento por un sistema de dirección

excesivamente centralizado. Debíase pues, valorizar nuevas formas de descentralización y de autonomía, exaltar la función impulsora de la investigación científica y tecnológica.

El mismo contacto con las masas imponía radicales modificaciones. La tensión voluntarista que por casi cuarenta años había constituido la principal fuerza motriz de la sociedad soviética, y permitido enfrentar los inmensos sacrificios de la guerra civil, de la construcción económica, de la Segunda Guerra Mundial y de la sucesiva reconstrucción, había privado ahora a toda una generación de las motivaciones objetivas del pasado. Por otro lado, como aquel voluntarismo estaba nutrido por el consenso y entusiasmo de la inmensa mayoría del pueblo soviético, y acompañado también por fenómenos de coersión a gran escala, pudo desembocar en la degeneración despótica de la dirección estaliniana.

La exigencia de un uso más racional de los recursos y de un desarrollo más orgánico de la economía, coincidía así con la necesidad de dar mayor respiro a las grandes masas, de demostrar que los halagos del socialismo no están destinados solamente a las generaciones futuras, de renovar la confianza al restablecer las normas socialistas, y retomar el contacto entre el Estado y los ciudadanos. En esta perspectiva está comprendida una serie de directivas emanadas del XX Congreso de carácter económicosocial, tendientes a incrementar el consumo, la calidad de los productos, los salarios individuales, y a dotar al país de una moderna red de servicios sociales.

En el plano políticoinstitucional, el tema esencial del grupo dirigente soviético, fue el de la plena restauración del principio de la dirección colectiva, auténtico *leit-motif* del Congreso. Tema que fue planteado como un retorno al método leninista luego de veinte años de dirección personal y de culto a la personalidad. Se insistió también —a través de formulaciones muy genéricas— en la necesidad de que al colectivo de los órganos del partido correspondiera un restablecimiento de las funciones soberanas de los Soviet a varios niveles de la vida estatal.

II

La exigencia de un cambio en la vida interna de la Unión Soviética, y las concretas posibilidades de realizarlo a través de un incremento económico, social y político, se presentaban estrechamente unidas —en el análisis del XX Congreso—, al delinearse nuevas tendencias en las relaciones internacionales. También aquí la dinámica que se ve es la de un país que al salir de dramáticas condiciones de bloqueo e inferioridad, ve abrirse un espacio más vasto para la propia iniciativa, en un cuadro mundial más articulado, y en última instancia abierto a profundos cambios en la correlación de fuerzas.

Ya se habían venido acumulando algunos elementos fundamentales de este marco a partir de los éxitos de la Segunda Guerra Mundial. Así, la formación de un "sistema" de estados socialistas al lado de la URSS, la victoria de la Revolución china, la aceleración que estos grandes acontecimientos die-

ron al movimiento de liberación de los pueblos coloniales, la formación de nuevos frentes por la pacificación (la plataforma de Bandung), y los pasos cumplidos por la Unión Soviética en la búsqueda de un equilibrio militar con los Estados Unidos y con el bloque occidental (recuperado en 1949 el retardo en la construcción de las armas atómicas, los soviéticos habían logrado en 1953 ser los primeros en experimentar la bomba de hidrógeno).

Pero todo esto, si bien había contribuido a abrir algún camino en el bloque agresivo del imperialismo (la crisis de la política dulesiana, la neutralización de la potencia militar norteamericana en Corea, más el fracaso de las tentativas de usar las armas nucleares en este conflicto, el delinearse divisiones y posiciones nuevas entre los grupos dirigentes americanos y en las filas del Atlántico), todavía no había alcanzado, en el momento del XX Congreso, una clara inversión de los acontecimientos políticos mundiales. En efecto, la estrategia de la guerra fría, a pesar de haber experimentado golpes, continuaba prevaleciendo en la política de los Estados Unidos y de sus aliados del Atlántico; la potencia militar norteamericana mantenía notables márgenes de superioridad, sobre todo en el plano ofensivo; y aún más clara era la diferencia entre el potencial económico estadounidense y el soviético. En consecuencia, los riesgos de colisión, de retornos agresivos del imperialismo, la amenaza misma de una guerra de exterminio, proseguía dominando la escena mundial.

Proponemos de nuevo estos elemen-

tos de valoración, a fin de subrayar que las grandes elecciones estratégicas definidas por el XX Congreso en el campo internacional, no eran ni obvias ni fáciles. Al contrario, fueron fruto del valor político y constituyeron una apuesta con la historia. Todavía más, debían manejarse con análisis viejos y concepciones dogmáticas presentes en gran parte del movimiento obrero internacional.

Fueron tres, como es notorio, las nuevas pautas de estrategia internacional lanzadas en el XX Congreso. La primera se fundamentaba en la posibilidad concreta de evitar la guerra, como elemento característico de la nueva época que se estaba abriendo. El movimiento comunista, guiado por la tesis leninista de que la guerra es el inevitable producto de la naturaleza económica del imperialismo, estaba llamado a la elaboración de un nuevo análisis. En el mismo, el aspecto principal pertenecía a las fuerzas progresistas de la humanidad, y a su gradual prevalecer en los mecanismos "espontáneos" de la economía. La guerra "no es solamente un fenómeno económico", o lo es hasta que el imperialismo no encuentra en su camino fuerzas capaces de contrarrestar y cambiar su naturaleza agresiva. En la nueva situación —caracterizada asimismo por la amenaza de un exterminio atómico—, se volvían determinantes, "la correlación de clases, las fuerzas políticas, la organización y la voluntad consciente de los hombres" (Jruschov). Por primera vez, en otras palabras, en un mundo dominado durante siglos por las leyes "económiconaturales" del capitalismo, se

tomaba conciencia de la importancia —y en un problema crucial como el de la guerra y de la paz— de una “ley” propia del socialismo, fundada en la correlación entre economía y política, y en el surgimiento de las fuerzas progresistas de la humanidad como protagonistas principales de la historia.

La segunda pauta, se presentaba como directo corolario de la primera. Para evitar la guerra, era necesario que las fuerzas de la paz cerraran filas con el objetivo común de la coexistencia pacífica entre los dos grandes sistemas, y los dos grandes países de diferente orden social. La fuerza en cierto modo “objetiva” de esta propuesta, es su capacidad de incrementar en sectores sociales y políticos profundamente diferentes, la convicción de que la coexistencia es la única alternativa posible para evitar un tercer conflicto mundial y el genocidio nuclear. Al mismo tiempo, ello ofrece un terreno nuevo y más avanzado a la lucha de clases, en cuanto presupone que se ponga el movimiento obrero a la cabeza de un inmenso y diferenciado lineamiento de paz, en un proceso tendiente a frenar la naturaleza misma del imperialismo, y a modificar de tal modo la correlación de fuerzas mundiales. Debe afirmarse al respecto, un nuevo método en la diplomacia internacional, fundado en soluciones a través de negociaciones para cada motivo de conflicto entre los sistemas y los Estados, la instauración de un clima de distensión, y el desarrollo de los intercambios comerciales sobre la base de utilidades recíprocas.

La tercera de las pautas referidas,

considera la posibilidad de diversas formas de transición al socialismo en los distintos países y regiones del mundo. Esto es, el reconocimiento de la legitimidad y necesidad de “vías nacionales” al socialismo. Asimismo, aquí el XX Congreso marcó un cambio radical, no respecto a lo establecido en los clásicos del marxismo (Marx y Lenin, como fue recordado en el Congreso han reiterado varias veces, hipotéticamente, la posibilidad de formas diversas, también pacíficas de pasajes al socialismo), pero sí a una tradición instaurada en la III Internacional, y que tomó como único ejemplo la experiencia soviética.

Mérito del XX Congreso fue entonces, la superación de las imposiciones doctrinarias sobre el problema, y de insistir una vez más en el análisis concreto de una nueva realidad mundial. La perspectiva de una pluralidad de vías de acceso al socialismo venía así conectada a los cambios en la correlación de fuerzas, y en aquéllos que se dieran en los movimientos revolucionarios. “Las fuerzas del socialismo y de la democracia se han desarrollado inmensamente en todo el mundo, mientras que el capitalismo se ha debilitado mucho más.” En el pasado las crisis revolucionarias habían desembocado en la violencia armada y en la guerra civil, no por el deseo o por la voluntad especial de las clases explotadas y de sus organizaciones, sino porque las viejas clases dominantes eran aún lo suficientemente fuertes como para reaccionar con violencia e imponer este terreno de lucha. En el cambiante cuadro internacional la clase obrera puede sin embargo, adquirir en varios paí-

ses capitalistas un grado de fuerza y un frente de alianzas tales, que sean capaces de contener y neutralizar las reacciones agresivas de los grupos dominantes capitalistas, y de posibilitar el tránsito pacífico al socialismo.

En la tribuna del Congreso se habló también de una "vía parlamentaria" al socialismo, en una acepción impropia y limitada, que como tal no ha sido nunca aceptada. Es el caso de los comunistas italianos. Pero en realidad se tendía a establecer un nexo orgánico entre la lucha de masas y la lucha en las instituciones, capaz de traducirse en la conquista de "un saldo mayoritario en el parlamento para transformarlo de un organismo de la democracia burguesa, en un auténtico instrumento de la voluntad popular".

III

Bajo el perfil de la compleja evolución de los acontecimientos mundiales, la historia de los últimos años es en gran parte la historia del acierto —en un proceso no lineal, sino difícil y dramático—, de las grandes ideas del Congreso. La amenaza de una tercera guerra mundial, que en aquellos años importaba al extremo de tener en suspenso la atención de la humanidad, aparece hoy más lejana, si no definitivamente superada. La política de la coexistencia pacífica, después de haber sido puesta a prueba en tan dramáticas circunstancias (en Hungría, en Cuba, en Vietnam, en Medio Oriente), y de haber permitido superar problemas cruciales dejados sin solución por la Segunda Guerra Mundial, es hoy re-

conocida formalmente también por la mayoría de los grupos dirigentes occidentales. Se ha demostrado la falta de fundamento de las reservas expresadas entonces, por algunos sectores de la izquierda, según las cuales dicha política dañaría, o prácticamente desarmaría las luchas de la clase obrera y de los movimientos de liberación. Por el contrario, la afirmación de la coexistencia como método nuevo en las relaciones de los Estados, fue acompañada por el desarrollo creciente de victorias sin precedentes de las fuerzas de liberación de los pueblos coloniales, con el apoyo decisivo en muchos casos de los países socialistas y del movimiento obrero internacional. Un despertar extraordinario de la lucha de clases ha puesto al orden del día la experiencia de transformaciones radicales en el plano social y político de Occidente.

Para generaciones enteras y para nuevas capas sociales, la lucha contra la guerra —y la certeza de que el mundo socialista persiguiera sin vacilaciones una política de coexistencia—, han constituido la promesa de nuevas formas inéditas de militancia política; y han permitido a aquéllas pasar de la reivindicación por la paz a una individualización exacta de la responsabilidad del imperialismo y a un compromiso de lucha por cambiar la sociedad.

En la cotidiana crisis de la economía y de la sociedad capitalista, es posible individualizar una de las formas históricas más completas de los procesos políticos abiertos por el XX Congreso. Ello surgió esencialmente como consecuencia del cambio en la correlación de fuerzas a escala mundial y la rápida

reducción del área económica dominada por el imperialismo. Por otra parte, las contradicciones que se ven en la base de la crisis misma, tienen la peculiaridad de que no se pueden resolver por la vieja lógica de la guerra (los acontecimientos de Angola, confirman por añadidura, cómo se fue volviendo difícil para el imperialismo, inclusive recurrir a la política de las "intervenciones locales").

Al verse obligada, por así decirlo, a interiorizarse, a explicarse preferentemente según el interior de las estructuras y de las relaciones sociales del sistema capitalista, la crisis tiende a volverse —como aparece evidente en los fenómenos cotidianos—, en formas más radicales de socialización de la economía, en una instancia imprescriptible de planificación del desarrollo también en el interior de los sistemas capitalistas, en una acentuación basada en nuevas contradicciones internas del imperialismo. El problema del Estado y de las instituciones políticas, se sitúa entonces en nuevos términos —más centrales que en el pasado—, con respecto a los procesos económicos y sociales, para crear condiciones más favorables a la intervención política de la clase obrera y sus aliados. De donde, la posibilidad actual de introducir "elementos de socialismo" dentro de las sociedades capitalistas, y de un nuevo crecimiento de la hegemonía de la clase obrera. Las dos cosas, como procesos reconducibles, en último análisis, tendientes a prevalecer también en la esfera de la correlación económica y social —como en las relaciones internacionales y en las cuestiones de la guerra

y de la paz—, de las fuerzas progresistas en los mecanismos "espontáneos" del sistema, y de un nuevo anexo entre economía y política.

IV

La línea del XX Congreso, unida a grandes aprobaciones por la historia de estos veinte años, presenta contradicciones e interrogantes no resueltas aún a pesar de sus desarrollos extraordinarios.

Las más graves son respecto a las relaciones internas de las sociedades socialistas, y al movimiento comunista internacional. La crítica destructora de las degeneraciones estalinistas no ha abierto el camino a un desarrollo orgánico de la democracia socialista. La búsqueda de formas de transición al socialismo, que también se ha desplegado con la originalidad y amplitud prevista por el XX Congreso, se ha traducido en incomprendiones, o quizás, en contrastes lacerantes para el movimiento obrero internacional (la ruptura con China, la crisis checoeslovaca, los descensos más o menos explícitos de los mayores partidos comunistas europeos en las elecciones). En el fondo, reaparece la exigencia de una edificación teórica correcta, no mística "ideológicamente", del proceso revolucionario según se cumplió en el largo lapso de medio siglo.

De una lectura global de las actas del Congreso, resalta hoy más que nunca el desequilibrio entre la audacia de la propuesta política (y de la renovación que ello implicaba en la forma de pensar y de hacer política de la orga-

nización comunista), y la pobreza de la elaboración teórica encargada de justificar dicha propuesta. El límite representado por este desequilibrio, es tal vez más grave de lo que se revelara en un primer momento. A un movimiento revolucionario empeñado en realizar una estrategia de importancia mundial, al trazar un cambio de línea política de tales dimensiones, no se le puede dejar de exigir la capacidad de adecuación del conocimiento científico y de las teorías establecidas. Sin lo cual se hace imposible dominar los procesos en marcha, conquistar la adhesión vencida de las masas y de los diversos sectores del movimiento, destacar nítidamente los nexos entre pasado y presente, operar una nueva síntesis al punto de neutralizar las fuerzas centrífugas.

En realidad —como admitió el compañero Mikoyan en una de las intervenciones de mayor valor y más vivas del Congreso—, justamente en los campos de la investigación científica y del debate teórico, la represión estalinista había abierto los vacíos más graves, hasta determinar en algunos sectores (economía, historia, filosofía) una situación de devastación. Las consecuencias de esto no podían sino hacerse sentir pesadamente, en una fase en la que el Partido Comunista de la Unión Soviética venía a colocarse de manera objetiva en el centro de un alineamiento mundial muy vasto y extremadamente articulado, rico en nuevas entidades estatales y nacionales, diverso en las estructuras económicas, en las tradiciones políticas, en las culturas. Y mientras se mantenía, la reconocida posibilidad de la rígida disciplina de

un sistema centrado en torno a un Estado y a un partido guía, se volvía aún más imperiosa la necesidad de nuevos puntos de referencia teóricos y de nuevos niveles de síntesis.

Del Congreso no salió más, bajo este perfil, que un llamamiento a volver al origen del leninismo, propuesto a través de formulaciones que raramente iban más allá de la cita escolástica. La referencia a Lenin fue utilizada repetidas veces como un pretexto y motivo para sacar a la luz la involución de Stalin. La misma propuesta política central, de un restablecimiento de los métodos leninistas de dirección, y en primer término del principio de la colectividad, para fundar sobre éste las nuevas perspectivas de expansión de la sociedad socialista, no reunía la novedad ni la dimensión de los procesos políticos institucionales, que también estaban amparados por el análisis del Congreso. El referirse al Estado y a las varias formas de democracia, o a los nuevos modelos de planificación, la propuesta de modos originales de pluralismo enfrentado al crecimiento de las articulaciones y de las autonomías internas de la sociedad socialista, y más en general, las modificaciones cualitativas de los acontecimientos entre democracia y socialismo, tornó necesarios nuevos niveles de socialización de las fuerzas productivas y el papel más elevado del elemento político, de las fuerzas de avanzada, en la determinación de los procesos reales de nuestra época.

La denuncia del periodo estalinista, a través de la fórmula del *culto a la personalidad*, que también hizo asumir al Congreso la función liberadora de una

ruptura con los fenómenos involutivos del pasado, se presentó como expresión de las limitaciones ideológicas, de incapacidad para investigar las raíces más profundas de una contradicción real.

Lo destacó por primera vez Togliatti, y no —como alguien lo ha sostenido recientemente— por una manía profesional o por tener un gesto iconoclasta que no se encuadrara en una “explicación histórica”, sino porque el final de un culto, o la atribución de todas las responsabilidades a un solo dirigente, no habrían resuelto los problemas abiertos por la propia denuncia. Pues, “sin aclarar a fondo —como escribe Togliatti— de qué manera se unían los problemas de la democracia política a los económicos, de la democracia interna y de la función dirigente del partido con el funcionamiento democrático del Estado”, aquellos problemas permanecerían sin respuesta.

La fórmula del culto a la personalidad recuerda vivamente, hay que admitirlo, al procedimiento de aquellos “ideólogos históricos”, sobre los cuales ironizaba Engels, y que consiste en el cambio sistemático de los efectos por las causas (“si Ricardo Corazón de León y Felipe Augusto hubiesen introducido el libre cambio en lugar de dedicarse a las Cruzadas, se hubieran ahorrado quinientos años de miseria y de estupidez”). Dicho procedimiento termina por desviarse de una búsqueda rigurosa de las razones históricoestructurales que han hecho posible el fenómeno estalinista de la sociedad soviética, de las deformaciones más o menos duraderas que se han dado, y por impedir un

análisis no “ideológico” pero científico de los reales estadios de desarrollo y de los diversos papeles que la revolución soviética ha venido asumiendo en el proceso revolucionario a escala mundial.

La visión reducida de la función específica de la Revolución rusa, que en los tiempos de Lenin había inducido a una parte del grupo dirigente bolchevique a considerarla destinada al fracaso, si no llegaba a actuar como detonante de la revolución en occidente, ha sido seguida bajo Stalin —y en el centro de la justa lucha por afirmar la legitimidad de la construcción del socialismo en un solo país—, una concepción tendiente a presentar la experiencia soviética como horizonte y modelo casi exclusivo de la revolución mundial. Esta segunda imagen tan “ideológica” como la primera, ha resistido por largo tiempo y de todos modos, sobrevivido también de alguna manera a la superación del concepto de Estado-guía operado por el XX Congreso. Se puede encontrar probablemente una huella en la función fundamental que el grupo dirigente Jruschoviano atribuyó hasta cierto punto, a la competencia económica entre la URSS y los EEUU; o en las “gestiones preferentemente estatales” (según una definición del difunto Ernesto Ragionieri). Huella creada en algunos momentos por la política de la coexistencia pacífica.

En síntesis, se trata de las trabas que seguían impidiendo a mi parecer, la valoración correcta del papel autónomo de los nuevos sujetos sociales y políticos, que en esta etapa tienden a en-

trar en la lucha por la democracia y el socialismo, la renovada función de la clase obrera occidental, el valor actual de la concepción togliattiana de un "nuevo internacionalismo", fundado sobre la unidad en la diversidad y sobre una visión policéntrica del proceso revolucionario.

Los límites del XX Congreso, no pueden de ningún modo hacer subestimar el hecho de que éste haya abierto nuevos horizontes a la misma búsqueda teórica. Después de la larga fase del comunismo de guerra, y de la construcción de una nueva estructura esencialmente animada por una tensión voluntarista, éste señala el tránsito a una etapa de madurez y de dominio más racional de las fuerzas productivas. El "gran cambio" del XX Congreso, ha hecho también posible la conciencia ahora difundida de que el socialismo se haya consolidado en una parte del mundo como una nueva formación económico-social, y se presente en la actualidad como un nuevo orden necesario de los propios acontecimientos internacionales. Por esto se reabre el debate, no solamente teórico sino político, en torno a los problemas de las superestructuras en la sociedad socialista, y de las formas nuevas del Estado.

La tesis hoy tan conocida, de que como todas las formaciones económico-sociales que aparecieron en la historia, también la socialista esté destinada a

expresarse —en los distintos países— en las más diversas formas de poder político y estatal (desde el despotismo a la democracia), contiene tal vez una verdad a medias, y de cualquier manera podría aparecer aceptable en nombre de una concepción "laica" del proceso histórico. Pero el debate apasionado que (gracias también al XX Congreso) es tomado por el movimiento obrero para superar las incompreensiones actuales en la búsqueda común, de una nueva relación entre democracia y socialismo, demuestra que está en juego algo más que una verdad a medias, o la del llamado a la función unitaria que la teoría marxista asigna a la clase obrera. Son los hechos cotidianos los que confirmarán esta función unitaria, de la que tiene necesidad el mundo contemporáneo, si se quiere salvar de un destino de disgregación y de "barbarie moderna". No se saldrá de la crisis, si la coexistencia no se traduce en cooperación, para dar vida a un proceso de recomposición unitaria del mercado mundial y a un sistema nuevo de relación entre los pueblos. Pero esta necesidad de unidad no podrá lograrse, si la clase obrera y todas las fuerzas avanzadas, no saben recoger y hacer propio el requerimiento de un orden pluralista y democrático, de la sociedad y del Estado, que proviene hoy más que nunca de las exigencias de desarrollo, de socialización de las fuerzas productivas.



El "Tercio" en Sevilla, 1936

Alianza de clases y dominación: México 1930-1946

Victor E. Bravo Ahuja Ruiz
Marco Antonio Michel

El ascenso del cardenismo

A diferencia de lo ocurrido en Argentina o en Brasil, en México las contradicciones sociales no esperaron los años treinta para poner en tela de juicio a la hegemonía de la oligarquía primaria exportadora. Si bien la Revolución no dio el triunfo definitivo a las fuerzas populares, sin embargo ocasionó que los porfiristas y sus partidarios perdieran toda posibilidad de seguir al mando de la sociedad política. En verdad, los años transcurridos del fin del movimiento armado a 1930, constituyen un periodo durante el cual no existe una clase o alianza de clases, en la que pueda descansar la dirección de la sociedad. Ante esta situación de empate de las fuerzas políticas, surge la "dinastía sonorense" como la única suficientemente capaz de encabezar el Estado. Es posible hipotetizar que Calles, a principios de los años treinta, hubiera podido resolver tal situación de empate, en favor de una alianza ligada a antiguos intereses oligárquicos, de no haber sido por la crisis mundial.

En lo que a la situación de las clases trabajadoras se refiere, la primera y más grave consecuencia del colapso económico fue la del desempleo. Los reajustes de miles de trabajadores que las empresas lle-

varon a cabo para atenuar las dificultades económicas, se manifestaron tanto en la minería como en el petróleo, en la agricultura como en la industria, en el comercio como en las oficinas burocráticas. Asimismo, la repatriación de mexicanos procedentes de los Estados Unidos contribuyó a empeorar el estado de las cosas. El número de los que se reintegraron al país durante aquellos años fue de 69 570 en 1930, de 124 990 en 1931, y de 80 648 en el último año de la crisis.¹

Según algunas cifras oficiales, los sin trabajo que en 1929 eran 89 660, en 1931 alcanzaron un promedio mensual de 287 462, en 1932 de 339 378, para descender en 1933 a 275 774.² Todo este inmenso ejército de reserva creado por la suspensión de actividades productivas, al presionar sobre el mercado de trabajo, contribuyó a deprimir aún más las remuneraciones salariales de aquellos trabajadores todavía activos, depresión salarial que incidía negativamente sobre los nive-

¹ Arturo Anguiano, *El Estado y la política obrera del cardenismo*, México, ERA, 1975, p. 25.

² Secretaría de la Economía Nacional, Dirección General de Estadística, *Anuario Estadístico de los Estados Unidos Mexicanos*, 1939, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1941, pp. 302-303.

les de vida de la población trabajadora y de sus familias.

La situación en el campo (donde vivía el 70% de la población) era de las más críticas, y esto era debido, sobre todo, a la estructura agraria vigente. No obstante que la reforma agraria había sido uno de los principales objetivos de la Revolución, en realidad la estructura agraria no había sufrido grandes modificaciones. En 1930 existían 13 444 hacendados que concentraban el 83.4% de la tierra, mientras que 60 mil pequeños y medianos propietarios usufructuaban el resto.³ En la base de este sistema de latifundios, se encontraban cerca de 2.5 millones de trabajadores sin tierra. Sin embargo, para ese mismo año, el gobierno consideraba que era necesario la terminación del reparto agrario.⁴

La respuesta de las masas trabajadoras ante tales condiciones no se hizo esperar, tratándose, sobre todo, de aquellos contingentes que habían sufrido la experiencia de las luchas revolucionarias entre 1910-1920. En las zonas rurales, el movimiento campesino, objeto de fuertes represiones durante varios años, volvía a tomar impulso. En el estado de Veracruz, tierra natal de Ursulo Galván y de la liga más poderosa del país, se levantaron en 1933 unos quince mil campesinos contra las "guardias blancas" y las tropas federales. El levantamiento fue provocado por los intentos de parte de los terratenientes por liquidar los ejidos. Casi al mismo tiempo tuvieron lugar levantamientos en los estados de Jalisco, Zacatecas, Guanajuato y Michoacán.⁵

³ Nathaniel y Silvia Weyl, "La reconquista de México. Los días de Lázaro Cárdenas", *Problemas agrícolas e industriales de México*, vol. VII, Núm. 4, octubre-diciembre 1955, p. 228.

⁴ Jesús Silva Herzog, *El agrarismo mexicano y la Reforma Agraria*, México, 1964, p. 389

⁵ Anatol Shulgovski, *México en la encrucijada de su historia*, México, Fondo de Cultura Popular, 1968, p. 73.

Las acciones de los obreros agrícolas también aumentaron. En el otoño de 1933 los trabajadores de los arrozales de Michoacán iniciaron una huelga en demanda de aumentos salariales y la derogación de algunos preceptos de la legislación laboral. Este movimiento, encabezado por el Partido Comunista, se resolvió en favor de los trabajadores a pesar de los embates represivos usados contra el Partido.

En el frente laboral de las ciudades, a pesar de las persistentes divisiones en que se debatían las organizaciones obreras, las huelgas aumentaron notablemente en frecuencia y militancia durante 1932 y 1933. Por la deformación de las estadísticas oficiales no existen cifras exactas sobre el número de huelgas y huelguistas de este periodo. Pueden citarse, sin embargo, algunas huelgas importantes como la de tranviarios del Distrito Federal en 1932; la huelga de 20 000 obreros de la industria textil en el estado de Puebla en 1933 y las de mineros de Coahuila y Guanajuato, así como la de trabajadores de la American Smelting, Co. en Monterrey. Lo particular de estas huelgas, era su organización independiente y contra la voluntad del gobierno.⁶ Contamos con algunos otros datos sobre conflictos de trabajo por reclamaciones contra despidos y reajustes durante los años de la crisis. Este tipo de conflictos venía aumentando año con año; en 1929 hubo 13 405 reclamaciones; en 1930 fueron 20 702 para aumentar a 29 087 en 1931 y alcanzar la cifra de 36 781 en 1932.⁷ Esto nos demuestra que ni siquiera las organizaciones laborales controladas por el Estado pudieron escapar a las continuas y crecientes agitaciones de los trabajadores contra los efectos de la crisis.

La inconformidad con la situación de colapso económico no sólo llegaba a la clase

⁶ Anatol Shulgovski, *Ed. Cit.*, pp. 70-71.

⁷ Arnaldo Córdova, *La política de masas del cardenismo*, México, ERA, 1974, p. 20.

obrero y a los campesinos. Durante los años de crisis, los pequeños y medianos industriales, comerciantes y artesanos también se hallaron en difícil situación. El número de establecimientos industriales en la república —fábricas, pequeñas industrias, talleres— alcanzaba la cifra de 48 850 en 1930.⁸ La aplastante mayoría de estas empresas pertenecía a la burguesía nacional media y pequeña. Estas capas de población presionaban continuamente a los círculos gubernamentales demandando un cambio en favor de los intereses nacionales. Los gobiernos de la época respondieron dando ciertas facilidades y protección arancelaria para la industria nacional. Sin embargo, el raquítrico mercado interno, estrechado por la crisis, limitaba el crecimiento de cualquier tipo de industria. Además, las dificultades financieras del Estado durante los años de la depresión, los obligaron a tomar ciertas medidas fiscales que afectaban los intereses de los empresarios industriales.⁹

La agudización de las contradicciones sociales en el país, reflejado en el descontento de las masas populares y de la pequeña y mediana burguesía, influyeron de manera determinante en la creación de rivalidades al interior del grupo gobernante, reflejándose en su instrumento político más importante desde 1929, el partido oficial (Partido Nacional Revolucionario). En vísperas de la sucesión presidencial se formaron dos grupos mayores en su seno. Uno de ellos encabezado por Cárdenas que buscaba una alianza con los grupos militantes de obreros y campesinos para enfrentarse con los intereses de la ya debilitada oligarquía. El otro, comandado por Calles y su grupo más cercano, rechazaba

cualquier tipo de alianza de este orden y quería seguir con su política de compromiso con los sectores oligárquicos y de reivindicaciones demagógicas a las clases trabajadoras, perspectiva que habría de llevar a un aumento de la represión de los grupos populares, valga decir, a la preponderancia cada vez mayor de la sociedad política sobre la sociedad civil, lo que, eventualmente, habría de conducir a una explosión violenta de los sectores golpeados por esta política.

Después de una intensa lucha política en el interior del PNR, la Convención reunida a fines de 1933 se decidió por Lázaro Cárdenas. Su nombramiento, puede decirse, fue el producto de una serie de presiones y movilizaciones por parte de los elementos progresistas del Partido (las ligas campesinas formadas en los estados de Veracruz, Michoacán y Tamaulipas, principalmente), reforzados por el descontento popular antes descrito y la amenaza de hombres fuertes en el ejército y con apoyo regional de fuerzas armadas tales como Cedillo en San Luis Potosí y Almazán en Puebla.¹⁰

El grupo que había ganado la partida de la sucesión con Cárdenas a la cabeza estaba integrado por elementos muy heterogéneos: oficiales progresistas del ejército, intelectuales, dirigentes pequeñoburgueses, líderes campesinos, políticos reformistas y hasta personajes que se sentían excluidos del grupo callista. Su cohesión venía dada por sus comunes intereses en impugnar la política de compromiso sostenida por los gobiernos anteriores. Esta

¹⁰ Un examen documentado del papel de las presiones campesinas en favor de la candidatura de Cárdenas pueda verse en Romana Falcón, *La participación campesina y el cambio político en México. La influencia de los grupos agraristas en la postulación de la candidatura del general Lázaro Cárdenas (1928-1934)*, Tesis de licenciatura de sociología, UNAM, FCPyS, México, 1975.

⁸ Secretaría de la Economía Nacional, Dirección General de Estadística, *Primer Censo Industrial. Resumen General*, México, Talleres Gráficos de la Nación, 1933, vol. I, p. 13.

⁹ Shulgovski, Ed. Cit., p. 74.

política de compromiso dejaba intactos el latifundio y, en general, los sectores de exportación, mientras que se hacían raquíticas concesiones a las clases trabajadoras del campo y de la ciudad.

Este grupo político buscaría entonces convertirse en el representante de una alianza de aquellas fuerzas sociales que tuvieran algún tipo de interés en redefinir las estructuras de dominación existentes y, de esta manera, resolver la situación de empate político que favorecía cada vez más a la oligarquía. Los principales aliados los encontraría en la pequeña y mediana burguesía, porque su supervivencia y desarrollo dependía de la neutralización o eliminación de la incidencia del capital extranjero en la industria y la ampliación del mercado interno; en el proletariado industrial, porque su interés en lograr una mayor participación económica es contradictoria con un régimen de producción basado en la superexplotación del trabajo y el encarecimiento de la vida, interés fundamental que converge con el del grupo anterior por lo que se refiere al mercado interno; y, finalmente, en el campesinado que ve las condiciones de su miseria en la persistencia del latifundio y las grandes explotaciones agrícolas.

Tal alianza de clases se consolidaría definitivamente durante los enfrentamientos que, una vez el grupo de Cárdenas en el poder, sostuviera con los representantes callistas. En ese sentido, cabe recordar el conflicto entre las diversas organizaciones que habían logrado polarizar al movimiento obrero, con el fin de buscar su liderato. Entre ellas, destacaban por su importancia la CROM, dirigida por Morones, hombre fiel a Calles, y la CGOCCM, de Lombardo Toledano, líder radical que se había separado tiempo atrás de la organización oficialista. En sólo seis meses (desde diciembre de 1934 a junio de 1935), las organizaciones independientes, encabezadas

principalmente por Lombardo, habían presentado 1 200 huelgas. Comenzando en los sectores tradicionalmente reivindicativos como los petroleros, les siguieron los trabajadores del azúcar, del papel y de la telefónica. Estas huelgas eran planteadas, en su gran mayoría, contra los empresarios extranjeros y fueron vistas con beneplácito por el presidente.¹¹

A mediados de junio, Calles se manifestó duramente contra el maratón de radicalismo "que ha costado al país seis meses de huelgas injustificadas". Inmediatamente, los grupos políticos adictos a Calles se adhirieron a tales declaraciones. Mientras tanto, las organizaciones obreras agrupadas alrededor de la CGOCCM e incluso ciertos sectores sindicales controlados por la extrema izquierda como la CSUM se pronunciaron en favor del presidente. Lo mismo sucedió con ciertos grupos del ejército que habían colaborado para llevar a Cárdenas al poder. Este enfrentamiento terminaría con la expulsión de Calles y algunos miembros prominentes de su grupo, cosa que ocurrió en ese mismo mes, por lo que la alianza cardenista quedaba dueña de la situación.

El cardenismo de 1935 a 1938

En repetidas ocasiones se ha querido ver en el cardenismo un gobierno contrario a los intereses de la burguesía nacional y propugnador de un orden social no capitalista. La radical fraseología oficial que contaminó la atmósfera política del país y los enfrentamientos de Cárdenas con ciertos núcleos de empresarios, particularmente el motivado por el conflicto de Monterrey en febrero de 1936, dieron lugar a tales interpretaciones. Sin embargo, un atento análisis de la realidad, nos permite conocer el contenido real del gobierno

¹¹ Jean Meyer, *La revolución mexicana, 1910-1940*, Barcelona, Dopesa, 1973, p. 180.

cardenista. Se trataba de un régimen que, como han señalado varios autores, propugnaba un orden económico y social con creciente intervención del Estado, pero con capitalistas; junto a ellos, el resto de las demás clases sociales con intereses propios pero colaborando en una tarea común: la industrialización y la independencia nacional. En esta actividad, el Estado venía a ser el rector, el coordinador, en pocas palabras, el aglutinador y mediador de los intereses.¹²

La principal beneficiaria en este proyecto, sin dejar de recibir reivindicaciones los demás sectores de la alianza, fue la burguesía industrial nacionalista, la que inclusive en más de una oportunidad declaró su apoyo a la política reformista de Cárdenas.¹³ Durante el sexenio cardenista dio comienzo un gran desarrollo industrial, en especial por lo que respecta a la industria de transformación. En esta última se crearon de 1935 a 1940, 6 594 nuevas empresas. El capital invertido ascendió de 1 670 millones de pesos a 3 135; el valor de la producción se elevó de 1 890 a 3 115 millones de pesos; y, por último, el número de obreros empleados subió, aunque más

lentamente, de 318 041 a 389 953.¹⁴

Este desarrollo de la industria de transformación se debió en parte a la gran inversión realizada por Cárdenas en su plan de Obras Públicas, obras que estimularon de manera extraordinaria la demanda interna.¹⁵ Raymond Vernon señala que el creciente gasto público, no solamente estimuló la demanda interna, sino que asimismo ofreció a "los comparativamente tímidos y jóvenes industriales mexicanos" frecuentes oportunidades para obtener grandes utilidades, sin mayores riesgos, al cumplir contratos públicos, alentando de este modo la inversión del sector privado en nuevas operaciones.¹⁶

Además de los anteriores estímulos por la creación de obras de infraestructura, se acordaron diferentes medidas proteccionistas para la industria nacional por medio de los aranceles a los bienes de importación producidos en México. Asimismo, se facilitó la importación de equipo industrial y materias primas que no eran obtenibles en el país. Finalmente, podríamos citar las medidas fiscales de diferente tipo que tenían como denominador común el estímulo de la industria nacional.¹⁷

12 Arnaldo Córdova, *Ed. Cit.*, pp. 179-180.

13 Los empresarios nacionalistas de la alianza cardenista, proponían una política que puede sintetizarse de la manera siguiente: "Que el trabajador gane lo más posible, hasta el límite compatible con la necesidad de mantener los estímulos mínimos que el capital desea para intervenir en la producción. Que el capitalista no sobrepase la barrera (en cuanto a ganancias) y que cuando esto suceda, se dé paso a las peticiones que hacen los operarios, o se modifique la situación de aquél, mediante el impuesto. Este último sería, además, el resorte que podría utilizarse para desviar las inversiones de donde están más cargadas a donde lo están menos." *Examen de la situación económica en México*, Revista Mensual del Banco Nacional de México, junio de 1936, p. 23; en términos similares se expresan los números correspondientes a septiembre de 1935, p. 20 y septiembre de 1938, p. 16.

14 Secretaría de la Economía Nacional, Dirección General de Estadística, *Compendio Estadístico*, 1947, México, 1947, p. 322.

15 James Wilkie señala que el gasto de fomento económico ascendió notablemente en la administración de Cárdenas, duplicándose el porcentaje del 20-25% de años anteriores al 37-40. Este fomento económico incluye los pequeños renglones de agricultura e irrigación, crédito agrícola, comunicaciones y obras públicas, inversiones y gastos económicos no clasificados. *The Mexican Revolution: Federal expenditure an Social Change since 1910*, Berkeley, University of California Press, 1967, cap. 6.

16 R. Vernon, *El dilema del desarrollo económico de México*, México, Diana, 1966, pp. 91-92.

17 Tzvi Medin, *Ideología y praxis política de Lázaro Cárdenas*, México, Siglo XXI, 1972, pp. 121-122; Anguiano, *Ed. Cit.*, pp. 97-98.

A pesar pues, de la retórica socialista en boga, no cabe duda que lejos de que el capitalismo fuera dañado por el régimen cardenista, se establecieron, precisamente durante este periodo, las bases del proceso de desarrollo industrial capitalista de México hasta nuestros días.

No obstante, y he aquí el apoyo a nuestra hipótesis de la alianza multclasista, la política económica de Cárdenas al mismo tiempo que promovía los elementos fundamentales para el desarrollo industrial, se encaminaba al mejoramiento de las condiciones de la clase obrera. Y es que este último objetivo no era incompatible con el propósito industrializador, toda vez que la producción de manufacturas requiere la ampliación del mercado interno.

Cárdenas, como representante del Estado intervencionista, entendió que la única manera de ampliar el mercado interno era la elevación de los ingresos de los trabajadores. Por ello, se preocupó por realizar una política de concesiones sociales que beneficiara a los obreros y en la cual su estímulo, o por lo menos su apoyo, a las huelgas fue muy importante. En cada uno de los años de la presidencia de Cárdenas el número de huelgas fue mayor que en cualquier año entre 1910 y 1935.¹⁸ Debe mencionarse también que después de 1938, las huelgas disminuyeron rápidamente, hecho que evidencia que la política redistribucionista del cardenismo se estaba agotando.

A pesar de esta moderación de la política oficial en 1938, durante la administración de Cárdenas la promoción del salario mínimo y su extensión efectiva a la mayor parte de la república fueron preocupaciones permanentes, lo mismo que mantener éste por encima del costo de la vida. A pesar de las múltiples contradic-

ciones que existen entre los estudios de la época sobre la relación entre salarios y costo de la vida, de acuerdo con algunas cifras para el Distrito Federal, se puede observar que mientras el salario mínimo aumentó 66% en el sexenio cardenista, el índice del costo de la vida alcanzó tan sólo 52%.¹⁹ Para mantener esta política contra el encarecimiento del costo de la vida, sobre todo en la situación inflacionaria de los últimos años del sexenio, fue necesario una serie de medidas tales como los comités de precios, las cooperativas sindicales, etc., pero el papel más relevante lo tenía la lucha de las organizaciones obreras que fueron ampliamente promovidas por el gobierno de Cárdenas, aún cuando esto iba en detrimento de su autonomía y capacidad de trascender una etapa de reivindicaciones económicas a otra lucha política por la toma del poder.

Otra medida de carácter crucial para el fortalecimiento del mercado interno fue la reforma agraria que, a la vez, comenzó a liquidar el régimen latifundista y lo que en el orden político representaba. La reforma agraria cardenista es quizás la medida más característica de este periodo, sobre todo por el particular sentido que tomara con respecto a la distribución de tierras emprendida por los gobiernos que le precedieron y los que vinieran a continuación. Esto se advierte claramente en su énfasis en el ejido, concebido como la unidad de dotación y explotación básica en el campo mexicano. Por otra parte, utilizando el Código Agrario expedido en 1934, que multiplicaba los "sujetos de derecho agrario" al autorizar la dotación de ejidos a los trabajadores de las haciendas, el reparto de tierras cobraría mayor impulso. Al final de su mandato presidencial,

¹⁹ Paul Nathan, "México en la época de Cárdenas", *Problemas agrícolas e industriales de México*, vol. VII, núm. 3, julio-septiembre, 1955, p. 147.

¹⁸ Pablo González Casanova, *La democracia en México*, México, ERA, 1967, p. 183.

Cárdenas había dado a los campesinos más tierras que todos los antecesores juntos: 17 891 577 hectáreas entregadas a 814 537 campesinos.²⁰ Las distribuciones llegaron a su punto culminante en los años de 1936 y 1937 en que se repartió casi el 50% del total en el periodo.

Otra política adicional al reparto agrario fue la creación de un sistema bancario que diera servicio a los ejidatarios, el Banco Nacional de Crédito Ejidal. Este otorgó créditos durante el sexenio por un valor de cerca de 300 mil millones de pesos, favoreciendo a 230 407 campesinos (el 13% de los ejidatarios en el país).²¹ Asimismo, se canalizaron las obras de riego y el suministro de equipo mecánico principalmente a los ejidos. Debe advertirse, sin embargo, que estos beneficios se concentraron en algunos lugares del país tales como La Laguna, Nueva Italia y partes de Yucatán, en donde el Estado estaba empeñado en llevar a cabo experiencias de colectivización ejidal.

Todas estas medidas promovidas por Cárdenas tenían por objetivo, no solamente aumentar la producción agrícola que, en general, se incrementó a un ritmo lento pero sostenido durante todo el periodo, sino consolidar la alianza cardenista mediante el apoyo de la mayor parte del campesinado y, el de debilitamiento de su enemigo principal, los terratenientes.

Finalmente, al hablar de la política económica cardenista, deberíamos referirnos a la nacionalización del petróleo y los ferrocarriles, sobre todo a la primera por los efectos que, a nivel económico y político, contribuyeron a la gestación de la crisis del cardenismo. La expropiación petrolera es quizás el hecho que marca lo que se ha denominado el viraje del cardenis-

mo hacia la derecha; por ello haremos su análisis junto con los fenómenos políticos inmediatamente antes y durante la coyuntura de 1938-1940.

Ahora bien, el análisis precedente es insuficiente para determinar la verdadera correlación de fuerzas de las diferentes clases y fracciones de clase, tanto en el interior de la alianza cardenista, como en la sociedad en general. De hecho es necesario examinar la organización y la organicidad de dicha alianza, con el fin de evaluar su peso efectivo. Es nuestra opinión que ya en los cuatro primeros años del gobierno del presidente Cárdenas, se presentaron los indicios de una ausencia de relación orgánica entre representantes y representados proletarios, lo que permitió, en gran medida, el posterior desplazamiento del proletariado y el regreso triunfal del capital extranjero y de la alta burguesía. Ilustraremos lo anterior refiriéndonos principalmente a las dos grandes organizaciones proletarias mexicanas: la Confederación de Trabajadores Mexicanos y la Confederación Nacional Campesina.

La CTM, que se constituyera en marzo de 1936, apareció inicialmente como el legítimo triunfo de la base obrera descontenta por la política traicionera y demagógica de la vieja CROM al servicio del callismo. A la nueva Confederación ingresaron sindicatos numerosos y de prestigio, tales como los de los mineros, petroleros, ferrocarrileros, obreros de la industria eléctrica, todos ellos alrededor de Lombardo Toledano, quien pugnaba por "reconocimiento del carácter internacional de los movimientos obrero y campesino" y por "la total abolición del régimen capitalista".²² Sin embargo, la temprana presencia de líderes reformistas debilitó inmediatamente al movimiento obrero restándole fuerza, tanto en la sociedad en

²⁰ Michel Gutelman, *Capitalismo y reforma agraria en México*, México, ERA, 1974, pp. 109-110.

²¹ P. Nathan, *Ed. Cit.*, pp. 114-115.

²² A. Shulgovski, *Ed. Cit.*, pp. 273-286.

general, como en el interior de la alianza cardenista.²³ El contacto entre la base y sus representantes se rompió paulatinamente, lo que tuvo por consecuencia una dependencia cada vez mayor del movimiento obrero dentro de la coalición en el poder. Testigos de estos hechos son los Plenos Segundo y Tercero del Consejo Nacional de la CTM, donde se manifestó el descontento de los obreros con la política de la élite sindical.²⁴ La salida del sindicato de los mineros y de la industria metalúrgica, no puso fin a la lucha entre los líderes reformistas y la base, los que entraron en conflicto abierto a raíz de las elecciones de una serie de comités locales de la CTM en algunos estados. El triunfo de los candidatos obreros en la Comarca Lagunera y en el estado de Nuevo León no fue reconocido por la Dirección, la cual rompió relaciones con el Secretariado de la Federación Sindical del estado de Nuevo León.²⁵ Siendo así no es de extrañar que ya a fines de junio de 1937, durante el Cuarto Pleno de su Consejo Nacional la CTM, bajo el dominio de una gran mayoría de líderes reformistas, dejara de pugnar por la independencia del movimiento obrero. La nueva política de la

²³ Estos líderes reformistas siempre estuvieron presentes en las filas de la CTM. Su primera acción consistió en eliminar a los anteriores dirigentes proletarios. Así, amenazaron con dejar la Confederación cuando, durante el Congreso Constituyente, los comunistas casi obtienen el puesto de Secretario de Organización para Miguel Velasco. Por temor a la desintegración, los seguidores de Velasco retiraron equivocadamente su candidatura, los reformistas ganaban, de esa manera, la primera batalla.

²⁴ Shulgovski, *Ed. Cit.*, p. 297.

²⁵ Importa señalar que se le achacó al Secretariado de Nuevo León, estar manipulado por extremistas. Velázquez y sus seguidores habían logrado imponer la versión de que los comunistas no aceptaban una disciplina partidista, por lo que promovían "direcciones duales" en los Secretariados regionales.

Confederación llevaría a cabo "la unidad a toda costa" para apoyar incondicionalmente al gobierno del presidente Cárdenas. La subordinación de la CTM frente a la alianza dirigente se manifestó asimismo, en el debate que duró de marzo de 1936 a septiembre de 1938 con motivo de la creación de la Confederación Nacional Campesina. Al respecto, es necesario saber que si bien Cárdenas abogó siempre por la unificación del movimiento obrero, por el contrario se opuso determinantemente a todo esfuerzo por establecer una colaboración entre el proletariado y el campesinado.²⁶ En el momento de su constitución la CTM, aún independiente, se opuso al parecer del Ejecutivo, de manera que el Congreso Constituyente envió una protesta al presidente de la república insistiendo en el derecho de los obreros y de los campesinos a luchar en las filas de una organización única de los trabajadores.²⁷ Empero, la creciente inorganicidad del movimiento proletario debido a la falta de representatividad de los líderes obreros y a la burocratización que originó la política del reparto agrario en el movimiento campesino, hizo posible que el grupo político detentador del poder impidiera el fortalecimiento de la alianza entre los obreros y los campesinos y su unidad organizativa e ideológica. En junio de 1938, cuando el presidente Cárdenas declaró que el gobierno pensaba crear una organización campesina, la CTM y sus líderes cegados por la política de la unidad

²⁶ En la opinión de Cárdenas, los movimientos campesino y obrero no podían unificarse ya que toda una época los dividía. Los campesinos debían pugnar por modificar las relaciones de producción agrarias heredadas del porfiriato, en tanto que los obreros debían concentrar su lucha en la elevación de sus salarios, pero respetando momentáneamente las relaciones de producción de la industria.

²⁷ La obra de A. López Aparicio, *El movimiento obrero en México*, México, 1952, p. 206.

a toda costa y del apoyo incondicional al gobierno, aplaudieron entusiasta, pero erróneamente, la idea. Finalmente la CNC se constituyó a finales de agosto del mismo año. Su dirección manifestó desde un inicio el deseo del gobierno mexicano de fortalecer su control sobre los campesinos aislándolos definitivamente del movimiento obrero.²⁸

Por su parte, el ala reaccionaria de la sociedad mexicana nunca se mantuvo alejada de la escena política. Sus ataques, en un principio aislados, fueron cobrando organización, de manera que para finales de 1938 constituían una fuerza con un efectivo potencial económico y social. Por lo que respecta al plano económico, el año de 1936 marca el momento en el cual el sector privado y los ahorradores potenciales inician una campaña de desconfianza frente al radicalismo de Cárdenas.²⁹ La propaganda anticomunista de *Excelsior* y el clima de tensión provocado por el levantamiento del reaccionario y oportunista Cedillo, se vieron reforzados por la creación de grupos políticos organizados como la Unión Nacional de Veteranos de la Revolución, la Asociación Española Anticomunista y Antieuropea de México, la Confederación de la Clase Media, el Movimiento de Acción Revolucionaria Mexicana, el Partido Social Democrático, la Confederación de Partidos Independientes, la Unión Nacional Sinarquista, etc., que si bien eran inicialmente pequeños en cuanto al número de sus miembros, no así en lo tocante a su impacto ideológico entre los grupos de reacción. Finalmente la campaña anticardenista desatada por los

imperialistas en los círculos internacionales, es un último e importante testigo de las fuerzas ante las que se enfrentaba el gobierno mexicano.³⁰

La intención ha sido demostrar que las contradicciones operaban tanto en los niveles estructural como en el superestructural. Por lo que respecta al plano estructural, la coalición cardenista —conformada por una pequeña y mediana burguesía nacionalista, un sector medio burocrático y la gran mayoría de los obreros y campesinos— si bien llevó a cabo políticas en contra de los capitales extranjeros, de la alta burguesía y de los terratenientes, en cambio se aferró en el respeto de las estructuras más generales del capitalismo, al no pugnar por la socialización de los medios de producción. Tal política económica sólo debilitó pasajeramente al gran capital nacional y extranjero, mas no lo suprimió ni definitiva ni potencialmente. En el plano superestructural la alianza cardenista manifestaba otra debilidad al no ser dirigida por el proletariado: su componente realmente revolucionario. El movimiento popular perdió paulatinamente su independencia en el seno de la alianza y su organicidad en la sociedad. Ante tal situación, el cardenismo pasaba únicamente a depender cada vez más del carácter progresista de su ala pequeñoburguesa, el que sabemos limitado. Finalmente, la falta de organización del movimiento proletario contrastaba curiosamente con el apoyo del gobierno por implantar una ideología superficialmente socializante, la cual no tardaría en atemorizar a la pequeña y mediana burguesía, y en colmar al blo-

²⁸ Adolfo Gilly, *La revolución interrumpida*, México, Ed. El Caballito, 1971, pp. 354-376.

²⁹ Para mayor información se puede consultar el artículo de L. Medina, "La idea de unidad nacional" en *La vida política en México 1970-1973*, México, Ed. El Colegio de México, 1974, p. 10.

³⁰ Diversos autores se han referido a la presión que ejerció EE.UU. sobre México a raíz de la nacionalización del petróleo. Uno de los trabajos más sugestivos es el de Lorenzo Meyer, *México y los EE.UU. en el conflicto petrolero*, México, Ed. El Colegio de México, 1968.

que más reaccionario de la sociedad mexicana.

La crisis de 1938-1940

La crisis de 1938-1940 es el resultado inmediato de la incapacidad de la alianza cardenista en la tarea de asegurar y conservar el control de la sociedad política a raíz de la sucesión presidencial de 1940. Cuando en 1939 es postulado Avila Camacho, la ya débil alianza deja de existir creando las condiciones para que en el próximo gobierno se operara un reacomodo de las fuerzas políticas, a través del cual la alta burguesía ligada a los intereses extranjeros recobró su carácter dominante.

Un primer conjunto de razones que determinaron el agotamiento final del cardenismo debe buscarse en el debilitamiento de la política económica del régimen. Como se vio anteriormente, Cárdenas llevó a cabo durante los primeros cuatro años de su gobierno, programas encaminados a la creación de una infraestructura estatal y de orientación social que le impusieron la necesidad de realizar fuertes gastos. Ante esta situación se recurrió a aumentar el circulante confiando en que la burguesía respondería positivamente. Sin embargo, la realidad fue otra. Ante un incremento del circulante que de 1937 a 1940 pasó de 767.8 millones a 1 297.1 millones de pesos, no sólo se dejó de invertir sino que a la postre salieron del país 190 millones de pesos en 1936, 250 millones en 1937, 225 millones en 1938 y 125 millones tan sólo en los primeros seis meses de 1939.³¹ Por otro lado, la gran mayoría de capital que permaneció

³¹ Para mayores datos véase la publicación de la CANACINTRA, *Análisis económico nacional 1934-1940* (CANACINTRA), México, 1940, p. 93. Citado por Medina, *Ed. Cit.*, p. 13.

en México se dirigió a inversiones muertas como la compraventa de terrenos urbanos. Así lo demuestra el incremento del 50% al 200% que de 1935 a 1940 sufrieron los terrenos en el Distrito Federal.³²

A este malestar, que podríamos calificar de interno, debe sumarse el aumento de la deuda externa que ocasionó la nacionalización del petróleo en 1938. A este respecto Albert Michaels comenta: "Surgieron tantos problemas económicos que una reconstrucción de los programas gubernamentales se hizo obligatoria. La expropiación creó también una crisis financiera contemporánea que impidió la continuación de las reformas sociales (...). El gobierno mexicano había financiado sus reformas por medio de préstamos del Banco de México, así la deuda extranjera no creció de manera apreciable (...) la expropiación lo cambió todo. No solamente hubo fuga de capitales sino que también decayeron los ingresos petroleros y el gobierno se encontró con una deuda impresionante que se podía liquidar únicamente con divisas extranjeras. Ya el gobierno mexicano no pudo ignorar el costo de las reformas internas."³³

Esta precaria situación económica se reflejó en un aumento en los precios que lógicamente se concentró en los artículos de primera necesidad. Es así como de 1936 a 1939 el índice de precios de los alimentos se incrementó en un 25.4%, el de vestidos en un 28.9% y el de los artículos para el hogar en un 33.4%. En contraste, el índice de precios de los artículos de producción sólo aumentó en un 13.2%.³⁴

³² CANACINTRA, *Ed. Cit.*, p. 94.

³³ El artículo de A. Michaels, "The Crisis of Cardenismo", compilado por el *Journal of Latin American Studies*, vol. II, part I, Cambridge, mayo, 1970.

³⁴ Para mayores detalles consultar la tesis de Raúl Salinas Lozano, *La intervención del Estado y la cuestión de los precios*, México, Ed.

Resumiendo lo anterior, podemos nombrar dos importantes consecuencias que durante los años de 1939 y 1940, provocaron la situación inflacionaria. Por un lado, el abandono por parte del Estado de las políticas progresistas que legitimizaban la cohesión de la alianza cardenista y por el otro, el aumento en el costo de la vida que repercutió en un sector particular de la sociedad. Como acertadamente señala Medina, los campesinos encuadrados por la CNC no advirtieron el golpe al contar con las esperanzas que les proporcionaba el reciente acceso masivo de la tierra; asimismo, los obreros no se vieron dañados debido al incremento del 97% que sufrió su ingreso entre 1934 y 1939.³⁵ Por el contrario, los que realmente sintieron las consecuencias de la política económica del régimen fueron los campesinos que permanecieron sin tierra, los artesanos, los empleados del comercio, los inversionistas en pequeño, los rentistas, los pequeños comerciantes, etc.

La ubicación de la mayoría de estos últimos grupos en los centros urbanos y en las pequeñas poblaciones y su consecuente contacto con la pequeña burguesía, hasta entonces nacionalista, hace pensar en una tercera consecuencia indirecta de la progresiva debilidad financiera del erario público. Nos referimos precisamente a la actitud de esa pequeña burguesía quien, temerosa por su inmediata situación económica, decidió retirar su apoyo al gobierno cardenista con el fin de consolidar y fortalecer su recién lograda situación,

UNAM, 1944, p. 81. Citado por Medina, *Ed. Cit.*, p. 14.

³⁵ Ya en este trabajo se dieron, anteriormente, datos que aluden a las mejoras económicas que obtuvieron los trabajadores durante el periodo del presidente Cárdenas. Las cifras de este periodo pueden ser un tanto optimistas, puesto que fueron proporcionadas por la CANACINTRA, Medina, *Ed. Cit.*, p. 14.

impidiendo que las reformas sociales fueran más allá de sus intereses. En la opinión de Silva Herzog, esta fracción burguesa pugnó a partir de 1939 por la suspensión de la reforma agraria y de otras transformaciones, manifestándose por la "estabilización" de la situación en el país.³⁶

Mas no sólo presiones económicas extenuaron al cardenismo. En realidad es también necesario aludir a su base de apoyo, es decir, al movimiento proletario, el cual no pudo frenar ni la desorganización, ni la inorganicidad que venía gestándose en su interior. La violación de las normas sindicales, la sustitución de las líneas verdaderamente proletarias por simples politiquerías y la imposición de líderes sin representabilidad, siguieron siendo los métodos usados por las dos principales organizaciones populares: la CTM y la CNC.

Comentando la política del movimiento obrero, Shulgovsky afirma que es precisamente a finales de 1937 cuando se da el viraje definitivo del movimiento sindical, al ser éste el momento de su intensa subordinación frente a los círculos gubernamentales del país.³⁷ El parecer del autor no carece de validez pues fue en ese mismo año cuando los líderes obreros reaccionarios y sus políticas de "unidad a toda costa" y de "apoyo incondicional al gobierno", vieron coronados sus esfuerzos reaccionarios, tanto en el seno de la Confederación, como inclusive en el Partido Comunista Mexicano. Este último, por temor a la desunión proletaria y al imperialismo, adoptó en el Pleno de junio de 1937 la misma consigna de unidad, abandonando definitivamente la lucha por una política sindical independiente, la cual

³⁶ Consúltese la obra de J. Silva Herzog, *Meditaciones sobre México*, México, 1948, p. 34.

³⁷ A. Shulgovski, *Ed. Cit.*, pp. 304-305.

terminó subordinada al Consejo Nacional de la CTM.³⁸ Por su parte, Gilly opina que es en 1938 cuando la clase obrera se somete definitivamente, en el momento en que la CTM acepta conformar uno de los cuatro sectores del recién reorganizado PRM, con pretexto de que una burguesía antimperialista estaba en el gobierno.³⁹ El mismo autor culpa de este hecho al PCM y al VII Congreso de la Internacional Comunista quien, al aprobar la política de los Frentes Populares, permitió la colaboración del proletariado con las burguesías "democráticas". Sea quien fuere el culpable, resta que la desorganización y la inorganicidad del movimiento obrero mexicano hicieron posible un cambio en las políticas de la CTM en contraste al periodo 1934-1938. Prueba de lo anterior son las consignas por parte de la dirección que en 1939 prohibían las huelgas "injustificadas", aludiendo a que el Comité Nacional no sólo respondía ante los sindicatos sino frente a todo el país.

Los líderes de la recién constituida CNC mostraron el mismo desinterés por democratizar los métodos de la organización, donde la distancia entre miembros y representantes se hacía cada vez mayor. En los años de 1938-1940 los ritmos en aplicación del reparto agrario decayeron alarmantemente. Si en 1936 el número de campesinos que recibieron tierra ascendió a 242 664, en 1940 tan sólo 74 302 tuvieron acceso a las 1 867 724 hectáreas que se repartieron.⁴⁰ El malestar en el campo no tardó en aparecer. Los campesinos de los estados de Yucatán, Chiapas, Sinaloa y otras entidades, manifestaron su descontento y ante líderes agrarios se pronunciaron por la liquidación total de las grandes propiedades sobre la tierra. Las numerosas quejas fueron siempre eludidas

³⁸ *Ibidem*, pp. 305-306.

³⁹ A. Gilly, *Ed. Cit.*, pp. 376-379.

⁴⁰ A. Shulgovski, *Ed. Cit.*, p. 402.

por los dirigentes sindicales quienes responsabilizaban y justificaban al Ejecutivo. De esa manera, la base perdió capacidad de decisión, ya que en última instancia la solución de los conflictos agrarios pasó a depender del presidente Cárdenas "al ser el único capaz de conocer el verdadero conjunto del problema". A esto hay que añadir la propaganda desfavorable al proletariado que esos mismos líderes inculcaban en la masa campesina, cuando a partir de 1939 se dedicaron a desprestigiar a los movimientos huelguísticos de los obreros, aludiendo a que dañaban al campo y contribuían a su pauperización.⁴¹ Quizás más que la CTM, la CNC, al haber sido obra directa del gobierno y no de la base, debió haberse impuesto por tarea fundamental el establecimiento de canales efectivos que recogieran la opinión de sus miembros. No fue así, por lo que la Confederación pronto perdió legitimidad pasando a depender directamente del Ejecutivo.

Uno de los textos que con mayor claridad caracterizan la inorganicidad del movimiento popular mexicano se encuentra en la renuncia del general Múgica a la lucha por la presidencia de la República. Múgica, quien aparecía como el legítimo continuador de la obra cardenista, recorrió durante los primeros seis meses de 1939 diversos centros obreros y campesinos del país, con el fin de obtener apoyo. Su actividad encontró siempre por obstáculo insuperable la burocracia de la CTM, por lo que el 14 de julio decidió poner fin a su esfuerzo. He aquí dos párrafos de su renuncia.

"Vimos cómo los directivos de los sectores de izquierda intentaron atraerse a los sectores del centro y de la derecha, prometiéndole transformaciones en muchos aspectos básicos de la vida económica y social

⁴¹ *Ibidem*, p. 408.

de la región, y estamos presenciando cómo los controladores de las centrales obreras y campesinas formadas por masas revolucionarias se han aliado a los políticos profesionales y a los poderes públicos de los estados, que en muchas ocasiones no representan una línea de acción progresista y en ningún caso garantía electoral y respeto a la función ciudadana (...).

"De las anteriores observaciones se desprende que la responsabilidad histórica de esta hora, corresponde fundamentalmente a los poderosos sectores que han podido organizarse gracias a la Revolución, y que festinados por líderes ansiosos de salvaguardar las cómodas situaciones que han alcanzado, se dejaron entregar maniatados y sin protesta a servir de instrumentos a una política de imposición que, por otra parte, evidencia su resolución de estar dispuesta a todas las transacciones con tal de alcanzar su finalidad suprema que es el poder por el poder."⁴²

Este breve análisis del movimiento popular mexicano permite extraer dos conclusiones de gran valor para el entendimiento de los futuros acontecimientos políticos. A partir de 1938 serán características de las organizaciones proletarias, tanto su inorganicidad, como la consecuente presencia de líderes reformistas. Por lo que toca al primer punto, conviene no confundir inorganicidad con espontaneísmo. La inorganicidad de un movimiento popular se refiere a la inexistencia de un vínculo estrecho entre representantes y representados. El espontaneísmo, por su parte, alude al sentimiento primario, en este caso antiburgués de las masas que conforman el movimiento. Ahora, si bien la reacción logró burocratizar a los sindicatos mediante la acción de dirigentes corruptos que terminaron entrelazándose con el

⁴² Cuatro párrafos del texto de la renuncia de Múgica, se encuentran reproducidos por A. Gilly, Ed. Cit., pp. 389-390.

aparato estatal, por el contrario, las numerosas campañas anticomunistas no consiguieron alterar la convicción proletaria de las masas de manera que, en el futuro, serían siempre un importante obstáculo en la perspectiva de un golpe de Estado o de un gobierno directo de la burguesía. Por otro lado, los líderes sindicales reformistas, conjuntamente con los políticos profesionales, terminaron conformando un sector de "representantes políticos" que estarían dispuestos a gobernar para cualquier tipo de alianza dominante con tal de permanecer en el poder, al ser éste su *modus vivendi*.

La alianza cardenista, que en 1934 permitiera el derrocamiento del callismo y durante los años 1934-1938 presionara en favor de un programa de gobierno cuyo contenido progresista no es indudable, terminó diluyéndose cuatro años después de su constitución. Con el retraimiento de la pequeña y mediana burguesía y sin el apoyo de un movimiento popular auténticamente orgánico, la sociedad política encabezada por el grupo cardenista no podía ya dirigir hegemónicamente al país. sin embargo, el gran capital tampoco contaba con un apoyo suficiente en la sociedad civil. Prueba de lo anterior es que, ante el temor del espontaneísmo proletario de las masas populares, las fuerzas de la reacción no intentaron un último y directo enfrentamiento armado contra el agonizante cardenismo. De esa manera, los años de 1938-1940 representaban una nueva situación de empate entre las diferentes fuerzas políticas. Si nosotros hemos insistido en la importancia de ese periodo es porque bajo esas circunstancias se presentaba el delicado problema de la sucesión presidencial. De su desenlace dependería, en gran medida, la forma de gobierno que habría de adoptarse en el futuro.

La actitud de la gran burguesía ante las elecciones resultaba de un examen relati-

vamente sencillo. Evitar a toda costa que el grupo cardenista siguiera en el poder, con el fin de aprovechar libremente el mercado interno y la infraestructura estatal recién promovidos. Por el contrario, el descontrol del proletariado era lamentable. Sin la ayuda de un partido auténtico que las organizara, las masas populares eran incapaces tanto de seleccionar un representante común como de elaborar un programa verdaderamente revolucionario. Ante esa situación, las fuerzas reaccionarias optaron por un plan que podría analíticamente sintetizarse en dos puntos. Por un lado, promover aún más el descontrol popular valiéndose de la coyuntura política y de sus líderes sindicales reformistas y, por el otro, aglutinarse en partidos políticos y en torno a un candidato anticardenista de manera que el sector oficial, ya sin apoyo se viera obligado a optar por un candidato moderado con el fin de evitar un enfrentamiento cara a cara.

La campaña de descontrol en las masas populares fue obra directa de los dirigentes proletarios quienes, en su mayoría por reformismo, presentaron un falso análisis de la coyuntura. En la opinión de esos líderes, la verdadera praxis revolucionaria debía impedir que se operara un antagonismo irreconciliable entre las fuerzas "derechistas" y las "izquierdistas" de la sociedad mexicana. Añadían que tal actitud inmiscuiría al país en el conflicto interimperialista europeo, lo que en el fondo convenía al gran capital.⁴³ Tal postura, que coincidía plenamente con la interpretación soviética del conflicto, lógicamente

⁴³ Esta posición la sostuvo Lombardo Toledano en la Conferencia del Trabajo de los Países Americanos celebrada en La Habana, Cuba, del 21 de noviembre al 2 de diciembre de 1939. Cuando Alemania invadió Polonia, la CTM advirtió que era necesario reprobear la actitud de las potencias del eje, pero siguió insinuando la conveniencia de la neutralidad de evitar el antagonismo derecha-izquierda.

invitaba a la moderación y descartaba la posible candidatura de un genuino enemigo de la burguesía.

Por su parte, la reacción se organizaba. Aprovechando el descontento de los sectores medios para quienes el cardenismo representaba un alza en los precios de la vida y una pérdida paulatina de las libertades individuales, valiéndose de los campesinos sin tierra inconformes por el carácter lento e inconcluso del reparto agrario, surgieron nuevos partidos políticos antigobiernistas, tales como el Comité Revolucionario de Reconstrucción Nacional, la Confederación Nacional de Salvación Pública, el Partido de Acción Nacional, el Frente de Profesionistas e intelectuales, . . . Todos ellos, que terminaron apoyando la candidatura del reaccionario Almazán, divergían en varios puntos; sin embargo, coincidían en volver al país a la normalidad y en el restablecimiento de la confianza perdida. Reclamaban el respeto a la pequeña propiedad, una política obrerista menos falsa y más realista, un mayor cuidado del capital de una nación pobre, etc. Cuando en un primer momento, la mayoría de esos partidos se aglutinaron en torno a la candidatura del general Amaro, el grupo de los políticos profesionales compuesto por los líderes proletarios reformistas y por los miembros del sector oficial, pudo triunfalmente anunciar que la candidatura de un cardenista llevaría a ese enfrentamiento derecha-izquierda tan temido.

En febrero de 1939, los dirigentes de la CTM citaron a un Consejo Nacional Extraordinario, con el fin de designar al precandidato que sostendrían en la Convención del PRM y terminar así con las especulaciones políticas. En palabras de Lombardo Toledano, no se trataba "de elegir a un hombre por lo que más ofreciera, sino por lo que más representara en la unidad del pueblo mexicano". El 22

de febrero resultó agraciado el general Manuel Avila Camacho. Medina resume su personalidad en una frase que merece reproducirse: "Era soldado con hechos de armas poco significativos, pero con muchos amigos en el ejército, político apaciguado, católico, leal a Cárdenas, sin antecedentes antiagraristas ni antiobreristas y, sobre todo, conciliador."⁴⁴

La postulación del general Avila Camacho representó un triunfo indirecto para la burguesía, y ésta al verse favorecida por la coyuntura económica, tanto nacional como internacional, sabía que un futuro reacomodo de las fuerzas políticas le permitirían recuperar su carácter dominante en la sociedad. Paralelamente, el alejamiento definitivo del grupo cardenista, hacía pensar que el futuro presidente gobernaría con el sector de los políticos profesionales, quienes prestos a venderse, controlarían y dirigirían para el mejor postor. Es dudoso, en efecto, que la candidatura del general Almazán haya correspondido a un auténtico intento de la burguesía por recuperar los papeles de dominante y de dirigente de la sociedad. En realidad, las masas se identificaban espontáneamente con Cárdenas, cuya personalidad sólo podía ser utilizada por el sector oficial, el cual sabría manejarla en el futuro próximo con el fin de obtener el indispensable apoyo popular.

Autores como Shulgovski y Gilly opinan que, ya durante la campaña electoral, Avila Camacho había decidido gobernar para la burguesía. Para probarlo, aluden a invitaciones formales que el propio candidato expresara al capital extranjero y a la iniciativa privada nacional. Otros estudiosos piensan como nosotros, que el cambio definitivo de la política nacional se efectuó en los primeros años de la administración avilacamachista, cuando la

situación de empate de las fuerzas políticas hubo concluido. Para Silva Herzog, por ejemplo, el viraje esperó hasta que apareció una nueva correlación de fuerzas, la cual e independientemente de las cualidades de cualquier político, llamó a revivir falsamente los ideales y las finalidades de los años anteriores en nombre de la "felicidad" y del "progreso" del pueblo entero mexicano.⁴⁵ La verdad es que la candidatura del moderado Avila Camacho sólo puede explicarse por la situación de empate político, circunstancia que necesariamente originó una campaña electoral en torno a un llamado a la Unidad Nacional. Tocar este punto es de particular importancia, ya que si en un principio la tesis de la Unidad Nacional representó sólo un tema necesario de propaganda política más adelante se convertiría en una efectiva ideología de la futura alianza de clases. En nombre de la Unidad Nacional, la burguesía obstaculizaría, a través de sus sectores dirigentes, todo intento de manifestación independiente del proletariado.

Para Avila Camacho, la tesis de la Unidad Nacional constituía un llamado a la tolerancia, al respeto y al acercamiento entre los diferentes grupos encaminados a superar los mutuos conflictos heredados del pasado y lograr así un clima de armonía. La construcción de un México mejor, desarrollado, donde todos pudieran vivir felizmente, sólo se lograría en un ambiente de cordialidad con el trabajo que el Estado se encargaría de promover y de asegurar. El candidato oficial reconocía los recientes logros obreros y campesinos y se comprometía a velar por ellos, siempre y cuando las masas populares comprendieran sus deberes y sus responsabilidades ante la nación. De la misma manera estimulaba a la iniciativa privada y

⁴⁴ Medina, *Ed. Cit.*, p. 26.

⁴⁵ El artículo de J. Silva Herzog, *La crisis de la revolución mexicana*, México, 1942.

abría las puertas del país a los capitales extranjeros, asegurándoles tranquilidad y respeto, siempre que garantizaran la libertad económica de México y las pasadas conquistas del proletariado. Por encima de los conflictos superficiales y pasajeros se debía encontrar la patria legada por la Revolución, punto de convergencia de todos los sentimientos.⁴⁶

El 7 de julio de 1940, 2 476 641 votos dieron el triunfo a Manuel Avila Camacho. Almazán, que sólo obtuviera 151 101 adhesiones en su favor, pronto desistió de un intento de levantamiento aconsejado por sus más cercanos colaboradores. Como señalamos anteriormente, el candidato de la reacción sólo contaba con un insignificante apoyo popular y la burguesía, sintiendo "nuevos vientos en la política gubernamental, prefirió llegar al compromiso en lugar de embarcarse en una aventura cuyo éxito era en extremo dudoso".⁴⁷ Finalmente, el primero de diciembre del mismo año tomó posesión el candidato del PRM ante el reconocimiento oficial del vicepresidente de los Estados Unidos, Henry Welles. El cardenismo había formalmente concluido.

El avilacamachismo de 1940-1946

Desde un punto de vista esencialmente estructural, la coyuntura económica de los años posteriores a la nacionalización del petróleo permite entrever la muy próxima conformación de una nueva alianza de clases que, encabezada por la burguesía ligada al capital extranjero, incrementa la explotación de obreros y campesinos.

La elección del moderado Avila Cama-

⁴⁶ L. Medina ha recopilado varios párrafos de los discursos del general Avila Camacho de donde se extraen los principios de la doctrina de la Unidad Nacional. Medina, *Ed. Cit.*, pp. 28-32.

⁴⁷ Shulgovsky, *Ed. Cit.*, p. 473.

cho y el nacionalmente reconocido fracaso de Almazán deja pensar que la coalición en torno al gran capital gobernará indirectamente apoyándose en el sector de los políticos profesionales. Estos intelectuales de la futura coalición, ocuparán los puestos de mando de los organismos de la sociedad política, a partir de los cuales se dirigirán a la sociedad civil fomentando una ideología basada en el tema de la unidad nacional. Las doctrinas superficialmente socializantes de la administración anterior serán reprimidas y reemplazadas por tesis encaminadas a ocultar los conflictos entre las clases antagónicas, de manera a superarlos en virtud del interés nacional.

En los sindicatos y confederaciones campesinas, organizaciones populares aparentemente de la sociedad civil, se operará una cada vez mayor entrelazamiento con las esferas oficiales. La sumisión de esos sindicatos y de esas confederaciones se logrará mediante la institucionalización del charrismo sindical que se basa en la corrupción de los líderes populares. La labor de los falsos dirigentes estará encaminada a confundir al proletariado, manteniéndolo en un nivel económico corporativo de manera a evitar que adquieran verdadera consciencia de clase revolucionaria.

Finalmente, la fuerza directa sólo se utilizará cuando fallen los mecanismos anteriores. En ese sentido y puesto que los obreros y campesinos aparecen como la única fuerza fuera de la alianza, es factible pensar que la represión se dirigirá únicamente a sus líderes y organizaciones, siempre que no acepten pactar.

La relativa concreción de las conclusiones anteriores requiere que para su verificación sean tomadas en cuenta no sólo las circunstancias más generales por las que atravesó el avilacamachismo, sino también las de mayor especificidad. Bajo

esas condiciones, nuestras deducciones se verán ya sea matizadas o simplemente modificadas. En ese aspecto, el análisis dialéctico encaminado a predecir situaciones concretas no puede ser estático, definitivo, por el contrario, debe mantener un estrecho vínculo con la realidad de acuerdo a ser continuamente reformulado. Sólo así se llega a una práctica realmente analítica, explicativa que se aleja del nivel simplemente descriptivo de un debate que, por ejemplo, intentaría determinar si el cardenismo o el avilacamachismo son periodos bonapartistas, fascistas dependientes o populistas.

El estallido de la Segunda Guerra Mundial fue quizás el acontecimiento que, con mayor razón, precipitara el surgimiento de la prevista alianza de clases encabezada por la gran burguesía ligada al capital extranjero. El conflicto armado alteró las relaciones entre México y los Estados Unidos, por lo que nuestro gobierno se sintió en la obligación de otorgar nuevas concesiones al capital norteamericano, agudizando así la dependencia económica del país.

En agosto de 1940 México abandonó su neutralidad, declarando que estaría de parte de los Estados Unidos en caso de que esa nación entrara a la guerra. En enero de 1942 se creó una comisión conjunta Méxiconorteamericana de defensa común, en la que se otorgaba el derecho formal a los Estados Unidos de utilizar los recursos de México. En mayo del mismo año las autoridades nacionales aceptaron un empréstito norteamericano encaminado a modernizar el ejército. Finalmente, México declaró la guerra el 22 de mayo de 1942.⁴⁸

⁴⁸ Para mayores detalles consúltese S. L. de Semionov, "México durante el periodo de Avila Camacho" en el libro de Alperovich y Rudenko, *Ensayos de historia de México*, México, Ed. Cultura Popular, 1974, pp. 117-147.

El creciente vínculo diplomático con los Estados Unidos tuvo un primer efecto económico cuando en mayo de 1941 el gobierno de Avila Camacho permitió que compañías norteamericanas volvieran a inmiscuirse en los asuntos petroleros del país, bajo el pretexto de rastrear nuevos mantos; acto seguido se acordó pagar a los monopolios petroleros de la vecina nación, 29 millones de dólares en forma de concesión por los bienes nacionalizados. Frente a esas demostraciones de amistad, el capital estadounidense recobró confianza, a la par que reiniciaba su invasión. Es difícil tener una idea clara del monto que fue entrando al país, debido a la nueva táctica de los inversionistas internacionales. Por temor a verse nacionalizado en el futuro, el capital extranjero pasó de la dominación directa a la indirecta, valiéndose de prestanombres sin escrúpulos. De esa manera, las cifras oficiales acusan un débil incremento de las inversiones directas extranjeras durante el régimen de Avila Camacho. Si en 1940 sumaron aproximadamente 2 262 millones de pesos, en 1946 sólo llegaron a 2 824.⁴⁹ Sin embargo, el incremento de esos dos años de la parte correspondiente a los Estados Unidos, que del 64% en 1940 pasó al 70% en 1946, puede darnos una primera idea de la dependencia económica en la que caímos en relación con aquella nación. Esto último se refuerza tomando en cuenta las importaciones y las exportaciones del país. En 1946 se importó mercancía por un valor aproximado de 2 637 millones de pesos, tres veces más que en 1940, de los cuales 83% provino de los Estados Unidos, en el mismo año se exportaron 1 915 millones de pesos, dos veces más que en 1940, de los cuales 71% se destinó al mismo país.⁵⁰ De esa manera, los años de

⁴⁹ La obra de Pablo González Casanova, *La democracia en México*, Ed. Cit., pp. 259-260.

⁵⁰ *Ibidem*, p. 262.

1940-1946 constituyen el periodo en que las relaciones de dependencia de México con respecto a los Estados Unidos, debilitadas durante el cardenismo, vuelven a estrecharse.

Por su parte, la gran burguesía mexicana representada por el gran capital también afianzó su posición. Si en 1940 existían 76 instituciones crediticias en el país, ya para 1945 sumaban 215. Este incremento se dio, lógicamente, en circunstancias monopólicas, puesto que sólo cinco bancos con un capital de más de 10 millones de pesos controlaban el sector bancario privado. A esto debe añadirse la "buena voluntad" de las autoridades hacendarias las cuales, sin restricción alguna, siempre permitieron que la gran burguesía dirigiera su capital a actividades improductivas, como el comercio o la simple especulación.⁵¹

La burguesía industrial también ingresó en la alianza, pese a que el gran capital se opuso a invertir en esa rama. Para limar el conflicto, el gobierno llevó a cabo dos importantes medidas. Por un lado, aprobó en 1941 una ley que liberó a las nuevas empresas industriales de impuestos por un periodo de cinco años; por el otro, impulsó la actividad de la Nacional Financiera, cuya labor resaltó particularmente en las industrias del acero, del vidrio y del cemento.⁵² La política dio buenos resultados debido a que en circunstancias de guerra mundial la demanda internacional por productos industriales se vio incrementada en tanto que la competencia extranjera se debilitó. Cabe señalar que cuando culminó el conflicto armado, la burguesía industrial entró en

⁵¹ Ramón Beteta, *Tres años de política hacendaria. Perspectivas de acción*, México, 1947, p. 72.

⁵² F. López Alvarez, *La administración pública y la vida económica de México*, México, 1956, p. 192.

crisis. Situación que en 1945 alterará la alianza de clases.

La burguesía agraria fue un último miembro de la alianza. En realidad, la administración de Avila Camacho no sólo frenó la Reforma Agraria sino que además dio marcha atrás en lo logrado por Cárdenas. Si en 1940 se distribuyeron 1 millón 716 mil hectáreas entre casi 72 mil personas, en 1945 sólo 600 mil hectáreas fueron entregadas a menos de 16 mil campesinos.⁵³ Al decaimiento del reparto agrario se suma una política por volver a la propiedad privada de la tierra. El gobierno abandonó definitivamente el proyecto de crear un régimen colectivo sin clases en el campo cuando el 27 de abril de 1943 entró en vigor un nuevo código agrario donde se reafirmó el principio de la parcelización en contraste con el de la colectivización. El Banco de Crédito Ejidal dejó de fortalecer al ejido, al perseguir una nueva política dirigida únicamente a la ganancia de mayores utilidades. En 1945, menos del 50% de los ejidatarios recibieron ayuda del Banco en relación con 1940.⁵⁴ Más descaradamente actuó Avila Camacho cuando en 1942 dio órdenes al secretario de Agricultura de compensar con tierras en la costa a todos los "pequeños" propietarios que hubieran sido privados de una parte de sus posesiones.

De esa manera se conformó la nueva alianza de clases que en torno a la gran burguesía ligada al capital extranjero reagrupó a la burguesía industrial, a la burguesía agraria y como veremos, a los burócratas que encabezados por el sector

⁵³ N. L. Whetten, *Rural Mexico*, Chicago, 1948, p. 125.

⁵⁴ *Ibidem*, p. 203. Para mayores detalles de cómo los recursos ejidales fueron aprovechados por la burguesía rural para afianzar su posición, puede consultarse la obra de G. Noble, *La reforma agraria en México*, México, 1949, p. 212.

de políticos profesionales, constituyeron su grupo dirigente. Esta coalición hizo a un lado a los obreros y a los campesinos —ejidatarios y jornaleros— a los que se dedicó a superexplotar, ya sin mayores obstáculos. Prueba de lo anterior son las reformas que el gobierno adoptaba y en virtud de las cuales los trabajadores quedaban desamparados. En marzo de 1941, por ejemplo, fue cambiada la Ley Federal del Trabajo. De acuerdo con la modificación se complicó el procedimiento a través del cual se formalizaría la "legislación" de las huelgas; asimismo, se estableció que todo trabajador podía ser despedido en el caso de haber participado en una huelga ilegal. El resultado de esa superexplotación puede verse en el decremento del salario real de los obreros, que si se considera de cien por ciento en 1939, pasó del 72% en 1941 al 66% en 1944, en tanto que se elevaron los precios, por ejemplo, en un 60% en el Distrito Federal.⁵⁵ Si la parte correspondiente a la distribución del ingreso nacional del capital ascendió del 36.6% en 1940 al 51.5% en 1946, la del trabajo descendió del 29% en 1940 al 21.4% en 1946.⁵⁶

La administración de Avila Camacho tuvo especial atención en seleccionar a sus más cercanos colaboradores de entre los representantes ligados con la gran burguesía y las compañías norteamericanas. Miguel Alemán, quien dirigió su campaña electoral y fue enviado a la vecina nación del norte con el fin de obtener el reconocimiento estadounidense del nuevo presidente, ocupó la cartera de Gobernación. Ezequiel Padilla, reconocido por su anticomunismo y su panamericanismo, fue nombrado secretario de Relaciones Exteriores. En Educación Pública quedó el

⁵⁵ El artículo de Semionov, "México durante el periodo de Avila Camacho", *Ed. Cit.*, p. 129.

⁵⁶ Pablo González Casanova, *La democracia en México*, *Ed. Cit.*, p. 291.

reaccionario Véjar Vázquez, que debido a la presión popular, se viera obligado a renunciar tres años después. El conocido contratista Maximino Avila Camacho (hermano del presidente) fue llamado a dirigir la Secretaría de Comunicaciones y Obras Públicas, etc. Así pues, la orientación política de los miembros del gabinete tranquilizó a la gran burguesía y al capital norteamericano, de manera que la nueva coalición decidió ser dirigida por esos señores. Pero con ello no terminaron las pruebas de sumisión. Temeroso de que la reacción volviera a reclamar los servicios de Almazán, Avila Camacho decidió acercarse a su antiguo adversario. A fines de diciembre de 1940 dos destacados partidarios de Almazán fueron llamados a formar parte de la Suprema Corte de Justicia, una vez aprobada la ley según la cual los miembros de la Corte lo eran de por vida. Finalmente Ezequiel Padilla, secretario de Relaciones, continuó su campaña anticomunista presionando al PRM hasta que un grupo de diputados demandó y obtuvo que se efectuara una limpia del aparato estatal a raíz de la cual salieron los últimos miembros con inclinaciones auténticamente populares.⁵⁷

La lucha ideológica de la nueva alianza se llevó a cabo tanto a partir de la sociedad civil como de la política y como anunciamos, en torno al tema aglutinador de la Unidad Nacional. Por lo que toca a la sociedad civil, los años de 1940-1946 se caracterizaron por el surgimiento de numerosas organizaciones patronales. Si en 1939 se contaban 195 centros empresariales, en 1941 su número ascendió inmediatamente a 344.⁵⁸ Destaca en 1942 la creación de la Cámara Nacional de la Industria de Transformación. Sus miembros, em-

⁵⁷ Semionov, *Ed. Cit.*, pp. 118-119.

⁵⁸ G. Rivera Marín, *El mercado del trabajo*, México, 1955, p. 141.

presarios medianos y pequeños, desde un principio desarrollaron una campaña encaminada a ocultar el conflicto entre las clases antagónicas mediante *slogans* del tipo: "la armonía de los grupos", "la colaboración del capital y del trabajo", "siempre por el progreso de la patria". Los responsables de los organismos de la sociedad política auspiciaron y colaboraron en ese desempeño. Así, en septiembre de 1942, el expresidente Abelardo L. Rodríguez convocó a una Asamblea de Acercamiento Nacional que se efectuaría en torno a los principios de la Unidad Nacional. La asamblea fue lógicamente todo un éxito. Asistieron siete expresidentes, Avila Camacho, el gabinete en pleno y las autoridades del PRM. De esa forma, la nueva alianza paulatinamente alejaba de la mente de la sociedad mexicana, la ideología superficialmente socializante del régimen anterior. Tal era en el fondo su propósito, que se hizo manifiesto cuando dos líderes sinarquistas: Manuel Torres Bueno e Ignacio Martínez Aguayo, publicaron en el periódico *Novedades* un editorial titulado "La urgente necesidad de realizar la Unidad Nacional". Estos señores, que en un pasado reciente fueran auténticos antiavilacamachistas, aplaudieron entusiastamente al presidente porque su administración "se esforzaba en evitar los extremos de la política de Cárdenas".⁵⁹

Por su parte, los líderes reformistas obreros continuaron colaborando con la burguesía de manera a facilitar la superexplotación del proletariado. Al apoyo oficial que en diciembre de 1941, brindara el PRM al gobierno de Avila Camacho y a su política antiobrerista encaminada a incrementar la producción se sumó la voz de la CTM. En mayo de 1942, el Comité Ejecutivo de la Confederación hizo público un documento dirigido a sus afiliados.

⁵⁹ Semionov, *Ed. Cit.*, p. 129.

Se les solicitaba no hacer uso de las huelgas mientras durara la guerra, así como se les sugería resolver sus problemas en un ambiente de cooperación, mediante conversaciones directas obrero-patronales o a través del arbitraje indirecto del gobierno. Para ello se crearon el Consejo Obrero Nacional y el Consejo Nacional de los Empresarios, los que deberían examinar los conflictos laborales bajo la dirección del Departamento del Trabajo. Paralelamente, las confederaciones no afiliadas a la CTM, como la CROM, la Confederación de Obreros y Campesinos de México, la Confederación Proletaria Nacional, etc., adoptaron la misma postura y se comprometieron a evitar las huelgas en tiempo de guerra. Como es lógico suponer, la sumisión de los líderes reformistas no cesó cuando concluyó el conflicto bélico. El 17 de abril de 1945, los dirigentes de la CTM firmaron un acuerdo con representantes de la gran burguesía y de la burguesía industrial, delegados por la Confederación de Cámaras de la Industria y la Cámara Nacional de la Industria de Transformación, en el que una vez más se aludía a la "colaboración entre las clases", pero esta vez para el periodo posterior a la guerra. Cabe señalar que en base a este acuerdo, la ideología de la alianza dominante en torno sólo a la Unidad Nacional se vería reforzada durante el periodo de Miguel Alemán por una nueva faceta. Fue en ese momento cuando empezó a sembrarse la idea de que, con la ayuda de los Estados Unidos, México podría abrirse paso en el camino de la industrialización, y ya como país capitalista desarrollado elevar el nivel de vida de los trabajadores.

Esta manipulación del movimiento obrero sólo puede explicarse por la corrupción de sus líderes, los cuales siempre enfrentaron con éxito las embestidas de los pocos dirigentes auténticos. O bien, se les

trataba de cohechar o se les alejaba de los puestos clave. De esa forma, el movimiento obrero, de por sí inorgánico, fue decayendo y desorganizándose. En enero de 1941 salieron de las filas de la CTM 67 sindicatos de la capital, y en marzo de 1942 más de la mitad de los sindicatos del estado de Veracruz. Si en 1941 la Confederación contaba con 1 300 mil miembros, en 1945 sus afiliados descendieron a 750 mil.⁶⁰

El reformismo, que también se infiltró en las filas del Partido Comunista Mexicano, triunfó definitivamente durante el IX Congreso, de marzo de 1944. Influenciados por el browderismo, el Partido elaboró una falsa línea política muy cercana a las ideas cetemistas. En la opinión del Congreso, el movimiento nacional liberador del pueblo mexicano no debía ser momentáneamente dirigido por el proletariado sino por la burguesía nacional. Esta era supuesta y mecánicamente identificada con el gobierno. Los responsables comunistas cometieron el error de menospreciar a la gran burguesía vinculada con el capital norteamericano, de la cual la burguesía industrial dependía. En síntesis, el Congreso apoyó la doctrina de la Unidad Nacional en torno a Manuel Avila Camacho, y aún insatisfecho decretó la reorganización del Partido. Fueron disueltas, las organizaciones comunistas, tanto en las empresas como en los sindicatos y fue alterada la estructura de los órganos dirigentes.⁶¹

⁶⁰ *Ibidem*, p. 135. Para mayores detalles sobre el decaimiento del movimiento obrero, puede consultarse también la obra de M. Poblete Troncoso, *El movimiento obrero latinoamericano*, México, 1946, p. 232.

⁶¹ Semionov, *Ed. Cit.*, p. 133.

Aparece así que para sentar su dominación la nueva alianza de clases en torno a la gran burguesía otorgó gran importancia a la lucha ideológica. Esta contempló un aspecto ofensivo y otro defensivo. Por lo que respecta al ofensivo, y como era de suponer, los intelectuales de la alianza —miembros prominentes del cuerpo administrativo o líderes sindicales reformistas— lograron imponer, en la mentalidad de la sociedad mexicana la necesidad de abandonar las doctrinas del cardenismo para sustituirlas por las tesis de la Unidad Nacional. En su aspecto defensivo, la lucha ideológica aprovechó la inorganicidad del movimiento popular para corromper al conjunto de sus organizaciones. Las masas mexicanas se vieron atomizadas u organizadas por el gobierno pero, en todo caso, incapaces de adquirir conciencia de clase.

En esta última batalla fue donde se hizo necesaria la fuerza directa. Esta se dirigió en contra de los corpúsculos y líderes proletarios que no aceptaron “colaborar” con la alianza. Así, se dieron manifestaciones de fuerza aisladas, como la del 11 de enero, cuando 51 miembros del Partido Comunista Mexicano fueron arrestados; o cuando en septiembre de 1941 la Guardia Presidencial asesinó a 8 miembros de una delegación sindical que había obtenido audiencia del presidente; o cuando en 1942 bandas reaccionarias organizadas en los años de guerra asesinaron a más de 2 000 activistas agrarios en los estados de Sinaloa y Guerrero, etc. Muchos más pueden haber sido estos sucesos de fuerza, sin embargo, la acometida ideológica de la burguesía primó sobre la directa, lo que explica la permanente estabilidad del régimen mexicano.



España, 1937

Engels y el realismo

Alberto Híjar

La antigua pero no anacrónica discusión sobre el realismo y el arte, podría ganar en claridad si se volviera a las fuentes del marxismo más que a los discursos de los teóricos del arte. En todo caso, lo conveniente aparece al tomar a éstos en función de los primeros y no al revés como suele ocurrir cuando el fantasma del estalinismo recorre los ámbitos intelectuales burgueses. Tomar posición frente a esto, no significa establecer un dogma, sino la primera línea de demarcación entre dos concepciones del arte antagónicas: la que lo considera autónomo del desarrollo social y la que se propone explicar su articulación específica en el todo social. La primera significará la búsqueda de un sentido inefable e irracional y la segunda, la investigación científica de las condiciones de producción y reproducción de las obras. Flotando entre ambas, está la consideración del arte como reflejo. Desde la primera posición, no hay más realismo que el construido por las posibles combinaciones entre los signos que el artista propone y el crítico discierne. Desde la segunda, el rea-

lismo sólo puede fundarse en la dialéctica entre lo subjetivo y lo objetivo, entre lo material y lo conceptual que Marx advirtiera desde sus *Tesis sobre Feuerbach* como instancias convertidas en dicotomías por la filosofía idealista. El arte como reflejo, finalmente, conduce a la postulación de un realismo elemental y periclitado para hoy, al reproducir, positivístamente, la realidad dada que en rigor no es otra que la predominada por la significación de la clase dominante. Sobre la base del materialismo científico, la producción artística se da en la medida del rompimiento con los sistemas de signos de la clase dominante y sus correspondientes modos de percibir y sentir. Sólo así la obra trasciende las relaciones de producción que la determinan y alude al desarrollo de las fuerzas productivas.

En 1888, cuando el marxismo había construido su plena científicidad, Engels responde a Margaret Harkness el envío de su novela *City Girl* donde al parecer, hace del Ejército de Salvación una posibilidad de liberación del pro-

letariado. Engels responde con cinco argumentos claves:

1. "Lo que sobre todo me impresiona en su relato, al lado de su gran veracidad realista, es que se manifiesta en él la audacia de un verdadero artista. No sólo en la manera con que usted habla del Ejército de Salvación ante las barbas de esa respetabilidad alta-nera que aprenderá, quizá por primera vez, por qué el Ejército de Salvación encuentra un apoyo tan considerable en las masas populares. Más, sobre todo, en la forma sin adornos que usted da en la trama de su libro a la vieja, muy vieja historia de una muchacha proletaria seducida por un hombre de la clase media. Un autor mediocre hubiera intentado disimular el carácter banal de la fábula amontonando sobre ella complicaciones artificiales y ornamentos, lo cual no le hubiera impedido ponerse al descubierto. Usted ha sentido que podía permitirse contar una vieja historia porque era capaz de renovarla por la veracidad del relato."

Contra la interpretación positivista Engels maneja el concepto *veracidad* que de entrada, distingue lo propio de la producción artística, a diferencia de la producción científica. Ya Della Volpe (*Historia del gusto*, Comunicación Serie B, Barcelona, 1972) se ha ocupado de acentuar la importancia de Aristóteles como antecesor de una estética científica, en cuanto desarrolló en *La poética* el concepto de verosimilitud como lo propio del arte. Si Aristóteles advirtió al artista como propositor de un orden consistente pero al fin de cuentas orientado por un valor fuera de él y por razones misteriosas, Engels plan-

tea la veracidad como lo conseguido por el artista cuando trabaja un planteamiento abstracto con sus medios propios: los signos. Un mal artista opera cuantitativamente: acumula, complica, oculta con artificios. Usa los sistemas de signos ya codificados que ofrecen respuestas seguras hasta llegar al *kitsch* en sus diversos grados: desde los empeños en las variantes de la angustia existencial, la incomunicación y demás temas rentables para la burguesía, significados por recursos ya gastados, hasta la industria de la cultura, en donde esto alcanza su expresión máxima.

Un buen artista, dice Engels, puede permitirse contar una vieja historia siempre y cuando la banalidad sea sustituida por una nueva veracidad fundada en "la forma sin adornos", en signos ordenados en un discurso renovador y denunciante de las reducciones codificadas. Hasta aquí, Engels propone el trabajo artístico como un arte combinatorio. Pero así como Alicia pregunta a Humpty Dumpty ¿quién es el amo?, cuando le propone jugar a denominar las cosas, Engels prevé en el párrafo siguiente el sentido del relato veraz como algo más complejo que la pura denominación novedosa y su organización estructural.

2. "El realismo, a mi juicio, supone, además de la exactitud de los detalles, la representación exacta de los caracteres típicos en circunstancias típicas." En una lectura antimarxista, este párrafo ha sido interpretado y practicado de manera paradójica: se reduce el arte a la exactitud de los detalles como fotografía de *lo dado* y se le combina con una representación exacta de caracteres

típicos y circunstancias típicas. Así resulta un "realismo" que al mismo tiempo imita servilmente *lo dado* y abstrae lo típico. Como esta coexistencia entre abstracción e imitación es imposible, la solución ha sido imitar conforme a un código y abstraer conforme a normas dogmáticas. El resultado es una práctica enteramente reaccionaria ocupada sólo en ilustrar *lo dado* en doble sentido: como signos codificados, probados y generalmente agotados y como disposición apriorística de una práctica que no transforma nada.

En rigor, Engels señala la exactitud de los detalles en función de la abstracción de caracteres típicos en circunstancias típicas. El marxismo había ya mostrado cuando Engels escribe a miss Harkness, que la realidad hay que transformarla y no sólo interpretarla. En el renuevo del término crítica, fundó Marx la necesidad de construir la ciencia sobre la denuncia de la ideología, despojada de su falsa objetividad y exhibida como condición de necesidad para reproducir las relaciones de producción. Lenin hizo lo que Marx había propuesto: de una práctica teórica revolucionaria producir la revolución total. Si estos principios fundan la concepción de la totalidad social e histórica con predominio de la estructura económica, la producción artística no puede ser reducida a su propia legalidad o al reflejo de *lo dado*.

Engels afirma el carácter transformador de la práctica artística cuando señala la necesidad de abstraer lo típico, de captar exactamente los detalles necesarios ligados a su concepción de veracidad, para encontrar la "representa-

ción exacta". El artista trabaja conceptualmente para abstraer y artísticamente para representar lo típico con exactitud de detalles. Así construye una realidad nueva sobre la crítica de la codificada en detalles acumulados y en tipificaciones impuestas por el poder, es decir, convertida en ideología. Con esto, la producción artística se articula con la política como práctica transformadora del sistema del poder establecido. Pero Engels encontró sin duda que esto podía devenir dogmatismo y decidió puntualizar más la relación del arte con la política, aunque ya había subrayado cómo la obra mínimamente veraz de miss Harkness permite conocer el *por qué* del arraigo popular del Ejército de Salvación.

3. "Estoy lejos de reprocharle no haber escrito un relato puramente socialista, una 'novela de tendencia', como decimos los alemanes, en la que se glorificarían las ideas políticas y sociales de la autora. No pienso tal cosa. Es mejor para la obra de arte que las opiniones (políticas) del autor permanezcan ocultas." El párrafo suficientemente claro, puede ignorarse de hecho si se relacionan mecánicamente la producción artística con la realidad supuestamente dada y se hace intervenir a la mediación de los aparatos políticos como indicadores de sentido. El caso Balzac que Engels describe a continuación, prueba cómo un reaccionario puesto a trabajar como artista (abstracción, producción de signos, veracidad) produjo una obra revolucionaria. Es claro que esto ocurre cuando el saber político y la tendencia ideológica, son modificados en el trabajo específico con los sig-

nos. En efecto, todos estamos insertados en un saber político predominado por los intereses de la clase dominante. Este saber no es sólo conceptual sino es también perceptual y sentimental en cuanto se nos imponen de manera *natural* ciertas formas de ver, oír, tocar, gustar y ciertos sentimientos *normales*. Algunos como Balzac, oponen a esto una tendencia ideológica como una manera imaginaria de vivir las relaciones sociales, que no corresponden ni a la realidad del saber político impuesto, ni a las necesidades concretas de su transformación. Esto ocurre al nivel de la abstracción conceptual que posibilita, generalmente de manera implícita, la práctica artística. Pero cuando ésta se concreta, la necesidad de los signos y la propia posición política determinan la relevancia del producto. Por lo que se advierte, este es un proceso enteramente material en donde la subjetividad del artista está determinada por condiciones sociales concretas. Lejos está Engels en el contexto de un marxismo pleno, de plantear conceptos como "toma de distancia interior" usado por Althusser (Carta a André Daspré, abril de 1966), para explicar la discordancia entre la posición ideológica personal y la obra. En ningún momento recomienda Engels a los artistas la separación de su *entorno* político para producir la obra cumbre a solas con las musas. De hacerlo así, hubiera prohiado generaciones de perspectivistas ilusoriamente ausentes de la lucha política revolucionaria para devenir incomprendidos radicales no sólo del arte sino de todo. En cambio, el arte es una práctica transformadora de signos sobre la base de

una abstracción históricamente revolucionaria. Todo esto no depende de condiciones puramente subjetivas identificables con el concepto romántico de genio, sino con la lucha ideológica predominada por la ideología de la clase dominante, los signos materiales y las técnicas propias de cada práctica artística y la articulación de las obras con la política fundada en sus posibilidades de circulación.

4. Engels afirma al final de su carta: "Que Balzac se haya visto forzado a contrariar sus propias simpatías de clase y sus prejuicios políticos, que haya *visto* la ineluctabilidad del fin de sus aristócratas queridos y que los haya descrito como no merecedores de mejor suerte; que no haya *visto* los mejores hombres del porvenir, sino únicamente donde podía encontrarlos en aquella época, esto lo considero uno de los grandes triunfos del realismo y una de las características más señaladas del viejo Balzac."

Al subrayar *visto*, Engels permite afirmar que es en la visión construida con nuevos signos por Balzac, donde aparece la tendencia revolucionaria de su obra. Así, la articulación de la obra con la política no es tanto por un sentido que le viene de fuera, sino por la nueva significación y los nuevos sentimientos y percepciones que inaugura al circular.

Aún podría argüirse que esto legitima el sostenimiento de una posición reaccionaria del artista o su indiferencia supuesta ante la política, con tal de que transforme los signos y sea capaz de abstraer. Pero es precisamente en esta capacidad de abstracción y en su con-

creación en signos donde necesariamente el artista asume la lucha ideológica y en el mejor de los casos la concreta políticamente. El realismo como instancia superior de la producción artística no es para Engels un ser imponderable y semejante a la inspiración recibida por el genio en el acto sublime de la creación, tal como lo conciben los románticos. "El triunfo del realismo" es una metáfora que al igual a otras formuladas por los fundadores de la ciencia de la historia debe ser reducida a sus términos estrictos, en este caso, los mencionados al final del punto anterior.

5. Al concluir Engels justificando la falta de combatividad de la clase obrera representada por miss Harkness como una posible llamada de alerta ante la pasividad del proletariado londinense, exige de hecho una toma de posición que significa la pregunta con la que termina: "¿Y quién sabe si no ha tenido usted excelentes razones para limitarse por esta vez, con mostrar sólo el aspecto pasivo de la vida de la clase obrera, reservando el aspecto activo de esta vida para otra obra?" Ignoro si *Out of Work* escrita por la autora al año siguiente o cualquiera de sus otras obras cumplieron la recomendación y si a Engels le importó. Lo cierto es que al plantear la pregunta plantea la polisemia de toda obra de arte: la posibilidad de ser interpretada en diversos sentidos sobre la base de su estructura

veraz que siempre los determina. Para el caso de *City Girl*, Engels critica negativamente para mostrar sus proposiciones positivas, concediendo la posibilidad abierta de la obra. Es probable que pensara en un aspecto fundamental que no desarrolla: la circulación, exitosa para el caso de miss Harkness, donde se concreta el significado y el valor tanto en el predominio de un modo de producción como en su posible superación.

Engels acompañó la carta con *Del socialismo utópico al socialismo científico*. Todo esto: el desarrollo del movimiento obrero en los fines del siglo aludido en el párrafo final de la carta y el estado teórico del marxismo frente a una práctica determinada, construyen un discurso en el que el realismo se identifica con el mayor valor artístico en cuanto capacidad de abstracción concretada en un sistema de signos veraz para articularse en la lucha ideológica con la política como práctica transformadora del sistema dominado por la burguesía, no sólo en los medios de producción sino al mismo tiempo en los de significación. Asumir todo esto sólo es posible y así lo postula implícitamente Engels, si el artista es capaz de plantearse una significación veraz plenamente consciente de una tipicidad abstraída en la medida de su conciencia revolucionaria.

La polémica

La investigación regional en ciencias sociales: una perspectiva chiapaneca

Robert Wasserstrom F.

Todo conocimiento auténtico nace de la experiencia directa. Mao Tsetung, "Sobre la práctica," *Obras Escogidas*, vol. I, 1971, p. 322.

La publicación reciente del número 5 de *Historia y Sociedad*, número titulado "Modos de producción en América Latina", marca un momento importante para las ciencias sociales en México. Sin comentar el contenido de todos los trabajos representados en este número, es preciso señalar que, según los redactores: "significan una crítica y un abandono de las tesis circuncionalistas y dependentistas que dominaron en los medios académicos progresistas durante los años sesentas; en contraste, en estos trabajos se abre la perspectiva del estudio de las *relaciones de producción* y de la *lucha de clases*" (p. 4).

Más adelante, en un artículo llamado "Sobre la articulación de modos de producción en América Latina", Roger Bartra esboza con mayor precisión la forma que tales estudios deben tomar. Al lado del modo de producción capi-

talista, que según Bartra predomina sólo en los sectores más avanzados de los países subdesarrollados, existen "formas de producción típicas de otros modos de producción previos" (1975: 11-12).

Específicamente, en el campo mexicano sobrevive un conjunto de relaciones sociales y de actividades productivas que se distingue claramente del capitalismo. Estas relaciones constituyen lo que Bartra denomina el modo de producción mercantil simple, y que él mismo describe en los siguientes términos: "En este sistema —típico del campesino parcelario y del artesano— el productor posee los medios de producción (instrumentos, tierra, etc.), trabaja directamente en el proceso productivo y vende en el mercado una porción más o menos importante de su producción. Este modo de producción es por naturaleza secundario debido a una razón simple: no es un sistema clasista, es decir, en su interior no surge una clase dominante que pueda someter a la sociedad entera" (1975: 13-14).

¿Cómo reaccionamos a estos planteamientos al parecer tan contradictorios, que en el momento de dirigir nuestra atención hacia la lucha de clases en América Latina nos aseguran que, por lo menos entre los campesinos mexicanos, las clases sociales no se han desarrollado? La respuesta a este interrogante, sugeriría yo, se busca no en los debates teóricos actuales, sino más generalmente en una visión dualista y equivocada de la sociedad mexicana. Empezando con el trabajo de Ricardo Pozas y Julio de la Fuente en los años cuarentas y cincuentas, muchos investigadores nacionales han postulado la existencia de dos tipos de organización social y económica —tipos antagónicos y contradictorios— en el país.¹ Hablando del municipio tzotzil de Chamula, por ejemplo, Pozas caracterizó la economía de los campesinos indígenas de Chiapas como “una forma muy evolucionada de la propiedad agraria, basada en el principio de igualdad, en un territorio densamente poblado, con una tecnología poco avanzada, escaso uso del trabajo asalariado, y una producción orientada al autoconsumo con menos del 50% destinada al mercado...” (1959: 63).

Desde luego, la persistencia de ins-

¹ A pesar de que su trabajo ha quedado al margen de las discusiones actuales, de la Fuente fue uno de los primeros antropólogos mexicanos que se preocuparon seriamente por el tema de las relaciones interétnicas. También fue uno de los pocos miembros de su generación que tuvo un contacto prolongado e íntimo con la población indígena de Chiapas y Oaxaca. De estas experiencias salió una serie de artículos que, si bien nunca tuvieron grandes pretensiones teóricas, sí ejercieron una influencia enorme sobre los autores que lo siguieron. Véase de la Fuente 1964 y 1965.

tituciones tan exóticas y tan opuestas al desarrollismo nacionalista de aquel momento (1943), no se podía explicar en función del sistema capitalista dominante. Al contrario, como afirmó Pozas, trazaba sus orígenes al hecho de que “Algunos sectores rurales se han replegado a las montañas y a los desiertos ocupando las tierras menos codiciadas y viviendo al margen de las luchas e inquietudes del resto de la población indígena del país...” (1959: 63).

A pesar de que “ningún grupo indígena tiene una organización económica cerrada a tal grado que se pueda caracterizar exclusivamente por sus formas prehispánicas de producción”, por ende, “al hablar de una economía indígena nos estamos refiriendo a una transición entre las formas prehispánicas, coloniales y recientes”.

Antes de examinar la suerte que experimentaron estas afirmaciones en los últimos 25 años, debemos evaluar más profundamente los datos históricos y etnográficos en que se basaban. Según los arqueólogos y lingüistas, los tzotziles y tzeltales llegaron al altiplano chiapaneco hace aproximadamente 2000 años.² Después de fundar sus pueblos en los lugares más defendibles, muchos de ellos se dedicaron al comercio, principalmente al transporte del cacao y de otros artículos lujosos entre Guatemala, el Soconusco y Tabasco. Con ciertas modificaciones importantes, este sistema de comercio sobrevivió a la conquista española. Pero ya por los principios del siglo xvii, una serie de

² Véase McQuown y Pitt-Rivers (1970); Calnek (1962).

epidemias había reducido la población autóctona de Chiapas en un 80 por ciento. Como resultado, numerosos pueblos indígenas no podían pagar el tributo excesivo que les exigía la Corona. Sin embargo, estos indígenas por lo general no huyeron hacia las montañas inhabitadas o a "la selva incógnita de los lacandones". Al contrario, después de 1620, dejaron sus comunidades alteñas para engancharse como peones en las nuevas fincas de ganado, de algodón y de caña de azúcar que se desarrollaron en el valle del río Grijalva (MacLeod, 1973; Wasserstrom, 1976). De esta manera, cambiaron una libertad puramente formal y ficticia por la protección efectiva de sus patrones españoles, hacendados nacientes que pagaban sus impuestos.

Si los pueblos nativos nunca se transformaron en zonas de refugio, debemos cuestionar igualmente las otras afirmaciones que nos hace Pozas. La vida indígena actual, ¿se basa en una economía de subsistencia "donde la competencia y el lucro no existen como factores determinantes en la producción"? (1959: 104). Aunque Pozas no presentó ningún estudio sistemático del asunto, él mismo insinuó que por los años en que hiciera su investigación las actividades de subsistencia jugaban un papel muy secundario en Chamula. Nos demostró, por ejemplo, que el mecanismo de la herencia garantizaba el fraccionamiento de la tierra laborable en una multitud de pequeñas parcelas. Y como estas parcelas no producían maíz y frijol suficientes para satisfacer las necesidades familiares, se hipotecaban a los hombres más ricos de

la comunidad (1959: 113). A su vez, estos hombres las sembraban con hortalizas y otros cultivos comerciales, que vendían en San Cristóbal de Las Casas.

Mientras tanto, la gran mayoría de los padres de familia se ganaba la vida con el trabajo estacional en las fincas cafeteras del Soconusco. Citando las cifras oficiales del Sindicato de Trabajadores Indígenas, Pozas indicó que el 30 por ciento de estos hombres se desplazaba temporalmente a la zona cafetalera. Pero además, sugirió que las cifras oficiales incluían únicamente a una parte del número total de trabajadores, tal vez la mitad. Al parecer sin reconocerlo, nos consta que ya hace treinta años los municipios alteños albergaban no a los sobrevivientes de las épocas prehispánica y colonial, sino al proletariado rural surgido a fines del siglo pasado.

De esta discusión se destaca un hecho de suma importancia para la investigación regional en las ciencias sociales. En vez de plantear el desarrollo de las comunidades indígenas como una cuestión abierta, en vez de aducir los datos y documentos que pudieran aclarar sus relaciones con los procesos de producción locales, se les atribuyó un papel histórico completamente *ad hoc* y anacrónico. No se examinó la posibilidad de que los pueblos nativos se encontraban insertados en una formación socioeconómica que abarcaba un área mucha más extensa y ramificada. Al contrario, se hizo hincapié casi exclusivamente en los aspectos exóticos de su existencia: sus milpas minúsculas, su comercio en pequeño (el famoso capitalismo de centavo), sus prácticas

religiosas. Únicamente así, por ejemplo, nos podemos explicar la manera simplista en que Pozas interpreta el proceso de descapitalización sufrido por los chamulas. Según él, este proceso no se debía a sus relaciones con las fincas cafetaleras, sino a sus propias instituciones y costumbres, las que "impide[n] la acumulación de riqueza y propicia[n] en cambio un mayor realce de la conducta y relaciones sociales que se identifican con una organización clánica, por ser la igualdad el principio normativo..." (1959: 63).

Más aún, al examinar la economía indígena sin vincularla con la economía regional (y nacional), Pozas sentó un precedente que sigue en pie hasta el presente. A pesar de sus pretensiones, entonces, debemos reconocer que esta visión estática y culturalista de las comunidades nativas trazaba sus orígenes no al análisis materialista, como él decía. Aparentemente no podía salir de los límites de la antropología funcionalista, de moda en aquel momento, que la había engendrado.

Quizá por este motivo las verdades que asentó Pozas se incorporaran rápidamente a la nueva ideología indigenista que tomó ascendente en la década de los sesentas. Ochos años después de la publicación de su estudio sobre Chamula, esta ideología logró su máxima expresión en el libro *Regiones de refugio*, obra maestra del Dr. Gonzalo Aguirre Beltrán. Agregando a las aseveraciones de su colega un elemento pronunciado de darwinismo social, Aguirre opinó que las zonas indígenas y subdesarrolladas "se encuentran protegidas por barreras físicas contra la

competencia. Estas regiones menos favorecidas, son regiones de refugio, porque su situación marginal y su aislamiento las defienden de la agresión de los grupos más adelantados" (1967: 26).

En cuanto a las relaciones de explotación que imperan en tales zonas, Aguirre aseguró que no reflejan la influencia del sistema social dominante en el país. Por el contrario, invocó la idea de colonialismo interno que Pablo González Casanova había propuesto en 1965.³ "Al nivel regional o local," escribió, "los mecanismos dominicales niegan la igualdad... y mantienen... la situación colonial, conservando en el seno de la sociedad clasista, relaciones de casta totalmente anacrónicas" (1967: 18).

Y finalmente, redondeando las ideas de Pozas, afirmó que no son "el hambre y las necesidades materiales" las que "obligan a los indígenas a emplearse como asalariados mal retribuidos". No; esta contradicción aparente entre la teoría indigenista y la práctica indígena se resolvió al citar el principio de igualdad. "El trabajo asalariado no representa una forma de ganarse la vida," nos reiteró con firmeza, "sino

³ Desde luego, esta idea tenía muchos antecedentes tanto en la sociología mexicana como entre los científicos extranjeros. Pero en cuanto a la sociedad nacional, podemos atribuirle a González Casanova su formulación más coherente hasta aquel momento. Esta formulación, él la expresó en los siguientes términos: "...el marginalismo o la no participación en el crecimiento del país, la sociedad dual o plural, la heterogeneidad cultural, económica y política que divide al país en dos o más mundos con características distintas, se hallan esencialmente ligados entre sí y ligados a su vez con un fenómeno mucho más profundo que es el *colonialismo interno*, o el dominio y explotación de unos grupos por otros." (1965: 89).

un modo supletorio de acumular bienes de capital para redistribuirlos en el consumo conspicuo (1967: 145).

Véamos de cerca las principales características de este nuevo indigenismo que se preocupaba más por las milpas alteñas de Chiapas que por la agricultura capitalista que las rodeaba. Fundamentalmente se reduce a los siguientes puntos:

1. A diferencia de la sociedad global, dentro de los pueblos indígenas no existen ni clases sociales, ni desigualdades significativas de riqueza y poder;

2. A pesar del número de trabajadores temporales que se desplazan de estas comunidades, las actividades de subsistencia conservan su papel preponderante en la economía indígena. Salvo en casos excepcionales, el trabajo asalariado abastece la vida religiosa;

3. El indígena es sobre todo un campesino. Así es explotado no como trabajador rural, sino principalmente a través del mercado de productos agrícolas. En otras palabras, su relación con los procesos productivos se define en función de su parcela y del trato comercial.

Ahora bien, lo más interesante de estas tres proposiciones es que se alegaban *sin que se adujera una sola prueba concreta en su favor*. ¿No era una cuestión empírica, por ejemplo, el que los indígenas de Chiapas derivaran su subsistencia de las actividades tradicionales y no del trabajo en las fincas? ¿Qué proporción de su ingreso familiar se destinaba a las festividades y cómo se obtenía? ¿Quiénes controlaban la vida política y económica dentro de los pueblos nativos y cómo se relacionaban

aquéllos con las clases sociales más amplias? ¿Y hasta qué punto el principio de igualdad cubría y justificaba una situación de desigualdad e injusticia?

Estas preguntas no se plantean de balde ni para burlarnos de las discusiones teóricas que se llevaban a cabo en aquel momento. Por los años en que se publicó el libro de Aguirre, muchos indígenas alteños, sobre todo los zinacantecos y los chamulas, se veían involucrados en un segundo sistema de trabajo asalariado (o semiasalariado) fuera de sus pueblos. Se trataba del arrendamiento de terrenos ociosos en las fincas ganaderas del valle del Grijalva, fincas altamente comerciales que además producían maíz, frijol y caña de azúcar. Como lo demuestra el Cuadro 1, tomado del Censo Agrícola de 1950, la Ley de Reforma Agraria se había aplicado en Chiapas de manera muy desigual. Mientras en la región de los altos la mayor parte de las fincas marginales e improductivas se habían afectado, en la parte central del estado todavía existían muchas propiedades de 200 hectáreas o más. Sin embargo, los finqueros de esta región se encontraban en una situación paradójica. A pesar de la creciente demanda de sus productos en los mercados local y nacional, no tenían una fuerza laboral lo suficientemente amplia para incrementar su producción.

Para remediar esto, a partir de 1925 habían empezado a rentar sus tierras boscosas o montañosas a arrendatarios indígenas, quienes bajaban temporalmente de sus pueblos. Tales indígenas desmontaban y cultivaban estas tierras, que después de tres o cuatro ci-

culos agrícolas se transformaban en pastizal. Sin invertir ni capital ni trabajo propio los finqueros pudieron aumentar considerablemente el número de ganado en la región (Cuadro 2).

Si el fenómeno del trabajo estacional en el Soconusco se quedaba al margen de la investigación antropológica, por lo menos un estudioso, el norteamericano Frank Cancian, había publicado en 1965 un libro sobre los arrendatarios zinacantecos en la Chiapas central.⁴ Por supuesto, esta obra (citada tanto por Aguirre como por Rodolfo Stavenhagen en su libro *Las clases sociales en las sociedades agrarias*) poseía muchos defectos: engendrada completamente dentro de una tradición antihistórica y hostil al análisis materialista, subordinó el examen de las relaciones de trabajo al estudio de las creencias religiosas zinacantecas. Pero aún así, para los que lo querían escuchar, Cancian dejó vislumbrar un sistema de relaciones sociales y económicas que de ninguna manera coincidían con las doctrinas ortodoxas indigenistas. En primer lugar, señaló que los zinacantecos habían reducido sus actividades agrícolas en los altos a un mínimo para concentrar sus esfuerzos en el arrendamiento y en la venta de

⁴ De manera curiosa, Pozas había publicado en 1952 un pequeño estudio descriptivo del trabajo en las fincas cafeteras. Pero en vez de examinar las relaciones concertadas que ligaban a los chamulas con la agricultura comercial, se limitó a afirmar que: "En los países que como México cuentan con una fuerte población indígena y hacen esfuerzos para industrializarse, encontramos, al lado de sistemas muy simples de organización de la producción, otros de tipo capitalista bastante complejos; aquéllos entre la población india, éstos entre la no india" (1952: 31).

su maíz.⁵ Con el fin de llevar a cabo este proyecto, contrataban a jornaleros indígenas de otros municipios, sobre todo a los chamulas, a quienes se les pagaba un jornal muy por debajo del salario mínimo legal. En segundo lugar, constató que los zinacantecos eran explotados por los terratenientes ladinos (quienes les cobraban una renta más o menos alta), y por los camioneros que transportaban su maíz a la tierra fría. Finalmente, Cancian reconoció que, en plena contradicción con la ideología nativa, los cargos religiosos en Zinacantan de ninguna manera eliminaban las desigualdades económicas entre arrendatarios. Para reconciliar este hecho con el principio de igualdad (en que él también creía), declaró que "al permitir, y en realidad exigir, que los hombres más ricos contribuyan una proporción mayor [de sus recursos] para las festividades comunitarias", las instituciones religiosas "legitimizan" un sistema marcado de estratificación económica (1965: 135).

De manera curiosa, estas afirmaciones, hechas por un funcionalista impenitente, no modificaron en lo más mínimo los términos en que los investigadores nacionales debatían la naturaleza de la economía campesina. Donde Cancian había hablado abiertamente de las clases sociales en Zinacantan (1965: 125), Aguirre (que lo cita tres veces en su libro) le atribuye la ase-

⁵ La descripción más adecuada de este proceso, se encuentra en la tesis doctoral de George Collier, quien en 1968 examinó cuantitativamente la relación entre la agricultura de subsistencia en los altos y el arrendamiento. Esta discusión, en una forma amplificada, se publicó por fin en el presente año (Collier 1975).

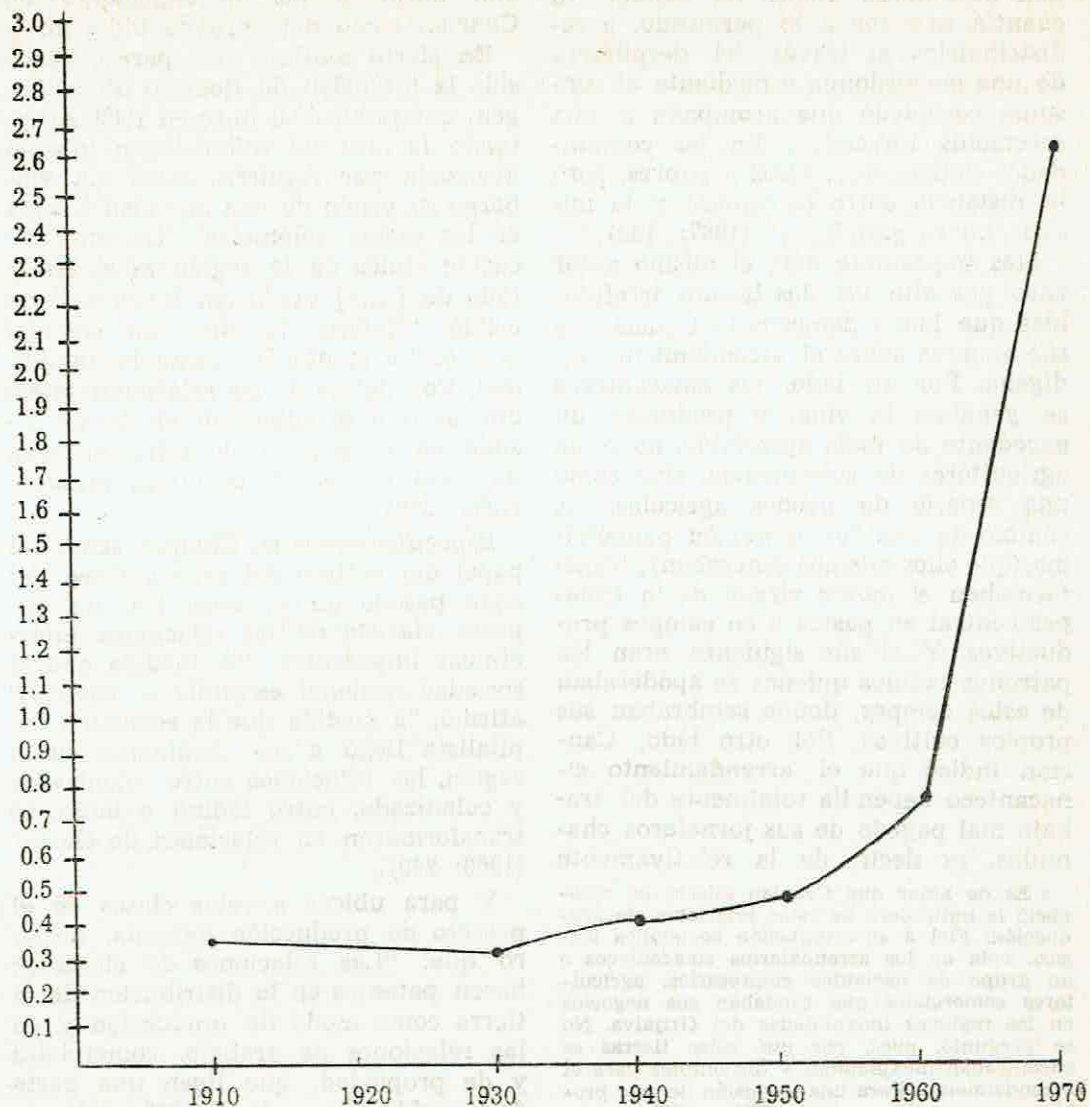
CUADRO No. 1

TAMAÑO DE LOS PREDIOS NO EJIDALES EN CHIAPAS CENTRAL, 1950

Número de propiedades por municipio	Tamaño de los predios (hectáreas)							
	0-25.0	25.1-50.0	50.1-100.0	100.1-200.0	200.1-500.0	500.1-1000.0	1000.1-5000.0	5000.1-50000.0
Total	273	172	9	26	28	31	6	1
Acala	753	475	107	53	56	48	11	3
Comitán								
La Concor- dia	252	38	9	26	50	91	22	19
Chiapa	854	638	60	58	57	36	7	2
Chiapilla	93	83	2	2	2	3	1	0
Socolte- nango	246	214	1	0	4	6	6	15
Totolapa	26	0	0	2	8	11	4	1
Tuxtla	698	584	51	25	23	12	2	1
Venustia- no Ca- rranza	352	161	16	27	44	65	31	11
Villa Corzo	380	48	34	69	86	101	34	9
Villa Flores	567	96	63	101	130	103	13	8
El Zapo- tal	171	154	2	0	5	9	1	0

* Incluye una finca de 68,934 has.

Cuadro 2: Número de cabezas de ganado bovino en Chiapas,
(millones), 1910-1970



veración de que "El desempeño de cargos en el gobierno de la comunidad, bien sea en la esfera secular o en la religiosa, obligan a las personas que han acumulado bienes de capital en cuantía superior a lo permitido, a redistribuirlos al través del despilfarro de una mayordomía o mediante el consumo conspicuo que acompaña a una ceremonia nupcial... En las comunidades indígenas... ricos y pobres, pero la distancia entre la riqueza y la miseria no es grande..." (1967: 132).

Más importante aún, el mismo autor pasó por alto los dos hechos irrefutables que había demostrado Cancian en sus apuntes sobre el arrendamiento indígena. Por un lado, los zinacantecos se ganaban la vida, y producían un excedente de maíz apreciable, no como agricultores de subsistencia, sino como una especie de peones agrícolas.⁶ A cambio de una remuneración paupérrima (que ellos mismos generaban), transformaban el monte virgen de la Chiapas central en pastos o en campos productivos. Y al año siguiente, eran los patrones ladinos quienes se apoderaban de estos campos, donde sembraban sus propios cultivos. Por otro lado, Cancian indicó que el arrendamiento zinacanteco dependía totalmente del trabajo mal pagado de sus jornaleros chamulas, es decir, de la relativamente

⁶ Es de notar que Cancian mismo no reconoció la naturaleza de estas relaciones de producción. Fiel a su orientación económica clásica, veía en los arrendatarios zinacantecos a un grupo de nacientes empresarios, agricultores comerciales que fundaban sus negocios en las regiones inexploradas del Grijalva. No se preguntó, pues, por qué estas tierras se encontraban inexploradas y disponibles para el arrendamiento. Para una discusión de este problema, véase Wasserstrom 1974 y 1976.

alta tasa de explotación que se les imponía a estos trabajadores. Evidentemente, para comprender y explicar este fenómeno, se tenía que buscar más allá tanto de las investigaciones de Cancian como del enfoque indigenista.

En cierto sentido, ésta parece haber sido la intención de Rodolfo Stavenhagen, que publicó su libro en 1969. Aceptando la idea del colonialismo interno avanzada por Aguirre, atacó sin embargo su visión de una sociedad basada en las castas coloniales. "La estratificación étnica de la región es el resultado de [una] evolución histórica," escribió. "Refleja la situación colonial que se ha mantenido hasta la actualidad. Por detrás de las relaciones interétnicas que se advierten en forma visible en el sistema de estratificación, hay una estructura de clases sociales" (1969: 249).

Específicamente en Chiapas, señaló el papel del cultivo del café, a fines del siglo pasado en el desarrollo del aspecto *clasista* de las relaciones interétnicas imperantes. "A medida que la sociedad nacional extendía su control," afirmó, "a medida que la economía capitalista llegó a ser dominante en la región, las relaciones entre colonizador y colonizado, entre ladino e indio, se transformaron en relaciones de clases" (1969: 249).

Y para ubicar a estas clases en el proceso de producción agrícola, declaró que: "Las relaciones de clases se hacen patentes en la distribución de la tierra como modo de producción y en las relaciones de trabajo, comerciales y de propiedad, que ligan una parte de la población a otra" (1969: 201).

A pesar de su gran lucidez, esta exposición dejó en pie muchos de los conceptos erróneos que habían adquirido popularidad en los años anteriores. Uno de estos conceptos, como ya lo hemos visto, lo constituía la división mecánica y artificial entre la economía autóctona de subsistencia y la agricultura capitalista moderna. Cambiando más bien de nombre lo que Aguirre había llamado las regiones de refugio, Stavenhagen reintrodujo esta distinción bajo la forma de una estructura agraria tradicional. Esta estructura la caracterizó en la siguiente manera:

1. Coexiste con "un sector moderno de agricultura capitalista";

2. "Se ubica principalmente en las regiones geográficas de difícil acceso y que son poco atractivas en cuanto a la inversión de capitales;"

3. Está dominada política y económicamente por una "burguesía campesina media", que él define como "los que poseen explotaciones de 5 a 25 hectáreas" (1969: 94). Así nos aseguró que "los campesinos minifundistas que se dedican principalmente a una agricultura de subsistencia, están ligados por ciertas relaciones de mercado y de trabajo a esta burguesía campesina media..." (1969: 96).

En esta situación, hablar de las clases sociales dentro de las comunidades indígenas no tendría sentido. Al contrario, haciéndose eco tanto de Pozas como de Aguirre, afirmó que "es esencialmente la propia comunidad corporativa la que limita las posibilidades económicas de sus miembros... el efecto social del (servicio en los ayuntamientos) es la redistribución de la ri-

queza y el mantenimiento del 'principio de igualdad' en la organización del grupo" (1969: 233).

Inevitablemente, pues, Stavenhagen llegó a una conclusión que no difería en lo fundamental de las ideas indigenistas: "Podemos concluir... que la estructura que impide el surgimiento de las clases sociales en el seno de la comunidad indígena y que mantiene en ella la igualdad, contribuye asimismo a la dependencia de la comunidad indígena como un todo frente a la ciudad, es decir, la diferenciación de clases entre indios y ladinos" (1969: 234).

¿Cómo es posible, nos debemos preguntar, que después de tanto trabajo y con unos avances teóricos notables, hayamos llegado otra vez a nuestro punto de partida? En este sentido, es muy acertada la crítica reciente que tanto Pozas como Roger Bartra han hecho de estos argumentos. Según Bartra, el error básico de Stavenhagen descansa en definir a las clases sociales "principalmente en base de las relaciones de propiedad con los medios de producción" (1974: 147). En cierto sentido, este error se debe al mismo método de investigación que utiliza. Después de ridiculizar los procedimientos taxonómicos de la sociología norteamericana, Stavenhagen los imita. Al igual que los sociólogos que censura, trata de describir a las clases sociales como un complejo de *traits* (rasgos) más o menos mecánicos y arbitrarios. La existencia de una burguesía campesina media, es decir, de un grupo de terratenientes que poseen entre 5 y 25 has, ¿no sería una ficción estadística más que una clase coherente y unida? Por

lo menos en Chiapas, esta definición de ninguna manera caracteriza a los ganaderos, que explotan directamente el trabajo indígena. Además de manejar propiedades mucho más extensas, estos rancheros juegan un papel de suma importancia en la vida política del Estado; un papel que, eso sí, les da unidad como clase. Parece netamente superior la definición que sugiere Pozas en su libro reciente *Los indios en las clases sociales de México*. Como la describe Bartra, esta definición: "considera como elemento fundamental... el lugar ocupado en un sistema de producción social históricamente determinado. Por supuesto... se toman al mismo tiempo como criterios la relación con los medios de producción, el papel desempeñado en la organización social del trabajo y la forma y cuantía de la riqueza social apropiada" (1974: 148).

No obstante lo acertado de estos juicios, existe otro tipo de crítica que se le puede hacer al trabajo de Stavenhagen. Si la existencia de la burguesía campesina media es una cuestión empírica, como implícitamente lo reconocen Pozas y Bartra, ¿cuánto más, la naturaleza de las relaciones sociales de producción en el campo! ¿Cómo es posible, por ejemplo, que Stavenhagen haya echado a un lado el tema del arrendamiento indígena propuesto por Cancian? Resulta totalmente inadecuado el pretexto que él nos presentó. Después de indicar que los jornaleros indígenas "buscan el trabajo asalariado solamente cuando su milpa está segura", declaró que "El indio necesita la tierra porque sin ella pierde su identidad social y étnica. No importa que esta tierra sea

propiedad comunal, ejidal o individual. En todo caso será propiedad pero no mercancía. Es un medio de producción, pero no un capital. Es fuente de ingresos, pero no de renta. *La tierra debe ser trabajada, y el indio sólo se realiza a sí mismo trabajándola (aun cuando sea en la propiedad de algún otro, como jornalero, aparcerero o arrendatario)*" (1969: 212, 219; subrayado mío).

Una vez más, nos encontramos frente a una visión auténticamente culturalista de la vida indígena, una visión derivada directamente de la ideología indigenista. Y exactamente como Pozas lo había hecho 25 años antes, Stavenhagen buscó la justificación de esta visión no en una experiencia campesina personal, sino en un esquema histórico prefabricado y anacrónico.⁷

Para terminar esta reseña apresurada de la investigación en Chiapas, examinemos brevemente la obra de Roger Bartra, *l'enfant terrible* de la sociología mexicana. Aunque no habla directa-

⁷ Así trazó los orígenes de la situación interétnica en Chiapas a la jurisprudencia española colonial. En una parte de su libro, por ejemplo, opinó que "...dadas las leyes limitantes y tutelares que se aplicaban a las poblaciones indígenas, era difícil que las personas pudieran integrarse a la sociedad de clases y a la vez conservar su calidad de indígenas. La calidad de indígena llegó a ser característica solamente de las comunidades tradicionales de subsistencia. Esta tendencia se acentuó durante el periodo independiente" (1969: 203). El problema principal con estos argumentos es que se basan en una visión formalista y antihistórica de la sociedad colonial. Las leyes vigentes en aquella época no determinaban la forma en que ladinos e indios se confrontaban. Al contrario, corrían atrás de estos contactos. Para un punto de vista diferente al de Stavenhagen, véase Wasserstrom 1976.

mente de aquella región, Bartra pretende cambiar completamente nuestra manera de analizar el medio rural, tanto en Chiapas como en el resto del país. Como ya lo hemos visto, Bartra tampoco cree que dentro de las comunidades campesinas existan clases sociales distintas. Es más: entre todos los autores que hemos considerado, únicamente él sostiene que las economías campesina y capitalista son tan divergentes que pertenecen a dos modos de producción diferentes. Esta idea lo conduce a afirmar una vez más que los campesinos minifundistas, si bien venden cierta proporción de sus cultivos en el mercado capitalista, producen sobre todo para el autoconsumo. Lo que distingue a estos campesinos de los agricultores meramente capitalistas no es tanto el tamaño de sus parcelas, sino el hecho de que el valor de sus cosechas no llega a superar (o igualar) la tasa media de ganancia en el campo. Así nos dice que "El doble carácter de la economía campesina y artesanal constituye su especificidad como modo de producción; este doble carácter se expresa en que el capitalista y el trabajador se encuentran fundidos en una sola persona: el productor directo. La dualidad proviene del hecho de que el campesino y el artesano son explotados por el capital (por la vía del mercado), pero ellos mismos son los agentes directos de dicha explotación en la medida en que trabajan bajo condiciones no capitalistas de producción" (1975: 15).

Al igual que Aguirre, pues, Bartra le asigna al mercado el papel preponderante en la explotación de la pobla-

ción campesina. Hablando del modo de producción mercantil simple, afirma que "desde este punto de vista, su conexión (con el sistema capitalista) aparece al nivel de las relaciones mercantiles, y se caracteriza fundamentalmente por una relación de intercambio de no equivalentes que transfiere al sector capitalista el plustrabajo generado por el trabajo del campesino y el artesano" (1975: 14).

Según esta lógica, es el mismo proceso de intercambio el que genera las diferencias y desigualdades en el campo. "La realidad demuestra palpablemente", nos dice, "que en tanto una estructura agraria está dominada por el mercado capitalista, la tendencia inevitable será a la diferenciación cada vez más profunda del campesinado, a la proletarización y pauperización de los estratos inferiores del campesino" (1974: 79).

Sin entrar profundamente en estos argumentos, notemos que en lo esencial no salen de la visión dualista —siempre alegada, nunca comprobada— que sentaron los investigadores previos. Representan más bien una repetición de las verdades que ahora nadie se atreve a cuestionar: el bajo potencial revolucionario del campesino, su autoexplotación, su incapacidad de actuar como una fuerza histórica independiente. Como en toda buena ciencia social, constituyen una toma de posición política, pero es una posición equivocada y supeditada. Tal vez por carecer de bases empíricas, esta posición no responde siquiera al interrogante que el mismo Bartra se plantea: la naturaleza de las clases sociales en el campo. Así por

ejemplo, aplicándole a su trabajo el mismo criterio que él sugiere —una definición de clase social basada en “el lugar ocupado en un sistema de producción social históricamente determinado”— vemos que pasa por alto la situación histórica de los campesinos mexicanos. De hecho, en la época colonial, es dudoso que existiera un campesinado en el sentido en que usa Bartra este término. Al contrario, como lo he demostrado en otro lugar, cuando menos en Chiapas había una población muy variada de tributarios indígenas que laboraban en las empresas de los gobernantes españoles y sus financieros locales (Wasserstrom 1976). ¿De qué otra manera nos explicamos la decadencia de la producción agrícola en el Nuevo Mundo cuando en los años crepusculares de la Colonia se abolieron los repartimientos y demás trabajos forzados? ¿Cómo también se entiende la Rebelión Tzotzil en 1869, cuyos orígenes parten del cultivo comercial de tabaco fuera del altiplano central?

Si aceptamos el punto de vista de Bartra, estos hechos nos deben parecer muy curiosos. Pero aún más curioso nos parece el hecho de que, al lado de esta tradición mexicana de *grandes théories*, se desarrolló otro tipo de investigaciones en el campo, investigaciones llevadas a cabo sobre todo por extranjeros. Si bien estos especialistas no siempre compartían las mismas inquietudes que animaban a sus colegas nacionales, por lo general aportaban una serie de datos —y a veces de conceptos analíticos— que hubieran podido serles muy útiles. A partir de 1955, por ejemplo, existe la sugerencia de Eric

Wolf, expuesta en múltiples artículos y en dos libros, que la estructura interna de las comunidades campesinas en México refleja los vaivenes del desarrollo capitalista exterior. En 1961, el antropólogo Manning Nash publicó un trabajo sobre la comunidad tzeltal de Amatenango, trabajo titulado “The Social Context of Economic Choice in a Small Society”. A pesar de su orientación voluntarista, esbozó de manera clara el sistema de estratificación económica que prevalecía en el pueblo. Este sistema, él lo relacionó innegablemente con la tenencia de la tierra y las desigualdades que habían surgido en tiempos posteriores. Y al final, refiriéndose a la economía capitalista preponderante, opinó que “Las comunidades como Amatenango se desarrollan bajo las fuertes presiones económicas de la sociedad dominante, o bien *por medio* de la extensión de lazos económicos con... sistemas sociales cuyas... instituciones coinciden con la capacidad de aprovechar o crear las oportunidades económicas” (1968: 321).

Cuatro años más tarde, en 1965, Nash volvió al tema de las comunidades campesinas. Profundizando las ideas de Wolf, propuso una explicación histórica de la ausencia de clases sociales en los pueblos indígenas. “La estructura política de la comunidad corporativa”, dijo, “fue establecida en lo esencial por los reglamentos españoles que gobernaban a la ‘República de indios’, pero la posición hostil y defensiva de la comunidad corporativa hacia la sociedad nacional más amplia fue causada por los acontecimientos económicos del siglo XIX, junto con una ideología (dominan-

te) que exigía la destrucción del indio, de sus culturas y de sus organizaciones sociales locales" (1970: 179).

Bajo estas condiciones, explicó, las mismas comunidades tomaron medidas —a través de sus cofradías y festividades— para integrar a todos sus miembros en una estructura impermeable e indestructible. Por este motivo, declaró, "las clases, agrupaciones de poderosos o grupos con intereses particulares encuentran un suelo inhóspito en la comunidad corporativa indígena" (1970: 179).

Una vez que aceptamos estos argumentos —y mis propias investigaciones históricas indican que son generalmente correctos— podemos comprender con mayor claridad la contribución que hizo Cancian a la antropología mexicana. A medida que los zinacantecos reorientaban sus actividades económicas hacia el arrendamiento en la tierra caliente, se iban creando en Zinacantan desigualdades y diferencias que pesaban mucho sobre las viejas instituciones corporativas. Algunos hombres, los más afortunados, lograron apropiarse de la jerarquía religiosa, que utilizaban para legitimizar su preminencia. Simultáneamente, como Cancian nos indicó en su segundo libro (publicado en 1972), estos hombres acumularon capitales que a menudo invirtieron en camiones y en el comercio. Aunque no presentó los datos sociales y políticos que pudieran completar este esquema, es evidente que tal grupo representa potencialmente una clase social dominante en el pueblo, o más bien, la extensión de una clase burguesa regional. ¿Y qué deci-

mos, pues, de los arrendatarios menos afortunados, los que, al producir tres veces más de lo que consumen, llegan a sus parajes con una porción mínima de sus cosechas? ¿Cuánto más es así para los jornaleros chamulas, quienes luego que se termina la cosecha zinacanteca se enganchan en las fincas cafetaleras del Soconusco? ¿No hubiera sido mejor que los investigadores nacionales, sin dejar de preocuparse por el análisis teórico, se preocuparan también por estos hechos?

De esta discusión se desprende la necesidad tajante de reconsiderar algunas de las verdades que creíamos más seguras. Tal vez ha llegado el momento para disminuir el ritmo con que se desarrollan las especulaciones teóricas, el momento en que concentramos de nuevo nuestros esfuerzos en la *praxis* de la investigación. Específicamente, es preciso examinar con especial cuidado cualquier teoría que pretenda desligar la vida campesina de aquel evento central de nuestra historia agraria: la ascensión del capitalismo en los últimos dos siglos. En este sentido, parece mucho más fructífera la contribución de Sergio de la Peña, publicada en el mismo número de *Historia y Sociedad* que estimuló el presente comentario: "... la heterogeneidad del capitalismo en América Latina", nos dice, "se expresa también en su preservación de vestigios de formas arcaicas de relaciones de producción, lo que ha conducido a algunos autores a encontrar modos de producción en cada comunidad, a postular ideas como la del colonialismo interno, a suponer la dicotomía de la dualidad en las sociedades latinoamericanas,

etc. En realidad, la esencia de un capitalismo depredador y brutal está vigente desde hace un siglo y ya para principios de éste no existen más modos de producción antagónicos ni no antagónicos, excepto en núcleos de tribus perdidas. Había terminado para entonces la violenta etapa de la acumulación originaria, y se iniciaba la de la operación plena de la ley del valor" (1975: 73).

Pero lo que estamos sugiriendo va mucho más allá de un simple cambio de enfoque teórico. Implica que busquemos una vez más la relación dialéctica entre la teoría y la práctica que debe animar todo pensamiento marxista. Esta relación, la describió de manera muy coherente Mao Tsetung, quien hace 40 años comentó que "La filosofía marxista considera que el problema más importante no consiste en comprender las leyes del mundo objetivo para estar en condiciones de interpretar el mundo, sino en aplicar el conocimiento de esas leyes para transformarlo activamente... El conocimiento comienza por la práctica, y todo conocimiento teórico, adquirido a través de la práctica, debe volver a ella" (1971: 326-327).

Entender al campesino no es tratarlo de reaccionario ni desear su proletarianización a través de las fuerzas superiores del capitalismo. Es vivir con él, hablar su idioma, aportarle nuestras reflexiones teóricas para que él nos instruya y nos critique. Sólo de esta manera lograremos nuestra meta principal: radicalizar las ciencias sociales, descentralizar la investigación científica y —hay que decirlo— desmistificar el

papel del investigador, *gurú* de un marxismo académico e insensible.

BIBLIOGRAFIA

- Gonzalo Aguirre Beltrán (1967), *Regiones de refugio, México*, (segunda edición, 1973).
- Roger Bartra (1974), *Estructura agraria y clases sociales en México*, México.
- (1975), "Sobre la articulación de modos de producción en América Latina", *Historia y Sociedad*, Segunda Epoca, Número 5, México.
- et. al. (1975), *Caciquismo y poder político en el México rural*, México.
- Edward Calnek (1962), *Highland Chiapas Before the Spanish Conquest*, tesis doctoral inédita, Department of Anthropology, University of Chicago, Chicago.
- Frank Cancian (1965), *Economics and Prestige in a Highland Maya Community*, Stanford, California.
- (1972), *Change and Uncertainty in a Peasant Economy*, Stanford, California.
- George Collier (1968), *Land Inheritance and Land Use in a Modern Maya Community*, tesis doctoral inédita, Department of Anthropology, Harvard University, Cambridge, Massachusetts.
- (1975), *Fields of the Tzotzil*, Austin, Texas.
- Julio de la Fuente (1964), *Educación, antropología y desarrollo de la comunidad*, México.
- (1965), *Relaciones interétnicas*, México.
- Sergio de la Peña (1975), "Acumulación originaria y el fin de los modos de producción no capitalistas en América Latina", *Historia y Sociedad*, Segunda Epoca, Número 5, México.
- Pablo González Casanova (1965), *La democracia en México*, México.
- Mundo MacLeod (1973), *Spanish Central America*, Berkeley and Los Angeles, California.
- Norman McQuown y Julian Pitt-Rivers (1970), *Ensayos antropológicos*, México.
- Manning Nash (1968), "The Social Context of Economic Choice in a Small Society", en Edward LeClair y Harold Schneider (1968), *Economic Anthropology*, Nueva York.
- (1970), "The Impact of Mid-Nineteenth Century Change upon the Indians of Middle America", en Magnus Mörner (190), *Race and Class in Latin America*, Nueva York.

Ricardo Pozas (1952), "El trabajo en las plantaciones de café y el cambio sociocultural del indio", *Revista Mexicana de Estudios Antropológicos*, Tomo XIII, Número 1, México.

— (1959), *Chamula, un pueblo indio de los Altos de Chiapas*, México.

— e Isabel H. de Pozas (1971), *Los indios en las clases sociales de México*, México.

Rodolfo Stavenhagen (1969), *Las clases sociales en las sociedades agrarias*, México.

Robert Wasserstrom (1974), "El desarrollo y las teorías de desarrollo en Zinacantan", conferencia dictada en el simposio "La civilización indígena en el mundo contemporáneo", San Cristóbal de Las Casas, agosto de 1974.

— (1976), *White Fathers and Red Souls: Indian-Ladino Relations in Highland Chiapas*, tesis doctoral inédita, Department of Anthropology, Harvard University, Cambridge, Massachusetts.

Eric Wolf (1955), "Types of Latin American Peasantry: a Preliminary discussion", *American Anthropologist*, Vol. 57, Número 3.

— (1957), "Closed Corporate Peasant Communities in Mesoamerica and Central Java", *Southwestern Journal of Anthropology*, Vol. 13, Número 1.

— (1959), *Sons of the Shaking Earth*, Chicago.

— (1970), *Peasant Wars of the Twentieth Century*, Nueva York.

Novedades bibliográficas

Sergio de la Peña

EL FANTASMA DEMOGRAFICO

J. M. Poursin y G. Dupuy, *Malthus*, Buenos Aires, Siglo XXI Editores, 1975.

En este pequeño volumen los autores han emprendido la nada fácil tarea de hacer una exposición sintética de las obras demográficas y económicas de Malthus. Esto es, la obra se dedica más a explicar las ideas del personaje que a su biografía. Para este efecto elaboran un relato ágil de la génesis de las ideas de Malthus, salpicado de referencias a las condiciones de su tiempo, que enmarcan brevemente resúmenes del contenido de las tesis malthusianas y la reseña de las sucesivas publicaciones donde se vertieron.

Los autores resaltan la diferencia, desprendida de la obra de Malthus, entre sus apreciaciones iniciales simplonas y descriptivas sobre la inminente catástrofe demográfica, y sus aportaciones posteriores de carácter económico, que son de mayor contenido científico. La síntesis que realizan de las ideas malthusianas es acertada y apasionada.

A este respecto debemos agradecer el entusiasmo de los investigadores Poursin y Dupuy por cuanto exponen y defienden con calor y convicción a su autor, con lo que imprimen vivacidad a su discurso.

Efectúan la exposición de las tesis demográficas con ojo crítico, por cuanto resaltan el peso exagerado que Malthus atribuyó a la ley de rendimientos decrecientes. Así quedan descripciones de una visión catastrofista basada en supuestos erróneos. En la segunda parte exponen su pensamiento económico y su discusión con Ricardo, y señalan la marcada orientación de las consideraciones económicas de Malthus hacia procurar un sustento teórico a sus apreciaciones poblacionales. La tercera y última parte del libro se dedica a una larga elaboración acerca del malthusianismo actual. Describen con acuciosidad el surgimiento en los años cincuenta de nuestro siglo de la preocupación por la "explosión demográfica", particularmente en las naciones ricas, sin aparente problema malthusiano, y cómo se transmite a los países subdesarro-

llados. Elaboran una refutación a las previsiones de Malthus con base en la formidable elevación de los rendimientos de la producción agrícola y de la productividad industrial, así como en los cambios en la fecundidad por efecto del desarrollo.

Una cuestión que tratan Poursin y Dupuy con acierto es la consideración malthusiana aplicada no a la famosa escasez de alimentos en relación al crecimiento de la población, sino a otros aspectos que se originan según los autores, en la expansión demográfica. Estos son principalmente los de la contaminación ambiental y aglomeración urbana. A este respecto llaman la atención a la contribución primordial que hacen los países industriales: mientras en los Estados Unidos el consumo de petróleo por habitante es 30 veces mayor que en la India, la contaminación por habitante es 50 veces mayor (p. 159). Ello los lleva a concluir que los países desarrollados son los que deben limitar su crecimiento demográfico y económico.

Debe resaltarse la acertada crítica que efectúan al famoso y banal modelo de Forrester sobre las limitaciones del crecimiento del mundo, y que tanto se ha utilizado de espanta-bobos.

Es una lástima que los autores no hagan consideración alguna de la poderosa influencia que en materia demográfica y contaminante tiene la forma de organización de la sociedad. Tal como está, permite una lectura grata y una introducción a las ideas de uno de los grandes pensadores del siglo XIX.

SOBRE LA TEORIA DE LA REVOLUCION

J. S. DRABKIN, *Las revoluciones sociales*, México, Ediciones de Cultura Popular, 1975.

La recopilación que forma el libro se integra con el documento del trabajo presentado por Drabkin para su discusión en el Instituto de Historia Universal de la Academia de Ciencias de la URSS y con los comentarios de los participantes a la discusión metodológica y conceptual. El resultado es un texto que es notable por lo heterogéneo de los temas tocados, por el elevado nivel teórico del intercambio efectuado y por la riqueza de ideas interpretativas, políticas y desde luego conceptuales y metodológicas que aportaron todos los participantes.

La discusión de la teoría de la revolución demanda dilucidar una gran diversidad de cuestiones de interpretación histórica. Entre éstas resaltan algunas como la delimitación de la época de las revoluciones sociales; la periodización de la historia a este respecto; el grado y forma como cada revolución destruye al sistema anterior, entre otras. Pero todo esto no es, en el caso del marxismo, una preocupación solamente académica, sino que constituye un elemento fundamental en el quehacer político. De aquí la derivación inmediata a los temas de las condiciones, y de las vías de la revolución, del papel de las clases sociales y de los Estados, de las etapas y del grado de inevitabilidad de las revoluciones, de las formas y organización de ellas.

Se enfrentan cuestiones tales como el papel de las reformas, según diferentes circunstancias, en la preparación del terreno de la revolución y la manera como se distinguen estas acciones del "reformismo", en tanto política de apaciguamiento social. Otro de los numerosos temas de vital importancia que se tratan, aun cuando brevemente, por el expositor inicial y por los comentaristas, es el de las clases sociales, del papel del dirigente y el de la participación de clase medias.

Se hacen comentarios sobre numerosos ejemplos y casos, tales como la revolución soviética y el de la fallida revolución alemana de 1918 y las causas probables del fracaso.

Naturalmente surgen los temas de las nacionalidades, el de la teoría del "eslabón más débil" para explicar la razón de que la revolución surja en países que no son los más adelantados, el del papel del campesinado y de su potencial revolucionario.

Una cuestión de central importancia es el tratamiento que varios de los comentaristas le dan al problema de las vías al socialismo. El contenido de las revoluciones, dicen varios de ellos, inevitablemente cobra referencia a características históricas del desarrollo nacional, principalmente el grado y forma de avance de las luchas de clases y el contenido de la estructura de las clases sociales.

En síntesis, tenemos ante nosotros un pequeño libro de gran contenido teórico que recoge una rica diversidad de comentarios de especialistas en el tema. Su lectura constituye un estímulo a la imaginación y una aportación a la dis-

cusión sobre la teoría de la revolución.

CAPITALISMO AVANZADO Y EXPLOTACION

Harry Braverman, *Trabajo y capital monopolista*, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1975.

El tema de extraordinario interés que trata Braverman ha sido poco atendido por los investigadores marxistas. Em- prende en esta obra planteamientos iniciales acerca de la explotación del trabajo a través de la organización de procesos, división del trabajo, su calificación, educación y distribución por tipo de empleo y sectores de actividad, en el caso de los países más representativos del capitalismo.

Al autor le preocupan fundamentalmente los problemas de enajenación y el de la liberación del trabajo. De aquí el acento en cuestiones tales como las formas de control que se han desarrollado en la empresa moderna, la organización de los procesos productivos, la fragmentación de movimientos para lograr que continuamente se degrade el trabajo mediante el expediente de hacerlo cada vez más simple (y más barato). En consecuencia, presta intensa atención al surgimiento del "taylorismo" y las formas como sigue siendo una orientación fundamental en la organización del trabajo y en el diseño técnico de instrumentos y procesos de producción.

El libro, de más de 500 páginas, es un admirable esfuerzo por cubrir una multitud de temas, todos ellos de central importancia para su investigación. A lo largo de su exposición muestra

una notable erudición enciclopédica de información referente al tema, y que logra introducir con oficio.

Contiene el libro capítulos de excelente factura, con aportaciones de gran interés. Las referencias a las concepciones administrativas de Taylor y el grado de aceptación de las ideas de este notable innovador en las formas de intensificar la explotación del trabajo, son de primera importancia. Lo mismo las partes en que intenta demostrar que es una falacia la afirmación de que ha tenido lugar un aumento general de la calificación de la mano de obra y una elevación de los conocimientos técnicos del trabajo, destacan por sus planteamientos y manejo de una monumental información.

Resulta de gran acierto el esfuerzo de Braverman por vincular el análisis marxista sobre la explotación del trabajo y sobre los efectos globales de los cambios históricos por el desarrollo del capitalismo, con las formas de administración y organización de los procesos productivos. El esfuerzo es exitoso, por cuanto a partir de consideraciones de categorías que se refieren al conjunto de la formación económica y social capitalista (excedente económico, Estado, capitalismo monopolista) establece consideraciones acerca de la manera como se introducen formas de explotación cada vez más crudas mediante la parcelación de los procesos productivos. Es de lamentar que no haya considerado también la contrapartida, o sea la expresión correspondiente a las luchas de las clases explotadas para combatir estas tendencias. Estas

luchas, que han tenido diverso grado de éxito, constituyen la respuesta a las tendencias "tayloristas" que el autor pone en descubierto, lo que ha logrado la reducción de jornadas de trabajo, vacaciones, exigencias de educación y esparcimiento, así como el freno a la división del trabajo. Con ello habría evitado la apariencia al considerar que han sido totalmente pasivas las clases explotadas desde la implantación del modo de producción capitalista hasta la fecha.

En este excelente libro resaltan, en contraste, cuestiones que sorprenden por su concepción, por su tratamiento y aun errores conceptuales. Veamos las más notables:

La "Introducción" es una larga parrafada en contra de la URSS y de los países socialistas (excepto China y Cuba), porque, según el autor, han adoptado procedimientos de trabajo similares a los capitalistas, "enajenantes". Esto lo conduce a afirmar que no existe socialismo en ninguna parte, en el sentido clásico marxista (p. 35). Empero el autor sólo efectúa descripciones y afirmaciones al respecto. No sustenta su crítica en una concepción clasista, sino que considera en el vacío al "caso" soviético. De su crítica se desprende que presupone que toda sociedad puede optar, en todo momento y condición, por cualquier forma de organización del trabajo y por la tecnología de los procesos productivos sin limitación alguna.

Tal vez lo más grave es que en su argumentación sigue un procedimiento

tramposo por cuanto, en la "Introducción", hace una condena superficial al socialismo "inexistente", pero en su libro *no trata sobre esta forma de organización social*. Es decir, con base en la crítica al capitalismo monopolista, que desarrollará en su obra, y del supuesto arbitrario de que la situación es la misma en los países socialistas, pide al lector hacer extensiva la condena al socialismo.

Por otra parte, se encuentran varias afirmaciones contundentes y equívocas, de las que veremos algunas muestras. Por ejemplo, dice el autor la barbaridad de que "La conciencia de clase es ese estado de cohesión social reflejado en la comprensión y las actividades de una clase o una porción de una clase..." (p. 43). Más adelante afirma que el taylorismo es la verbalización del modo capitalista de producción (p. 107), esto es, reduce al modo de producción a un sentido técnico por cuanto a pesar de que la administración del trabajo sea reflejo de muchas cuestiones, no deja de ser sólo un método de organización y control de los procesos productivos. Un error conceptual notable que comete es el considerar como sinónimos al capitalismo financiero, imperialismo, neocapitalismo, capitalismo tardío y capitalismo monopolista (p. 291), confundiendo todo.

En el tratamiento que hace Braverman de los conceptos de trabajo productivo e improductivo introduce errores fundamentales: supone que es productivo todo el trabajo sujeto a salario y bajo explotación comercial, o sea mete en un solo grupo a un núcleo enor-

me y distinto de trabajadores, lo que es inútil para los propósitos del análisis marxista. Es decir, elimina de golpe la posibilidad de hacer un examen clasista del problema de la administración del trabajo, y desde luego, el autor no lo intenta. Por ejemplo, considera que la pequeña burguesía (propietarios que trabajan por su cuenta, los llama Braverman), es no productiva porque su trabajo no se intercambia por capital, y además, ¡porque están fuera del modo de producción capitalista! (p. 471). No se mete al problema de las clases, pero la anterior afirmación hace suponer que el autor considera que la pequeña burguesía no es clase social del capitalismo.

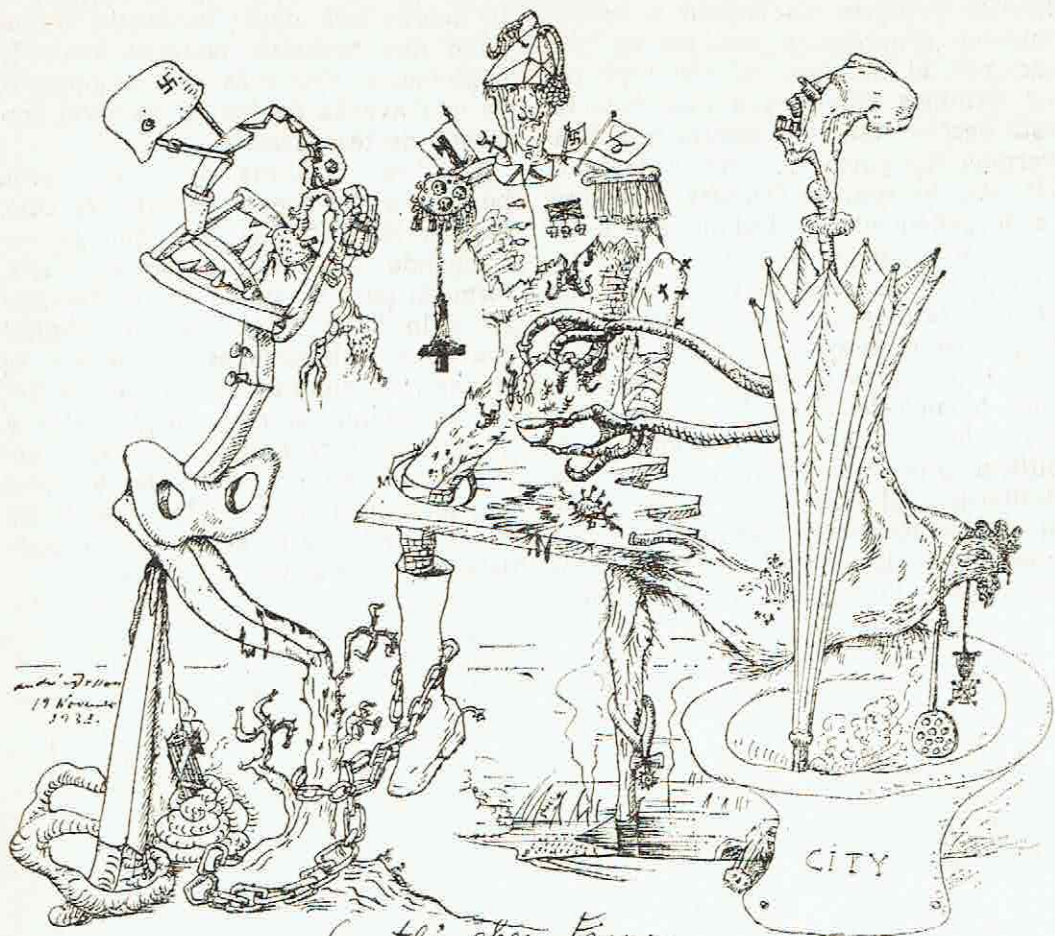
Braverman insiste en varias partes de su libro en su repugnancia por las definiciones, ya que las considera estáticas y rígidas (por ejemplo, p. 434, "...ésta, como todas las definiciones, está limitada debido a su carácter estático"). Se comprende su resistencia a usar conceptos por la frecuencia con que lo traicionan. Por ejemplo, dice que "...la clase obrera vive una existencia social y política propia, fuera de la férrea dirección del capital" (p. 433). Poco después se contradice cuando se atreve a definir a la clase obrera, sugiriendo que no tiene tanta autonomía como había afirmado primeramente.

La demostración que emprende el autor acerca de la falsedad del avance de los conocimientos generales de la población trabajadora es menos convincente de la que elabora para mostrar que el trabajo simple se extiende

cada vez más por efecto de la división del trabajo. En rigor, de su argumentación se desprende que no parece que el obrero que hace un trabajo simple actual se encuentre en condiciones iguales o peores en cuanto a conocimientos generales y productivos que, digamos, el de hace 50 años, ya sea en términos absolutos o relativos. En esta sección también resalta que Braverman no parte de una concepción clasista, lo cual lo conduce a separar inadecuadamente al trabajo según estratos y a ignorar el proceso de integración de sectores de técnicos y aun administrativos que van efectuando trabajos menos complejos. En cambio, señala con acierto la permanente formación técnico-científica de especialistas, parte de los cuales se dedican a simplificar procesos para hacer avanzar a la división del trabajo. Es decir, ignora la doble tendencia permanente que consiste en la simplificación de procesos para incorporar trabajo simple

(que es cada vez más complejo), acompañado por el avance científico del trabajo complejo, el que se sujeta a la simplificación en cuanto se implanta en forma de procesos productivos. Por lo demás, esta doble tendencia no supone que necesariamente se alivie la explotación, sino más bien lo opuesto, ya que avanza dentro de un nivel creciente de tecnificación.

El libro se forma, de esta manera, por dos partes separadas entre sí. Una, que es la "Introducción", que no corresponde al libro y lo degrada. Otra, formada por un estudio que se desarrolla a lo largo de cientos de páginas con ricas elaboraciones, en las que se encuentran algunas sorprendentes fallas conceptuales. A pesar de éstas y de los discursos antisoviéticos que debilitan a la obra, es sin lugar a dudas una lectura obligada a los interesados en el estudio de la explotación capitalista y en otros temas afines.



Le thé chez Franco

El té en casa de Franco, 1938

SUPLEMENTO

Homenaje a Juan Rejano



Prólogo y selección de René Avilés Fabila
y Gerardo de la Torre

Viñeta de Elvira Gascón.

A la hora exangüe pagaré mi tributo
final, y sin un grito ni un rencor me iré. En tanto,
apasionadamente espero. Y sufro.

Juan Rejano.

Apuntes sobre la vida y obra de Juan Rejano

La guerra civil de España terminó el 6 de marzo de 1939, con la toma del poder, en el lado republicano, por la Junta que encabezaba el coronel Casado. Pocos días después, la Junta abandonó las posiciones militares y el franquismo se adueñó de toda España. Se iniciaba el exilio, el largo y doloroso exilio que llevó a tantos grandes españoles a morir lejos del suelo por el cual combatieron con trágico heroísmo.

En el exilio se exacerbaban las controversias. Mientras duró la guerra, los partidos republicanos procuraban ocultar sus diferencias, suavizar las fricciones y evadir, en nombre de la unidad contra el franquismo, los enfrentamientos ideológicos. Una vez llegada la derrota, entre los que ayer fueron aliados, las discusiones se hicieron violentas, surgieron los reproches, las justificaciones, la denuncia, los tonos acusadores. En todos los emigrados latía, es cierto, la pasión por España; en todos alentaba la esperanza del regreso a la patria en un plazo más o menos corto. Sin embargo, a medida que pasaron los años y el régimen de Francisco Franco, en vez de debilitarse, se hizo fuerte, comenzó a morir la ilusión y en muchos casos hubo abandono de la militancia política. ¿Para qué seguir luchando? España estaba definitivamente perdida para el republicanismo o lo que éste quiso significar: la libertad, la democracia.

Por fortuna no fue así siempre, no fue así en Juan Rejano.

Juan Rejano (nacido en Córdoba, España, en 1903), desde muy joven se afilió al Partido Comunista de España. Cuando hizo su servicio militar en Marruecos ya era miembro del Partido y en el territorio africano recogió testimonios contra el colonialismo y contra el servicio militar. Por esa misma época se conforma su vocación de revolucionario, vocación a la que, como a la poesía, jamás iba a abandonar.

Rejano combatió durante toda la guerra civil, desde los primeros hasta los últimos disparos, y al término de ella partió al exilio junto a los mejores hijos de España. Lo aguardaban los campos de concentración para refugiados; después México lo recibió. Mientras tanto el mundo temblaba ante el poderío de los nazifascistas que amenazaban con destruirlo todo.

"Nadie escapó a la catástrofe —escribió al respecto Juan Rejano en un libro sobre la pintura de Antonio Rodríguez Luna. Y no me refiero sólo a las consecuencias físicas y materiales, que fueron dolorosísimas: me refiero también, y muy especialmente en este caso, a las otras, a las consecuencias que dejan en el alma un desgarrón difícilmente restañable. Buena parte de estas últimas afectó a los artistas, a los escritores, a los intelectuales de diversas disciplinas, que por razones de sensibilidad y como testigos, cuando no de actores, de la tragedia, vivieron con una especial intensidad de espíritu, pudiéramos decir, con una receptividad moral muy aguzada, aquel violento proceso en que los valores fundamentales sobre los que descansa la vida humana fueron atacados arteralmente, lo mismo desde dentro que desde fuera del país, y al fin estrangulados. Aquellos hombres vieron abrirse, primero, junto a la llama de los héroes, las horas de esperanza que nutre la epopeya, y vieron llegar después las horas de la derrota y la dispersión. Nadie sabe lo que es haber contemplado a un pueblo en sus jornadas de gloria, con la frente casi tocando el alba cercana, y verlo después aplastado por una muralla de sombras. Nadie sabe lo que es abandonar por la fuerza el suelo de la patria después de haberlo defendido, durante tres años, frente a las peores confabulaciones."

Con este párrafo magistral, dramático, Rejano ofrece la visión dantesca de la diáspora española, la huida obligatoria hacia Chile, hacia México, hacia Argentina, hacia cualquier lugar donde los recibieran. Los republicanos españoles vivieron las horas amargas de la derrota, horas amargas que se transformaron en largos años y que hasta el momento siguen ensombreciendo sus vidas o los féretros de los que han ido cayendo en estas tres últimas décadas. La tragedia española continúa avergonzando a la humanidad, es una mancha que nada ni nadie podrá borrar. Estará ahí siempre, recordándonos que vivimos "en un mundo que parece movido sólo por el odio y la agresividad", según palabras del propio Juan Rejano, inalterable ante el infortunio, hecho de una

sola pieza para la lucha, enfrentando con optimismo las peores adversidades, sólo con la confianza en el socialismo, en que el futuro de España será republicano nuevamente.

La tarea que hoy nos ocupa, presentar alguna selección del material poético de Juan Rejano, es a la par injusta e ingrata. Injusta porque se trata de rendir un homenaje tardío que Rejano debió recibir muchas veces en vida. Ingrata porque resulta doloroso escribir del hombre, del poeta, del militante, del amigo, del maestro, del ser sensible incapaz de vivir para él, que siempre tuvo la inalterable idea de trabajar para su hermano el hombre, que ha fallecido en plena fecundidad, en plena lucidez, antes de ver cumplidos sus anhelos de regresar a España, por la que luchó intensamente toda su existencia y a la que no pudo volver a pisar. La vida de Juan Rejano es la vida de la España contemporánea: las transformaciones sociales, la revolución, la república, la guerra contra el fascismo, la derrota, el doloroso exilio, la larga noche del franquismo... Cada uno de estos momentos, Rejano los sintió apasionadamente, sin dejar de combatir, de escribir, sin dejar de proporcionarnos su generosa ternura, de darnos lo que estaba al alcance de su mano o más lejos. Quienes tratamos a Juan, estamos plenamente convencidos, fuimos sus hermanos, sus hijos; sabía obligarnos a quererlo, a respetarlo. De su conducta brotaba la firmeza del verdadero revolucionario, del auténtico artista. Juan Rejano, como todos los grandes hombres, ganó a pulso el derecho a ser recordado, a permanecer para siempre en la tierra, a la que amó y a la que quiso transformar positivamente.

Pero Juan Rejano combatía, combatía diariamente, unas veces lo hizo con las armas, otras con la palabra. Su lucha era titánica y tenía que robarle tiempo al descanso para dedicarlo a la poesía. Poeta disfrazado de guerrero, revolucionario fogueado que temblaba de emoción ante una buena pintura, ante una gran novela, que al morir nos lega poemas de una finura asombrosa, de alas quebradizas al tacto, de sonoridades mágicas y evocaciones gongorinas, ante los cuales debemos inclinarnos. No hay duda que su modestia y su infatigable tarea política ocultaron a las nuevas generaciones al poeta, al autor de un puñado de libros notables (hoy felizmente reunidos en un solo volumen, *Alas de tierra*, editado por la UNAM), en ellos aparecen los poemas de un hombre de acción, pero también los de un artista, las preciosas obras, finamente labradas, pertenecientes a la mejor orfebrería literaria

del castellano. A Juan Rejano, verdadero internacionalista, le dolían las tragedias del mundo, de la misma manera que le regocijaban los triunfos del socialismo, los avances logrados por los comunistas. Si bien lloraba por España o por Chile (donde agonizaba su amigo Pablo Neruda), sabía reír alegremente —dejando al descubierto la blanca dentadura que contrastaba con su piel morena— al recordar que las ideas del marxismo obtenían terreno. Y que si ayer sólo era la URSS, hoy son Vietnam, Cuba, Alemania Democrática... Y dejó constancia de ambas situaciones en sus poemas, así como utilizó los versos para homenajear a sus hijas, a su madre, a su España, a sus ideas, a sus camaradas...

Pocas veces en la historia de la poesía contemporánea, la obra literaria está tan íntimamente ligada a la actividad del militante, del luchador, del comunista, como en Miguel Hernández, en Rafael Alberti, en Juan Rejano, en Pablo Neruda, en Nicolás Guillén. Esta actitud que a muchos otros los condujo al fracaso estético, a Juan Rejano ("uno de los poetas más representativos de la España peregrina", ha dicho Luis Rius) lo fortaleció y gracias a su enorme talento, a su inmensa sensibilidad, a su gran cultura, fue capaz de escribir poemas en los cuales van de la mano los valores artísticos y el compromiso político bien entendido. Rejano, como los otros poetas citados, demostraron que es posible fusionarlos, que no son antitéticos como han pretendido los escritores burgueses, que pueden coexistir, y que entonces la obra de arte es más cabal, más profundamente humana, más duradera y útil al hombre. En las delicadas y bellas imágenes poéticas de los versos de Juan Rejano, hay siempre un mensaje de aliento, de estímulo; existe también la áspera crítica, pero sin caer en lo panfletario, en lo obvio, en la metáfora gastada. De ahí que su poesía, la poesía de Rejano, sea un acabado ejemplo de lo que puede hacerse cuando la chispa del genio alienta la tarea que casi parecía imposible de efectuar: la reunión de los mejores elementos políticos con la magnificencia de la forma.

Durante los momentos dolorosos del sepelio de Juan Rejano, vimos desfilar ante el ataúd gris, cubierto con las banderas de la España republicana y del Partido Comunista de España, a muchos de sus amigos profundamente afectados: Luis Buñuel, Pablo González Casanova, Wenceslao Roces, Arnoldo Martínez Verdugo, Valentín Campa, Francisco Martínez de la Vega, Luis Suárez, Andrés Iduarte, Adolfo Sánchez Vázquez, Rubén Bonifaz Nuño, Luis Cardoza y Aragón... Pero también

estaban, igualmente conmovidos, muchos jóvenes, escritores, frecuentemente marginales, de oposición, de actitud crítica al sistema, formados con la ayuda de Juan Rejano. He aquí un aspecto que no debemos olvidar. De la misma manera que se ocupara de la actividad política y del quehacer poético, de esa misma manera ayudaba a los escritores que se iniciaban, primero desde *Romance*, luego desde las páginas de un modesto suplemento periodístico que por largos años dirigió poniéndolo al servicio de los autores que despegaban el vuelo o de quienes, por sus actitudes rebeldes, no tenían cabida en otros sitios. "Con Juan Rejano —escribió Humberto Musacchio, uno de los intelectuales que ayudó a formar—, muchos jóvenes llegamos a encontrar nuestra vocación genuina. Gracias a él, se afirmó el amor por la literatura en muchachos que pergeñaban con más gana que conocimientos los primeros versos o cuentos incipientes. Muchos fueron apartados de la creación literaria ante el consejo del viejo sabio que entendía más del asunto. A otros los estimuló con amplitud para que persistieran en la tarea. El gitano de hondura en el gesto, de dureza en el rostro, tenía el alma blanda con todos los jóvenes. Era una especie de padre comprensivo que también abría el bolsillo, nunca abundante, para repartir en lo posible sus monedas y mostrarse solidario con quien lo necesitaba..."

Esta faceta mostrada en anécdotas semejantes que circulan por ahí, no es menos importante. Juan Rejano desbordaba generosidad. De ahí su trabajo, su militancia, su poesía, era lo que él podía ofrecerle a la humanidad. En *El libro de los homenajes* (1961), Rejano dice: "En nuestros días, tan llenos de crueldad, es cada vez menos frecuente que los poetas consagren una parte de su canto a celebrar la obra o el resplandor humano de sus camaradas. El mundo que nos rodea está hinchado de pobre adulación, pero no de sinceridad ni, menos, de generosidad. Yo, mero aprendiz de ruiñón, como el inolvidable maestro, he procurado guardar un poco de ternura en medio de las agresiones que cada día sufrimos, y en estas páginas la derramo, doliéndome que no pueda llegar a todos aquéllos a quienes mi amistad alcanza." Inútil seguir hablando de la generosidad de Juan Rejano, ahora sabemos sus causas. En las líneas anteriores está suficientemente aclarado. Sólo habría que añadir que la lucidez de Rejano también abarcó esta extraña cualidad en un medio canibalesco: el poeta, el revolucionario, el hombre bueno, fue-

ron partes de un todo que siempre actuó por convicción, por serena reflexión.

Cuando llegó a México, Rejano ya había publicado algunos ensayos sobre poesía y tenía algunos poemas en el pecho. Aquí, en nuestro país, fue donde produjo la mayor parte de su obra de excepcional calidad. Esto nos llena de orgullo y a la vez nos apena que su voz no se haya escuchado plenamente donde debiera: en España. Su poesía alucina al lector y la figura de Rejano se agiganta hasta alcanzar las más altas cimas. Pero no abandonó la política por la poesía ni la poesía por la política. El poeta también fue un militante. Hasta el último de sus días, Rejano fue miembro del Comité Central del Partido Comunista de España. Hasta el último de sus días, Rejano vivió con la esperanza de volver a su patria y contribuir a despojarla de los grilletes. Hasta el último de sus días nos iluminó la llama del poeta. Juan Rejano falleció dejando planes truncos y páginas en blanco. Su muerte nos duele, como nos ha dolido la tragedia de España que él simbolizaba junto con otros; pero nos da valor el recordar su fuerza, su fe en el socialismo, su pasión por la literatura. Nunca fue un derrotista, siempre tuvo el optimismo del que sabe que su lucha es justa y no será en vano. De ello que su vida sea nuestro ejemplo más digno y hermoso. Y cuando nos digan que Juan Rejano, "lleno de melancolías, y de rumores", como lo calificara Pablo Neruda en 1942, ha muerto, nosotros diremos que también para afrontar la salida de la vida estaba preparado y recordaremos que Juan Rejano había escrito:

*Murió con tanta alegría,
que al acercarse la muerte,
la muerte palidecía.*

Siempre lo recordaremos, llorando su pérdida. Irreparable. ¿Dónde habrá otro hombre como él?

Nos queda su poesía, porque

Hay canciones más hondas que la muerte.

La selección de poemas de Juan Rejano es como todas las selecciones, el ejemplo de lo arbitrario. Hemos querido dar una idea de lo que es su obra poética y, por desgracia, hemos dejado, por falta de espacio, versos bellísimos; asimismo hemos dejado fuera fragmentos que nos mostraran al Rejano prosista, al hombre de ideas, al militante marxista. Otros cubrirán este hueco. Nosotros, llevados por la emoción, por el amor más grande, nos limitamos a dar algunos puntos de vista sobre el Rejano que conocimos a lo largo de diez años y a dar un ejemplo limitado de su poesía. Muchos encontrarán que la antología no es justa ni correcta. A ellos les decimos que tienen razón, que simplemente colocamos los versos con que Juan Rejano logró sacudirnos o hacernos llorar, los versos que llanamente nos gustaron y que jamás pensamos en analizar con objetividad; esta última es una cualidad que la literatura desconoce.

Los poemas seleccionados en el presente homenaje han sido tomados del libro *Alas de Tierra*, UNAM, México, 1975, que reúne gran parte de la producción poética de J. Rejano.

LA TIERRA Y LA SANGRE

PRIMERA ELEGÍA ESPAÑOLA

I

DESNUDA tierra donde está mi sangre,
desnuda tierra mía encadenada,
de caminos que lloran a sus hombres,
de olivos y silencios con raíces hermanas.
Tierra ya de cristal y sombra pura
cuya piel sosegada
es un fanal que guarda y transparenta
sus huesos y sus llantos igual que un agua amarga.
Yo te siento llegar, buscar mis ojos
y anegarlos de dulces, verdes ramas
que son huellas tan sólo, ecos perdidos
entre columnas de ceniza y lava.

Sobre la arena errante de mi cuerpo
tu cuerpo se desgrana
con reflejos de azufre y duro aceite,
desangrándote en nieblas desmayadas.
Te asomas y te alejas, me persigues,
te escondes por espacios sin ventanas,
te busco el corazón y me devuelves
cadáveres, silencios, olvidos de pisadas,
deshabitados cauces,
derrumbadas espaldas,
rebaños como turbios ríos de espectros,
espectros como piedras deshojadas.

Quiero a veces huir, huir a donde
la memoria está exhausta
y sólo es un acorde suspendido
sin ayer ni mañana;
huir a donde el hombre anida con el sueño
más allá del espejo en que se abrasa,

más allá de la duda,
más allá, más allá de la esperanza.

Ya no puedo ser niño, ya no puedo
deslizarme en la edad, ser como un agua
que atesora en sus linfas un destino inmutable,
ni descender tampoco la montaña
que nos lleva hacia el límite y el eco.
Soy como un ave inmóvil en el espacio anclada,
en este oculto espacio de agonía
que me obliga a agotar mis propias ansias;
soy una sed que se devora y nace
sobre un helado mar ya sin entrañas.

Envuelta en hondos velos de silencio,
bajo un cielo de muerta espuma avanzas
sin tregua, con los ojos
como dos secos pozos llenos de noche plana.
Avanzas y me inundas, me desbordas,
trasponiendo mi pecho, horadando mis palmas.
¿Eres, desnuda tierra, un viento hueco,
una cruz moribunda, un inútil fantasma?
A orilla de tu sombra y de mi angustia
una laguna su horizonte clava,
una laguna de callada cera,
para el sol, invisible; para el hombre, lejana.

CANCIONES
CON LA MUERTE EN TORNO

1

SE muere una sola vez.
O se muere tantas veces,
que no se llega a nacer.

Morir . . . cuando descansemos;
pero, mientras, que la muerte
no nos lleve a su terreno.

Que del nacer al morir
la distancia no es muy larga,
pero es dura de cubrir.

Cúbrela el hombre de hazañas.

2

LA muerte,
la muerte va por España.
Se asoman a los balcones
a verla sombras y llamas.

Sombras negras,
blancos niños.
(El hombre vive en la sangre.)
La muerte va como un lirio.

Como un lirio,
va como un lirio la muerte,
huyendo de los que busca
porque al buscar los encuentre.
Y al final los encontró.
Ya no era muerte la muerte,
que era una alucinación.

3

I

TAN cerca estaba la muerte
de mi cuerpo,
tan distante del recinto
de mi sueño,
que la muerte y yo anduvimos
largo tiempo,
como el árbol y la sombra
que crecieron
sobre la raíz del aire
sin saberlo.

II

ENTONCES yo te sentía
sin temerte;
ahora que ya no te siento
por mis sienas,
llegas, muerte, a despertarme,
vas y vienes
por mi angustia, muerte, subes
las paredes
de mi noche, y en su orilla
te detienes.

Mas ni mi cuerpo se nubla
ni tu frente resplandece.

4

I

VOZ DE LA MUERTE

*A VOCES te estoy llamando,
a voces te llamaré,*

*hasta que no sepa cuándo
ni dónde te encontraré.*

VOZ DE LA ESPERANZA

ME encontrarás mirando
los verdes ríos,
los árboles que sueñan
con nuevos nidos.
En las montañas,
mirando las estrellas,
las noches claras.

Me encontrarás a orillas
de un sueño hermoso,
con el sol de la mano,
la fe en los ojos.
De amanecida,
me encontrarás cazando
vientos y risas.

¡Ay, turbia voz!
Mis ramas están llenas,
llenas de flor.

II

VOZ DE LA MUERTE

*A VOCES te estoy llamando,
a voces te llamaré,
hasta que te vea sangrando
y en sombra tu sangre esté.*

VOZ DE LA ESPERANZA

Me verás entre nubes
de tierra y fuego,
buscando aquel camino
que llevo dentro.

Pero mi sangre
será luz, será llama
dentro del aire.

Me verás sobre un lago
de orillas negras,
con un vuelo de juncos
por mis riberas.
Sólo los juncos.
Pero en mis soledades
qué ardientes muros.

¡Ay, turbia voz!
Como una roca espera
mi corazón.

III

VOZ DE LA MUERTE

*A VOCES te estoy llamando,
a voces te llamaré,
hasta hallar agonizando,
desesperando, tu fe.*

VOZ DE LA ESPERANZA

Ya agonizo y no muero,
que agonizando,
alamedas de insomnio
viví cruzando.
Por mi agonía
un venero de vidas
amanecía.

Ya agonizo y no caigo,
que están mis venas
más altas que tus alas
y tus cadenas.

Muere el que ignora.
Yo sé lo que mi frente
pide a la aurora.

¡Ay, muerte, ven!
Ven y muere en la hoguera
que arde en mi sien.

5

(El miliciano muerto)

MURIÓ con tanta alegría,
que al acercarse la muerte,
la muerte palidecía.

¡Qué tiernas hojas de sangre
le brotaban! ¡Qué valor!
En el pecho le cantaban
pájaros de miel y flor.

La muerte lo contemplaba
con ojos de vida duda
y los huesos se le helaban.

¡Cómo volaba su frente!
¡Qué despertar al morir!
Entre sus ojos y el aire
una escala de marfil.

Murió con tanta alegría,
que la muerte, por los campos,
de su propia sombra huía.

6

¿QUIÉN ganará la otra orilla?
Delante se duerme el agua,

detrás la sombra vigila.
¡Ay, ojos que no anohecen
porque a la mañana miran!

Por el Ebro abajo va
una barca de ceniza.
La muerte lleva el timón,
los remos, la noche misma.

—Sube a mi barca, soldado,
te llevaré a la otra orilla.
—Tengo yo un puente en mi sangre
por donde iré más aprisa.

En el nido del silencio
el plomo sin eco ardía.
El corazón del sigilo
volaba sobre la brisa.

Al alba, los puentes nuevos
como brazos se tendían.
Al alba, la sangre joven
gritaba ya en la otra orilla.

La muerte, lento cadáver,
estaba a sus pies tendida.

EL GENIL

La mano de Genil puso en tu mano

Pedro Espinosa

¿EN DÓNDE estará mi vida,
en el río que pasó
bajo mis ojos, un día,
o en el que se hizo canción
tras de esta mar infinita?

*¿El río es vida o es muerte?
¿Mi sangre es río o es mar?
¿Dónde acabará su curso
y cuándo, yo, de soñar?*

1

Desde Granada hasta Palma,
qué caminar por los cielos,
Genil,
qué cielos los de tus aguas
tan ligeros.

En Loja eres la mañana,
el mediodía en La Puente,
la tarde en Écija llana.

Donde quieres sabes ir,
donde quieres,
y te mueres
por ir al Guadalquivir.

2

¡Y qué verdes tus orillas!
¡Qué tierna tu tierna voz
por entre juncos transida!

Si por la vega florida,
un rumor:
un alboroto de linfas
entre zarza y ruiseñor.

¡Qué suspirillos de amor
al pie de la serranía!

3

El agua de los domingos
es azul como los cielos,
como los ojos de un niño.

Azul, azul.
—Entre el cielo y el agua,
¿qué buscas tú?

—Busco a mi amante.
Tiene los ojos azules,
lleva en la boca un diamante.

—No lo hallarás.
Tu amante es ya marinero:
se fue por el río al mar.

4

En el aire frío
ruedan las hojas doradas
que van al río.

—Cuando llegue otoño,
me dijiste un día,
ve a buscarme
a la orilla.

Ya estoy aquí.
Tú estás muy lejos, y el agua,
gris.

El agua, como el otoño,
y una sombra entre nosotros.

5

La tormenta
dejó sin risas la tierra.

Dejó en el río
la sangre
de los árboles heridos.

Roja corriente
que entre sus brazos arrastra
la simiente
del esfuerzo y la esperanza.

Agua de dolor,
por las venas de la tierra,
que nunca va al corazón.

Al corazón que la espera.

6

A la media noche,
el río sueña que sube
por las espaldas del monte.

Que va subiendo
por el monte, por el aire,
por las llanuras del cielo,

¡Que se convierte en lucero!

7

Yo a nado, tú en una barca.
Los dos sobre el río verde,
perdidos en la mañana.

(Sobre el cristal el reflejo
de tu falda.)

¡Ay, quién fuera pez de plomo
para irse al fondo del agua!

¡Para irse contigo al fondo!

8

También yo tuve niñez.
Soñó, creció, junto al río
y por el río se fue.

¿A dónde, a dónde, amor mío?

9

Hortelana del Genil,
si yo me volviera noria
y pudiera subir agua
a la granada entreabierta
de tu boca . . .

Si me volviera, hortelana,
árbol de ramaje espeso
para darle sombra al tallo
de tu cuerpo . . .

Si yo fuera
agua fresca y sombra pura,
¡hortelana!

I

UN pájaro de miel
 está dormido
 en tus ojos.

Desde los míos
 otro pájaro —insomne—
 lo acaricia.

II

Sobre tus hombros
 la mañana
 desciende,
 cabellera disuelta
 en esplendor.

Espigas de oro
 danzan
 en tu espalda
 movidas por la brisa.

Escondido en la luz
 —azor furtivo—
 mi corazón
 te acecha
 y se consume.

III

Isla
 de calientes arenas,
 tu cintura
 rodeada está siempre
 por las aguas amargas
 de mi insomnio.

IV

Horas
en que la noche,
fruto apagado,
esparce
sus cenizas.

Sólo tú resplandeces.
Sólo
el ascua incesante
de tus labios,
tus dos copas
redondas,
 tu secreto
clavel.

V

Abres
en el espacio
en que te mueves
una cauda de luz
y otra
de sombra.
 En medio,
una imprecisa rosa
de ansiedad.

Pasa: inaugura
alguna vez
la turbación final.

AL MORIR EL POETA
MIGUEL HERNANDEZ

(1942)

DOS TIEMPOS DE LLANTO

1

COMO un terrón que escapa del surco hacia los cielos,
cargado de asperezas y fragancias,
apareciste, hermano.
Contigo se elevaron la espiga y la paloma,
el íntimo perfume del romero,
el balido inocente de la oveja más tierna.

Te recuerdo invadido de rumores
como un olivar triste,
con la frente combada hacia la aurora
y un clavel horadándote las manos.
Te recuerdo de miel y espino seco.

En tus abarcas de pastor llevabas
todo el rocío virgen, todo el fuego
increado del alba;
en tu zamarra un áspero rumor de encinas graves
y más adentro,
sobre tu corazón, la voz del río
donde, embriagado rruiseñor, creciste.

Oh, cantor milagroso de la ternura agreste,
un mastín te guardaba la osamenta
y a la puerta encrespada de tus venas
suspiraba una alondra.
Eras una raíz tan amorosa,
erguida con tal furia entre los hombres,
que se te oía correr la sangre hermosa
como un galope de caballos jóvenes
sujetos por un freno de alhelies.

Un temblor de amapolas y trigales maduros
se asomaba a tus ojos
y una violenta sed te rodeaba,
una sed escondida
en los siglos de llanto,
en el hombre, en la piedra, en las retamas
que a nuestros campos dieron
su inmemorial tristeza.

Tierra tú mismo te nombraste, tierra,
y de la tierra fuiste a despertar al pueblo,
a ceñirle coronas,
a restañarle heridas
cuando la soledad y la agonía
como rosas de espanto a su sien se asomaban.
Ay, tu gloria fue entonces,
tus matinales nupcias con lo eterno.
Nadie puede decir cuándo morimos
para nacer al alba perdurable,
pero en aquella unión de sangre y tierra
te brotaron entrañas en la entraña,
alas crecieron de la pana honrada
que tu cuerpo vestía,
y tu canción se alzó sobre la muerte,
heroica, deslumbrante,
porque a la muerte misma se ofrendaba.

Solitario cabrero del verbo apasionado,
allí sigues viviendo, en ese instante
conmovido respiras,
sueñas,
cantas.
No has muerto, no pudieron
matarte los que a golpes de rencor te mataron.
La tierra no perece, y tú eres tierra,
toda la noble tierra de España que ahora cubre
tantos sueños tronchados.
Tú eres, niño de fuego, la esperanza.

A FEDERICO GARCÍA LORCA

(1946)

GACELA DE LA SOMBRA

DESDE tu sombra abierta baja un río,
con una espada de alhelios dentro.
Se desmaya un jinete en la mañana
y una niña le tiende su pañuelo.

Los muertos no desertan.
Una luna sonámbula
gime bajo la tierra.

Más allá de la bruma, las palomas
buscan tu corazón entre los juncos.
Al sur se abren en llanto los olivos
y una guitarra sueña bajo el musgo.

Los muertos no envejecen.
Enlutadas estrellas
de los ríos ascienden.

¡Ay, cetrino fulgor, copa de acordes!
Tenías la forma de un lamento antiguo.
Estabas hecho de secretas cuerdas
pulsadas en la sombra por un niño.

Los muertos siempre rondan.
En el aire hay un trémolo
de palabras sin forma.

Invisibles muchachas como adelfas
rodearon tu vida. Rojas dalias
cantaban en tus sienes. La alegría
ce llevaba en su grupa arrebatada.

IMAGEN DE RAFAEL ALBERTI
ENTRE SUS POEMAS

(1952)

RAFAEL de los Puertos gaditanos
y el alto Guadarrama: Andalucía
llevándole a Castilla pura y fría
un clavel de hermosura entre las manos.

Rafael de los ángeles secretos,
arcángel Rafael de las chullillas,
banderillero de las seguidillas
sobre los redondeles de sonetos.

Adolescente marinero en tierra,
con la amante vestida de canciones,
Rafael de moradas y sermones,
del poeta en la calle, de la guerra.

Rafael del Madrid acribillado,
de la Casa de Campo, del Jarama,
Rafael del poema que se inflama
cuando sube del pueblo hecho soldado.

Rafael de la gracia metafórica,
del destierro y la voz esperanzada,
Rafael del clavel y de la espada
y la insumisa vocación pictórica.

Te retienen los bosques submarinos
y, rebelde tu sueño a la distancia,
el Plata es la bahía de tu infancia
y tus mares los mares argentinos.

Has llenado de floras musicales
el idioma en que el sueño abrió tu vuelo:

A PABLO NERUDA
EN SU 50 ANIVERSARIO

(1954)

PABLO austral
que te yergues al norte
de las manos creadoras, de las vastas
heridas,
a distancia, en los puntos
de la pluma terrestre,
allí donde se abre
la sombra humana, el grito
de las constelaciones asediadas.
Al sur, entre copihues,
las lluvias,
el salitre,
los trenes que resuenan todavía
por tu sueño.
Pero abiertos los brazos
hasta tocar los bordes de la tierra
y acariciar las cabelleras
inflamadas.

Pablo andino
que habitas el mar
de los hombres en llama, conduciendo
la estrella,
recogiendo el sudor y la esperanza,
como el labriego que barcina
los polvorientos oros del verano
para que el pan extienda su sabroso
ejercicio.
En la altura, entre nubes,
las aves,
las tormentas,
las piedras escalares de las últimas
ciudades ya de viento.

Pero hundidas las plantas en el valle
profundo
de las lamentaciones,
y el corazón, el corazón, que en ti
se llena de hombre.

Pablo arauco
que estás en España,
junto al hombre del páramo y las sombras
amadas,
remontando la niebla
a través de la noche,
con los presos sedientos,
con la muerte que tiene la cabeza
ya cana de abatir
inocentes.

Como un hijo lloraste la agonía
de la encina española,
y aún resuena en tus himnos
el amor a los héroes.
Yo te he visto arrancarle las entrañas
al verbo
para nombrar a España,
y ahora escribo tu nombre y aparece
un estuario de brazos hacia tanta
lealtad.

Pablo océano
que asumes el verso
de esta edad en declive, como un joven
piloto,
lo acaricias, lo esgrimes, lo repartes
entre las multitudes, mientras gritan
de histeria los sonoros
onanistas cantando sus hastíos
tristemente.
Tu palabra es ya el traje
familiar de los hombres.

ENVÍO AL POETA NICOLÁS GUILLÉN

(1959)

HA VUELTO. ¿No lo veis? Ha vuelto. Vibra
otra vez de impaciencia, negras ascuas
los ojos que aún encienden de amor los horizontes,
la frente como un gajo de sol sobre una cima.

Fulgura. ¿No lo veis? Tiende los brazos
como si con la sombra acariciara
la tierra humedecida por la sangre
de los héroes.

Sobre un caballo de aire,
en la colina de la luz contempla
el cuerpo rescatado de la Isla,
su alborozo de nave redimida.

¡Qué avidez de ganar los días hundidos!
Una centella lo estremece, un viento
de júbilo lo exalta.

¿No lo veis?
¿No lo veis derramarse en lumbre nueva?

Llegó de Oriente. De la Sierra. Inmenso.
Con las barbas crecidas, con la oliva
en el pecho,
y una voz de manigua
y un fulgor.

Y halló su casa conmovida, en medio
de las viejas insignias liberadas
de los estigmas rubios, al guajiro
sonando su victoria
en el machete,
y a los niños granando como pequeñas torres
de la libertad.

Ha vuelto. ¿No lo veis? Sonríe. Fulgura.
De Dos Ríos partió una vez. Llevaba
un caballo, una estrella, un pueblo ardiendo.
Y volvió por la Sierra. De la Sierra.
Para seguir creciendo, muerte espúrea,
para seguir creciendo.

Envío a Nicolás Guillén

NICOLAS, en tu verso
—luna anclada en la sangre de la Antilla—
siguió viviendo el canto
que alzó el Apóstol.

Llegue ahora el mío
hasta ti, en homenaje
al que supo en el son entero darse,
entero y verdadero, a un pueblo heroico
que ha forjado la nueva luz de América.

BIBLIOGRAFIA DE JUAN REJANO

Poesía:

- Fidelidad del sueño*, México, Editorial Diálogo, 1943.
El genil y los olivos, México, Litoral, 1944.
Víspera heroica, México, Gráfica Panamericana, 1947.
El oscuro límite, México, Cuadernos Americanos, 1948.
Noche adentro, México, Compañía Editoria y Librería ARS, 1949.
Oda española, México, Editorial Nuestro Tiempo, 1949.
Constelación menor, Morelia, La Espiga y el Laurel, 1950.
Poemas de la nueva Polonia, México, Adaptaciones, 1953.
Canciones de la paz, México, Editorial España y la Paz, 1955.
La respuesta. Homenaje a Antonio Machado, México, 1956.
Poemas de Adam Mickiewicz. Versiones, México, 1957.
El río y la paloma, México, Finisterre, Editor, 1960.
Libro de los homenajes, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961.
Elegía rota para un himno, México, Finisterre, Editor, 1963.
El jazmín y la llama, México, Finisterre, Editor, 1966.
Alas de tierra (Poesía 1943-1973), Universidad Nacional Autónoma de México, 1975.
La tarde, México, Arte y Libros, 1976.

Prosa:

- El poeta y su pueblo. Homenaje a Federico García Lorca*, México, 1944.
La esfinge mestiza. Crónica menor de México, México, Editorial Leyenda, 1945.
Antonio Rodríguez Luna, Colección de Arte, Universidad Nacional Autónoma de México, 1961.



CONCURSO ENSAYO SIGLO XXI

convocatoria

PARA CELEBRAR EL 100. ANIVERSARIO DE SU FUNDACION, SIGLO XXI EDITORES, S. A. DE MEXICO, Y SUS ORGANIZACIONES PARALELAS SIGLO XXI DE ESPAÑA Y SIGLO XXI ARGENTINA, HAN RESUELTO CONVOCAR AL CONCURSO *ENSAYO SIGLO XXI* CON LA FINALIDAD DE LLENAR EL VACIO CREADO POR LA FALTA DE ESTIMULOS AL ESTUDIO E INVESTIGACION EN EL CAMPO DE LAS CIENCIAS SOCIALES. EL CONCURSO SE CONVOCA DE ACUERDO CON LAS SIGUIENTES

BASES:

1. EL TEMA SERA *AMERICA LATINA: SU HISTORIA, SU ECONOMIA, SU POLITICA*. LOS ENSAYOS PODRAN EXAMINAR EN GENERAL CUALQUIERA DE ESOS ASPECTOS O ANALIZAR EPOCAS, PAISES, PROBLEMAS O ACONTECIMIENTOS DETERMINADOS.

2. SE OTORGARAN CINCO PREMIOS: UNO DE 5000 DOLARES, OTRO DE 2000 DOLARES Y TRES DE 1000 DOLARES CADA UNO.

3. PODRAN PARTICIPAR AUTORES DE CUALQUIER NACIONALIDAD Y RESIDENCIA PERO LOS TRABAJOS—INEDITOS EN CUALQUIER IDIOMA— DEBERAN SER PRESENTADOS EN LENGUA ESPAÑOLA.

4. LOS ENSAYOS TENDRAN UNA EXTENSION MINIMA DE 150 PAGINAS DE 28 LINEAS POR 70 ESPACIOS A DOBLE RENGLON Y UNA MAXIMA DE 300, Y DEBERAN ENTREGARSE ESCRITOS A MAQUINA, POR TRIPPLICADO. EN NINGUN CASO SE DEVOLVERAN LOS ORIGINALES O SUS COPIAS.

5. LOS ENSAYOS SE PRESENTARAN BAJO SEUDONIMO Y EN SOBRE CERRADO SE ADJUNTARA EL NOMBRE COMPLETO DEL AUTOR O AUTORES Y SU DIRECCION.

6. LOS ENSAYOS PODRAN ENVIARSE A PARTIR DE LA FECHA DE LA CONVOCATORIA Y HASTA EL 30 DE NOVIEMBRE DE 1976 INCLUSIVE, DE ACUERDO CON LA FECHA DEL SELLO POSTAL, A UNA DE LAS DIRECCIONES SIGUIENTES, BAJO EL ENCABEZADO:

CONCURSO *ENSAYO SIGLO XXI*

- APARTADO POSTAL 20626
MEXICO 20, D. F., MEXICO
- CALLE PERU 952
BUENOS AIRES, ARGENTINA
- CALLE PLAZA 5
MADRID 33, ESPAÑA

7. EL JURADO SERA DESIGNADO OPORTUNAMENTE POR LOS CONSEJOS DE ADMINISTRACION DE LAS EDITORIALES CONVOCANTES Y DARA SU VEREDICTO ANTES DEL 30 DE JUNIO DE 1977. LA ENTREGA DE LOS PREMIOS SE EFECTUARA DENTRO DE LOS 60 DIAS POSTERIORES A LA FECHA DEL FALLO.

8. EL ENSAYO QUE OBTENGA EL PRIMER LUGAR SERA PUBLICADO POR ALGUNA O LAS TRES EDITORIALES CONVOCANTES, CELEBRANDOSE UN CONTRATO DE EDICION EN EL QUE SE ESTABLECERA EL PAGO DE DERECHOS DE AUTOR DEL 10%, SOBRE LAS VENTAS DEL LIBRO EN LIQUIDACIONES SEMESTRALES.

9. EL JURADO PODRA RECOMENDAR LA PUBLICACION DE OTROS TRABAJOS PRESENTADOS, HAYAN SIDO PREMIADOS O NO, PARA LOS CUALES LAS EDITORIALES CONVOCANTES SE RESERVAN EL DERECHO DE EDITARLOS, EN LOS TERMINOS NORMALES DE CONTRATACION.

10. EL JURADO PODRA DECLARAR DESIERTO ALGUNO DE LOS PREMIOS.

11. CUALQUIER ACLARACION SOBRE ESTA CONVOCATORIA PODRA SER SOLICITADA A SIGLO XXI EDITORES, S. A. APARTADO POSTAL 20626, MEXICO, D. F.

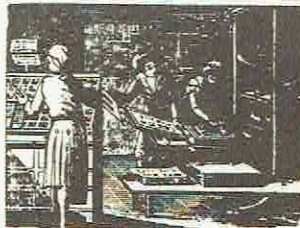
12. LAS SITUACIONES NO PREVISTAS EN LA PRESENTE CONVOCATORIA SERAN RESUELTAS POR EL JURADO, SIN APELACION POSIBLE.

31 DE MARZO DE 1976.

SIGLO XXI EDITORES, S. A.

SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.

SIGLO XXI ARGENTINA EDITORES, S. A.



EDICIONES ERA, S. A.



Avena 102, México 13, D. F. / ☒ Apartado postal 74-092, México 13, D. F. / ☎ 581-77-44

NOVEDADES

SERIE POPULAR ERA

EL REFORMISMO Y LA CONTRARREVOLUCION

Estudios sobre Chile
Ruy Mauro Marini
256 pp. \$ 28.00

CULTURA Y REVOLUCION

Un ensayo sobre Lenin
Antonio Sánchez García
140 pp. \$ 23.00

PORTUGAL: AÑO UNO DE LA REVOLUCION

Wilfred Burchett
318 pp. \$ 29.00

UNA INTRODUCCION A LA ECONOMIA POLITICA

Pierre Salama / Jacques Valier
[En prensa]



NUEVA ANTROPOLOGIA

Num. 5

Sección editorial

¿Cuál es el futuro de la antropología social?, *J. Grigulevich.*

El desarrollo del capitalismo en el Bajío, *Héctor Díaz Polanco,*
Laurent Guye.

Migración indígena, problemas analíticos, *Lourdes Arizpe.*

Clase, raza y etnicidad en Brasil y México, *Angela Gillian.*

Polémica

Opinión estudiantil

Apdo. postal 11-425
De venta en las buenas librerías



IMPRENTA DE JUAN PABLOS, S.A.

Mexicali 39, Col. Condesa, México 11, D. F.
Tel. 525-06-61.

**Tipografía y offset para revistas,
libros, folletos y carteles, incluyendo
diseño, cuidado de ediciones
y otros servicios.**

CASA DE LAS AMERICAS

REVISTA DE CULTURA

16 años de labor consecutiva

Informes, suscripciones y pedidos:

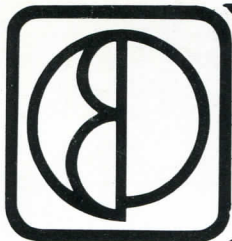
**G Y TERCERA, VEDADO,
LA HABANA, CUBA**

YA ESTÁN A SU DISPOSICIÓN EN
TODAS NUESTRAS LIBRERÍAS



Fondo de Cultura Económica

COMERCIAL FONDO DE CULTURA, S. A.



**EDICIONES
DE CULTURA
POPULARS.A.**



la devaluación del peso

*sergio corichi
raúl gonzález soriano
alejo méndez
sergio de la peña
gilberto rincón gallardo
américo saldivar
enrique semo*



filosofía y letras 34

apdo. postal m21-124 México 21 D.F.

7-10 min
7-10 min
7-10 min

